



TAMARA

Gill



BÉSEME,  
DUQUE

LIGA DE LOS CABALLEROS INCASABLES, LIBRO 5

# BÉSEME, DUQUE

LIGA DE CABALLEROS INCASABLES. LIBRO 5

TAMARA GILL

Traducido por  
JORGE RICARDO FELSEN



## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

## CRÉDITOS

Béseme, Duque

Liga de Caballeros Incasables. Libro 5

Copyright 2021 por Tamara Gill

Portada Wicked Smart Designs

Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

## DEDICATORIA

*Para todos los que se han perdido de viajar este año, que pronto podamos explorar este maravilloso mundo nuevamente.*

#### SINOPSIS

*Molly Clare está viviendo su sueño. Ser invitada a una hermosa villa mientras explora Roma es todo lo que podía haber esperado y más. El dueño de la villa es igualmente encantador y demasiado tentador. Al menos, eso es lo que parece ser. La verdad de quién y qué es realmente ... bueno, eso es infinitamente más complicado.*

*Lord Hugh Farley está viviendo una pesadilla. Arruinado por rumores de indiscreciones que no cometió y traicionado por su propia familia, su única opción es irse de Londres. Pero cualquier esperanza que tuviera de un exilio romano tranquilo se destruye cuando ella llega. Molly es todo lo que siempre quiso ... y nada de lo que pueda tener. Pero mantener su mente y sus manos lejos de ella rápidamente resulta imposible.*

*¿Podrán Molly y Hugh encontrar una manera de limpiar su nombre y construir un futuro juntos? ¿O es su felices para siempre nada más que una fantasía?*



## CAPÍTULO UNO

*Roma, Italia, 1829*

HABÍAN LLEGADO. Por fin. Molly bajó del carruaje y se estiró, disfrutando del cálido sol mediterráneo que calentaba su sangre y curaba los muchos dolores y molestias de semanas de viaje. Roma. El solo pensamiento de dónde estaba le envió un escalofrío por la columna y la expectativa le recorrió la sangre.

Tantos lugares maravillosos para visitar y ver, y gracias a sus increíbles amigos en Londres y al duque de Whitstone, se le había asegurado un alojamiento de un mes en la Villa Maius. El caballero que residía aquí estaba fuera de la casa, pero sus sirvientes cuidarían de ella y su acompañante durante el poco tiempo que estuviera en la ciudad.

La puerta principal de la villa se abrió y una mujer voluptuosa de cabello gris salió a la calle, con una sonrisa tan cálida como el sol que brillaba en su espalda.

“Signora, Molly Clare, bienvenida. Bienvenida a Roma. Venga, le serviremos refrescos. Debe de estar exhausta.”

Molly sonrió, aliviada de ser recibida con tanto cariño en la casa. No sabía nada del señor Farley, que vivía allí, aparte de que era amigo del duque de Whitstone. Siempre había existido una pequeña preocupación en su interior de que el personal pudiera estar molesto con su llegada, siendo desconocidos para ellos como ella era, pero no parecía ser así.

“Gracias por hospedarme. Espero que no sea una gran molestia estar aquí”. Entró por la calle a un pequeño vestíbulo que conducía a una gran habitación rectangular parcialmente techada. En el centro había una fuente, un querubín desnudo echando agua por la boca. Molly miró hacia arriba y notó que la abertura en el techo estaba directamente sobre la fuente y, en la antigüedad, sería el lugar donde la villa habría recogido el agua para la familia.

“Oh, no, no, no. Estamos muy contentos de tenerla aquí”. El sirviente ordenó a un hombre alto y de cabello oscuro que atendiera el equipaje mientras ella los conducía hacia un conjunto de escaleras. “El señor Armstrong no está aquí. Él estará en Nápoles mientras dure su estadía y lo hemos estado esperando. Nos informó a todos antes de irse el mes pasado, para cuidarla bien. Tienen amigos en común, ¿no?”

Molly miró alrededor de la villa. Pisos de mosaicos adornaban el espacio, imágenes de la vida romana, de escenas agrícolas y animales. Todas las habitaciones del piso inferior tenían las ventanas abiertas y las cortinas ondeaban con el cálido aire mediterráneo. La brisa olía a sal y

especias, a naranjas y hierba recién cortada. Se detuvo un momento, contemplando la vista desde una de las ventanas que podía ver a través de una puerta. El jardín del patio, lleno de olivos, la invitó a sentarse y saborear su belleza.

“Lo tenemos, sí. El duque de Whitstone. Aunque nunca conocí al Sr. Armstrong, le estoy muy agradecido por permitirme quedarme aquí”.

La ama de llaves sonrió, aparentemente complacida por el cumplido a su empleador. “Es el mejor de los hombres a quien lamento que no tenga el honor de conocer”. La mujer empezó a subir las escaleras de piedra. “Soy María, querida, la ama de llaves de Villa Maius. Si necesita algo, simplemente avíseme y haré todo lo posible para que su estadía sea placentera”.

“Gracias.” Subieron las escaleras, el segundo piso se abría a una gran sala rectangular con sillas de mimbre reclinables. Un balcón estaba al final de la habitación. Molly no podía pasar sin contemplar la vista. Salió al balcón, con el aliento atascado en sus pulmones. La vista daba a la calle por la que habían entrado. A esta altura, le daba un mejor punto de vista de la ciudad más allá. Roma. Su gloria se extendió ante ella como un regalo de los dioses. Sus dedos se curvaron alrededor de la balaustrada de piedra, anclándose para no salir corriendo de la villa y ver de primera mano la antigua ciudad. Se oyeron sonidos que la provocaban e instaban a irse y explorar.

Pronto, prometió. Tan pronto como se hubiera bañado y bebido una taza de té.

“El centro de Roma está a pocos pasos de aquí. En el otro extremo de la villa hay otra habitación similar a esta que da al río Tíber. Sin embargo, siempre puede tener el carruaje a su disposición si no quiere caminar. Para ver el Vaticano, tendrá que hacer uso del vehículo”.

La emoción vibraba por sus venas, y se inclinó sobre la barandilla, espionando a algunas personas en las calles, algunas contemplando las vistas mientras otras ejercían su oficio. “Qué ciudad tan magnífica. Siempre quise hacer turismo y ahora puedo. Increíble.”

“Temo el viaje de regreso, sin embargo”, dijo su compañera, la señorita Sinclair, uniéndose a ella y mirando a la ciudad con aire de descontento. “¿Tomamos té?”

Molly se mostró reacia a abandonar la magnífica vista, una de la que deseaba formar parte, y tampoco permitiría que la aversión de la señorita Sinclair por las distancias que habían atravesado apagara su emoción. Si su compañera no deseaba ver Roma, podía quedarse en la villa. Molly iba por Londres la mayor parte del tiempo sola, no estaría fuera de lugar para ella.

“Sí, vamos, y luego puedo comenzar a explorar esta maravillosa ciudad”.

“¿Le gustaría tomar el té en el balcón, *signora* Molly?”

“Gracias, sí”, respondió ella, al ver el escenario al aire libre y sentarse. Los criados se apresuraron por la casa, llevando sus baúles a las habitaciones. Molly casi podía pellizcarse a sí misma solo para confirmar que efectivamente estaba en Roma. Su tiempo era precioso, solo un mes, y luego emprenderían el viaje de regreso a Inglaterra. El viaje le llevaría varias semanas y quería visitar otras ciudades del continente antes de regresar a Londres la nueva temporada.

El té era dulce y refrescante, y cariñosamente, el ama de llaves había hecho unos bizcochos

con almendras, que le aplastaron el estómago.

Molly se reclinó en su silla, dejando su servilleta, saciada después de la fugaz comida. “¿Terminamos el recorrido por la casa, veremos nuestras habitaciones y luego decidiremos adónde ir primero?”

“Por supuesto, señorita Molly”, dijo la señorita Sinclair, bostezando.

Había sido un día largo, pero Molly estaba demasiado emocionada, había esperado bastante para estar en Roma para acostarse por la tarde. Quería explorar, caminar por las calles, visitar los mercados y ser parte de la cultura aquí en esta antigua ciudad.

“Si está cansada, señorita Sinclair, siempre puedo salir sin usted. No me importa.”

Los labios de la señorita Sinclair se fruncieron en una delgada línea de desaprobación. “No, eso nunca funcionaría. Necesita tener una acompañante y compañía para mantenerse a salvo. Simplemente tendré que soportarlo”.

“No deseo que soporte Roma. Quiero que lo disfrute tanto como yo pretendo hacerlo”.

“No creo que eso sea posible, señorita Molly. Tengo aversión al calor, y si no lo percibí, hace mucho calor afuera”.

Molly se volvió hacia el balcón, la ligera brisa que entraba por las puertas le refrescó la piel. Sí, hacía calor, pero en Inglaterra siempre hacía mucho frío. ¿Cómo podría alguien no aprovechar un clima tan hermoso y explorarlo?

El ama de llaves dio un paso adelante y llamó la atención de Molly. “Tenemos un criado aquí, señorita Clare. Estaría más que feliz de acompañarla por Roma para que pueda ver algo de nuestra maravillosa ciudad”.

Molly le sonrió a la señorita Sinclair. “Ve, estaré perfectamente a salvo. Podrá tener la tarde para descansar y recuperarse, y esta noche nos reuniremos para cenar antes del baile de la noche”.

“¿Tiene la intención de asistir al baile de Lord y Lady Dalton esta noche? ¿A pesar de que llegamos hoy?”

“Por supuesto que tengo la intención de ir”. Molly negó con la cabeza a su compañera, teniendo la sensación de que no quería ir ni hacer nada mientras estuvieran allí. La perspectiva no era útil ni sería posible. Molly tenía cuatro semanas para visitar esta maravillosa ciudad, y simplemente tendría que ignorar las quejas de su compañera acerca de todo lo que pudieran hacer en ese tiempo.

“María, ¿me puede mostrar mi habitación, por favor?”

El ama de llaves se apresuró a recorrer un ancho pasillo hasta llegar a una habitación que daba a más terrenos de la villa, prados y jardines que nadaban con una variedad de colores. El tintineo del agua llegó hasta ella y buscó la fuente, pero no pudo verla desde su habitación. Tendría que bajar las escaleras para encontrarla ella misma.

Su habitación era un piso de mosaico de baldosas que estaba hecho con una variedad de flores brotando. Su cama era grande, opulenta con su colcha y con abundancia de almohadas.

Ella también era partidaria de tener muchas almohadas en las camas. De alguna manera las hacía parecer completas. Perfectas.

Un pequeño escritorio ocupaba el espacio frente a una ventana, y un gran sofá estaba sentado frente a su fuego. Aunque no creía que necesitaría eso en absoluto mientras estuviera en Roma. No con el clima tan cálido.

“Hay agua dulce y ropa de cama detrás del biombo para usted, señorita Molly. Cuando esté lista para salir, baje las escaleras y le buscaré a Marcus. Él la mantendrá a salvo y le mostrará todos los mejores sitios que ofrece Roma”.

“Muchas gracias. No puedo expresarle lo emocionada que estoy de estar aquí”.

El ama de llaves sonrió antes de dejarla con sus abluciones, el sonido de la voz de la señorita Sinclair mientras la llevaban a su habitación resonaba en el pasillo.

Molly caminó hacia el pequeño balcón que tenía su habitación y miró hacia el jardín. Levantó la cara hacia el sol, respirando hondo. Qué lugar tan idílico para vivir. Una podría acostumbrarse a un lugar así y nunca volver a casa en el viejo, lúgubre y lluvioso Londres.

## CAPÍTULO DOS

NO SE SUPONÍA que estuviera en Roma. Le había prometido a su amigo íntimo, el duque de Whitstone, que dejaría sola a la señorita Molly Clare durante el mes en que visitara la ciudad antigua. Pero no pudo. No porque quisiera conocer a la chica, hacía tiempo que había descartado cualquier idea de encontrar una pareja o incluso tratar de cortejar a una dama.

Los negocios lo llevaron de regreso a Roma un mes antes de lo planeado. Una carta del mayordomo de su hermano en Londres nunca auguraba nada bueno. ¿Qué había hecho su hermano ahora, que era tan malo que había que avisar a la oveja negra de la familia?

Lord Hugh Farley, hermano menor del duque de St. Albans, empujó la pequeña puerta de la calle que conducía a su villa romana, atravesó los jardines y se dirigió a su oficina. Saludó a un par de miembros de su personal que estaban recogiendo verduras, ignorando el hecho de que parecían un poco sorprendidos por su regreso. Su ama de llaves, María, se sorprendió aún más cuando entró en el atrio.

“Tomaré el almuerzo en mi oficina, por favor, María”. Se rio a medias de la expresión de la mujer. “No parezca tan sorprendida por que esté aquí. Vivo aquí como bien sabe”.

El ama de llaves se rio incómodamente antes de seguir de cerca sus talones. “Tiene a la señorita Molly Clare aquí, signore Hugh. ¿No recuerda que se quedará un mes?”

“No lo he olvidado, pero recibí una carta del mayordomo de mi hermano a la que debo atender”. Su hombre de negocios en Roma le había enviado un mensaje, diciéndole que regresara de Nápoles lo antes posible. Era una lástima que la señorita Clare estuviera allí al mismo tiempo que él, pero esta era su casa y tenía una compañera, seguro que no sería demasiado escandaloso.

“No pretendo arruinarla, María. Enmiende su angustia”.

Otra risa incómoda de su ama de llaves rasgó ruidosamente la habitación. Hugh la miró, sin perderse que ahora se retorció las manos en el delantal. “Lo desaprueba”.

“Ella no está casada, Signore. Usted también permanece soltero. Podríamos capear cualquier tormenta de su presencia aquí cuando usted no estaba en casa, pero ahora que lo está, las lenguas se moverán. Sea que esas lenguas estén en Roma o en Londres”.

“Déjalas. Tengo asuntos que atender y ella tiene una compañera. Poco podemos hacer al respecto. No permitiré que la sociedad gobierne mi vida”. Dios sabe que ya había permitido suficiente de eso en Londres junto con su familia. La idea de su hermano, su madre, agrió el sabor de su boca. Cogió su cortaplumas y abrió la misiva.

“Almuerzo, María. Con su permiso.”

Como si se recordara a sí misma, hizo una rápida reverencia y salió de la habitación. Hugh abrió el pergamino y leyó. Se le heló la sangre ante las palabras negras y cursivas que se extendían ante sus ojos.

*Su excelencia, el duque de St. Albans, había fallecido después de un accidente de carruaje. Aquí informamos a Lord Hugh Farley que ahora es el Duque de St. Albans, heredero de la Abadía de St. Albans en Kent, Brentwood House en Surrey. y Clare Castle en Irlanda.*

El resto de la misiva se volvió borroso al pensar que su hermano ya no vivía. Esta carta ya tenía un mes. Hugh se reclinó en su silla, mirando fijamente a la pared frente a él.

*No podía ser.*

¿Henry estaba muerto? Su único hermano. Había otra carta en su escritorio, la letra pulcra y fluida era la de su hermana menor, Sarah. La abrió, sin molestarse con la navaja. Era menos diplomática, nunca había sido muy buena para hacer sus palabras menos directas y al punto. Su carta contenía detalles sobre la desaparición de su hermano, de su temeraria apuesta con el caballero que formaba parte de su conjunto londinense. Habían planeado correr en un carruaje desde Londres a Southampton, y Henry había volcado el vehículo, matándose instantáneamente. Ella le imploraba que regresara a Londres a toda prisa y asumiera el cargo de duque de St. Albans.

Hugh arrugó la carta y la tiró sobre su escritorio. Londres podría esperar. Es muy posible que la voluble sociedad le perdonara el escándalo que persiguió cada uno de sus movimientos en esa ciudad, pero él nunca perdonaría a Londres.

Los bastardos.

La voz divertida y emocionada de una mujer revoloteaba escaleras abajo antes de que las botas en la escalera hicieran eco en el vestíbulo. Desde donde estaba sentado Hugh, podía ver quién entraba y salía en el atrio fuera de su tablinum. En los últimos diez años que había vivido en Roma, se dio cuenta de que nunca había habido una mujer bajo este techo, salvo las sirvientas, por supuesto.

Observó el umbral de su puerta, deseando ver cómo era la señorita Molly Clare. Su amigo, el duque de Whitstone, uno de los pocos que le quedaban en el mundo, le había escrito pidiéndole ayuda para alojar a la señorita Clare. No pudo negarse.

Cada año, Hugh viajaba a Nápoles, a su viñedo, por lo que no tuvo problemas para ofrecer su villa romana mientras se trasladaba a su finca en el campo.

Una mujer con un vestido de color azul se interpuso en su línea de visión y el aliento en sus pulmones se detuvo. No era una adolescente como él pensaba que podía ser, sino una mujer, su figura llenaba su vestido de día de la manera más prometedora.

Su cabello era negro como la tinta y estaba recogido en un motivo de rizos sueltos, algunos de los cuales ya se habían caído y rebotaban sobre sus delgados hombros. Un sombrero colgaba de su muñeca de una cinta azul vivo y una pelliza le cubría el brazo. Todo en ella encarnaba lo

que él había dejado en Londres. Si se hubiera quedado en Inglaterra, ahora podría casarse con una mujer tan atractiva como la señorita Clare. Tendría una familia, niños jugando con sus botas de arpillera. Una punzada de nostalgia por todo lo que había perdido al dejar Londres para vivir en Roma lo recorrió.

Siguiendo las reglas y haciendo lo que le dijeron que hiciera.

No es que fuera culpa suya que tuviera que irse, su hermano Henry le había ordenado que asumiera la culpa por sus acciones descarriadas. Hugh se había negado, por supuesto, hasta que tanto su madre como su hermano le dijeron que su ruina ya era un hecho. Que la alta sociedad no lo aceptaría a partir de ese momento. Su elección fue clara, salir de Inglaterra o enfrentarse a ser aislado social y financieramente.

Hijo menor de un duque, tenía dinero, por supuesto, pero no lo suficiente como para retenerlo por mucho tiempo. No había estudiado derecho ni se había metido a la iglesia con lo que podría vivir. Un error estúpido.

Sin ningún otro lugar a dónde acudir, había hecho algunas demandas por su cuenta. Su hermano financiaría su vida en Roma. Le compró una villa y una casa en Nápoles, un lugar que había disfrutado durante la gran gira sólo dos años antes. Un pequeño precio a pagar por su hermano ya que Hugh fue el que perdió todo, inclusive a su familia.

La señorita Clare se puso el sombrero y se rio de algo que Marcus, su criado, le dijo antes de que ambos salieran del atrio. “María”, llamó Hugh, llamando la atención de su ama de llaves.

María entró apresuradamente en su oficina, una pequeña sonrisa jugando en su boca. “¿Signore? Usted llamó.”

¿Adónde lleva Marcus a la señorita Clare? Guardó las cartas del mayordomo de su hermano y de Sarah en su cajón y lo cerró con llave.

“Ella deseaba visitar la Fontana di Trevi. Creo que luego caminarán hasta el mercado de alimentos, Piazza Navona después de eso”.

“Cenaré con ella esta noche, explicaré las razones por las que estoy de regreso en Roma. Estoy seguro de que entenderá que los negocios me han traído a casa”. También le daría la oportunidad de preguntarle sobre Londres y cuáles eran las últimas novedades. No había cenado con una mujer en un tiempo. De hecho, tampoco recordaba la última vez que se había acostado con una. Demasiado tiempo, no es que estuviera mirando a la señorita Clare para rascarse esa picazón en particular, pero aun así, ella era atractiva con sus curvas femeninas, ojos bonitos y risa cálida. La cena de esta noche podría llegar a ser un evento agradable y una buena distracción después de la noticia que acababa de recibir.

“Por supuesto, signore. Conseguiré su almuerzo de inmediato “.

“Gracias, María.”

Hugh deslizó un trozo de pergamino ante él, cogió una pluma y la sumergió en la tinta negra. Comenzó a responder al mayordomo de su hermano. Deseó poder sentir una pizca de desesperación, incluso dolor, por la muerte de su hermano. No lo hacía. Le escribiría a Sarah y la

consolaría lo mejor que pudiera. Incluso con los miles de kilómetros que los separaban, al menos nunca se había vuelto contra él, había creído su versión de los hechos, sobre todo porque sabía muy bien lo réprobo que era Henry. Aun así, ella estaría sufriendo en este momento, los había amado a ambos siendo sus únicos hermanos, la única familia que le quedaba, sin importar cuán salvaje o irritante Henry pudiera ser a veces.

Hugh deseaba poder arrepentirse, pero su hermano, que se había unido a la alta sociedad, permitió que las mentiras se filtraran por la sociedad hasta que su nombre se convirtió en barro, y no admitir su fechoría en todo el lamentable lío era algo que Hugh no podía perdonar.

Y ahora era el duque de St. Albans. Un título y una responsabilidad que nunca quiso.

Maldito sea todo al maldito infierno.

\* \* \*

MOLLY REGRESÓ a la villa a última hora de la tarde después de un día de caminar por las calles de Roma. La Plaza de España, los mercados y la hermosa e impresionante Fontana de Trevi. Marcus le había permitido visitar cualquier cosa que llamara su atención mientras la mantenía a salvo. Había sido el primer día perfecto en Roma y no podía esperar hasta que comenzara otro mañana.

Entró en la villa, el aire más fresco dentro del atrio era un respiro después de un día bajo el sol. Molly se quitó el sombrero, el sudor le había humedecido el pelo y se le había pegado al cuello. Necesitaría bañarse antes de la cena. Su estómago rugió al pensar en la comida mientras subía el primer escalón con dirección al piso de arriba.

“Señorita Clare, es un placer conocerla”.

El profundo y grave barítono la sobresaltó, y jadeó, volviéndose para ver de dónde venía la voz. Sintió que se le abría la boca al ver al hombre que tenía delante. Su figura alta y atlética era suficiente para llamar la atención de cualquier mujer, pero su rostro era más que deslumbrante. Sus pómulos parecían cincelados en mármol, similar a las estatuas que había visto esta tarde. Su cabello color azabache era más largo de lo que debería, estaba recogido en su rostro y la sombra de una mandíbula sin afeitar le secaba la boca. Todo su cuerpo se estremeció ante su presencia y tragó saliva, esperando que su voz aún funcionara.

Molly bajó de la escalera y caminó hacia él, dándole un momento para recomponerse. Se encontró con sus orbes claros, negros como el humo, y algo dentro de ella vibró, cobró vida en su proximidad.

Ella, bruscamente, le tendió la mano para que la tomara. “Señor, no creo que nos hayan presentado”. Su boca se elevó en una sonrisa deliciosa, y ella se mordió el labio, sin saber qué hacer con ella misma cuando él sonrió. El calor se apoderó de su rostro ante sus pensamientos descarriados. Los ojos de él vagaron por sus rasgos, y ella controló sus emociones, deseando que su corazón acelerado se calmara.

“Soy el Sr. Armstrong. Yo vivo aquí. El duque de Whitstone, creo, es un amigo mutuo”. Le tomó la mano y le besó los dedos sin guantes. La sensación de sus labios sobre su piel envió un



rayo de conciencia por su brazo, y dio un paso atrás, colocando el espacio que tanto necesitaba entre ellos.

“Oh, sí, señor Armstrong. ¿Cómo le va? Muchas gracias por ofrecerme su hogar durante mi estadía aquí. Espero que no le haya importado que su excelencia pidiera alojamiento para mí”.

“Para nada.” Hizo un gesto hacia las escaleras. “La acompañaré a su habitación. Estoy seguro de que desea refrescarse antes de la cena”.

“Me gustaría, sí” dijo, comenzando a subir las escaleras y esperando que él no se hubiera dado cuenta de su confusión. “¿Conoce al duque desde hace mucho tiempo?” Molly no se había preguntado demasiado cómo se conocían el duque y el señor Armstrong, a pesar de que estaba muy agradecida de que lo hicieran. No había querido quedarse en un hotel aquí en la ciudad. Quería visitar Roma y quedarse en una antigua villa si podía. Esta podría ser probablemente la única vez que visitaría la ciudad en su vida, y quería que fuera memorable.

“Estábamos juntos en la escuela en Eton y socializamos en la misma esfera social”. Caminó a su lado, con las manos entrelazadas a la espalda. Disimuladamente se fijó en su atuendo y le gustó lo que vio. Parecía tener el aire de un caballero con título, pero ese no era el caso por lo que ella sabía.

Sus pantalones color canela y sus botas de piel de ante muy pulidas combinaban bien con su atuendo informal, sin abrigo o chaleco superfino para este Sr. Armstrong. Una camisa sencilla y una corbata suelta era todo lo que necesitaba. Le sentaba bien, ya ella le gustaba el estilo de vida informal de la ciudad.

“Whitstone se quedó aquí cuando viajó al extranjero hace unos años”.

Ella asintió con la cabeza, escuchándolo hablar de su amistad, saboreando el sonido de su voz, como un rico y delicioso chocolate que se derrite en la lengua. Molly se aclaró la garganta, sin estar segura de por qué imaginaba al Sr. Armstrong de esa manera. “¿Va a quedarse en Roma por algún tiempo, o solo está de paso? Entendía que iba a estar fuera de casa durante varias semanas”.

“Iba a estar fuera, pero una carta urgente de Londres me trajo de regreso. Espero que continúe quedándose aquí, señorita Clare, incluso conmigo instalado bajo el mismo techo. Tiene una acompañante, según tengo entendido”.

La idea de tener al Sr. Armstrong bajo el techo le provocó un escalofrío y, por un momento, lamentó su decisión de llevar a un acompañante a Roma. Molly era, después de todo, una mujer mucho más allá de su primer rubor. Sería antinatural para ella mirar a un espécimen de hombre tan guapo y no imaginar todo tipo de cosas malas con él. Había leído suficientes libros sobre anatomía y el arte de hacer el amor para saber que no sería adversa a un hombre como el que se alzaba a su lado si la llevaba a su cama. Su constitución fuerte y atlética, brazos bien definidos y manos grandes mostraban un caballero sano y activo en su mejor momento.

“Tengo una acompañante. Miss Sinclair es su nombre. Estoy segura de que con ella aquí conmigo, no se puede decir nada malo de que haya vuelto a Roma”. Molly soltó una risa de

autocrítica. “No es que a nadie le importe lo que hago, en cualquier caso, salvo a mis amigos”.

“¿Por qué es eso?” preguntó, frunciendo el ceño y deteniendo su avance en lo alto de las escaleras. “¿Por qué a nadie le importaría lo que hace? No puedo creer tal afirmación”.

Molly se detuvo y miró al Sr. Armstrong, perdiéndose en su reconfortante mirada. “Si bien puedo tener amigos que están bien ubicados en la sociedad, no soy una de ellos. Mi familia fue lo suficientemente buena como para ayudarme a lograr mi sueño de viajar a Roma, pero no habrá otra aventura de ese tipo. No estoy segura de qué haré cuando regrese a Inglaterra”.

“¿No quieres casarse?” El Sr. Armstrong se pasó una mano por el cabello, encogiéndose. “Mis disculpas, señorita Clare. No debería hacerle preguntas tan personales. No es mi lugar”.

Ella sonrió, extendiendo la mano agarrando su brazo. En el momento en que su mano tocó la carne desnuda, supo el error que había cometido. Sentir su calidez, la pizca de pelo áspero bajo sus dedos disparó anhelo a través de su cuerpo. Solo hizo que quisiera tocar más de él.

“No me importa. Si va a estar aquí conmigo y vamos a pasar más tiempo juntos, pronto aprenderá que soy quien soy y que no tengo problemas para ser sincera. No puedo soportar cuando las mujeres disimulan, dicen cosas que uno tiene que tratar de descifrar. Creo que algunas mujeres que conozco piensan que tal cosa es divertida, mientras que para mí, es simplemente molesto”.

El Sr. Armstrong soltó una carcajada, tomando su mano y colocándola en su brazo mientras volvían hacia su habitación. “Creo, señorita Clare, que usted y yo nos llevaremos bien. Yo también me opongo a pretender y a la falsedad. Por eso vivo en Roma. No podría vivir en Londres con los despreciables chismosos que viven para arruinar la vida de otras personas”.

Molly miró hacia el suelo de baldosas de mosaico. Sus palabras tenían un filo endurecido, como si la alta sociedad lo hubiera despreciado y supiera de primera mano lo que podría sucederle a un individuo desprevenido o confuso sobre la alta sociedad.

“Espero que su carta desde casa no haya sido una mala noticia, señor Armstrong. Odiaría ser un inconveniente”, dijo, con la esperanza de cambiar de tema fuera de Londres y de las trampas en las que uno podría hundirse sin demasiados problemas.

Se detuvo en la puerta de su dormitorio y el olor a glicina flotó en el aire. “No es un inconveniente, en absoluto. Me alegro de que esté aquí y tengo la intención de mostrarle sobre Roma yo mismo. Ha pasado demasiado tiempo desde que me tomé el tiempo para disfrutar de la ciudad y de la gente. Tampoco tendré ninguna excusa al respecto. Es mi invitada para consentir, y la consentiré.”

Molly se paró frente a él, sorprendida por su amabilidad. Su dulzura hacia una mujer que no conocía. Quizás su tiempo en Roma había sido solitario, y tenerla aquí le permitiría presentarle su gran ciudad. Para pasar tiempo con una mujer de su tierra natal que compartía amistades.

“Es demasiado amable.” Molly abrió la puerta de su dormitorio y se volvió hacia él. “No sé cómo agradecerle por tenerme aquí y ser mi escolta. Le diré a Whitstone sobre su amabilidad. Puede estar seguro de eso”.

El Sr. Armstrong asintió, retrocediendo y dejando espacio entre ellos. Sus ojos se encontraron con los de ella y la sostuvieron. El corazón de Molly se aceleró una vez más.

“No hay necesidad de eso. Su compañía se lo agradecerá bastante”.

El calor le tocó las mejillas y Molly rezó para que pensara que su rubor se debía a su gira por Roma y no a sus dulces palabras o compañía. Que, por supuesto, era exactamente la razón.

## CAPÍTULO TRES

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Hugh se sentó a la mesa del desayuno que daba a los jardines y leyó el correo que le había traído Marcus. Otra carta de Sarah, le contaba sobre el funeral de Henry y el torrente de dolor que la alta sociedad había logrado fingir. Dudaba que alguien en la sociedad fuera honesto y capaz de otras emociones que no fueran la codicia y el odio.

El sonido de unas zapatillas le llamó la atención y miró hacia arriba justo cuando la señorita Clare entraba en la habitación, con una pequeña sonrisa de bienvenida en su bonita boca.

“Sr. Armstrong. Buenos días. Qué hermoso día parece ser “. Se sentó a su lado, mirando la abundancia de comida para elegir que estaba frente a ella.

Se había acostumbrado a servirse sola desde que vivía en Roma, y tener la comida en la mesa en lugar de un aparador, era mucho más fácil tanto para él como para sus sirvientes.

“Va a ser encantador, y como es así, tengo una idea”.

Ella lo miró justo cuando colocaba un trozo de tocino en su plato. “Aún mejor. ¿Cuál es esta idea? “

Su exuberancia por la vida, por ver la ciudad que ahora llamaba su hogar, envió una patada a través de su sangre. Durante años había seguido la misma rutina, rara vez se aventuraba a socializar, se mantenía solo y manejaba su viñedo. Presumir su casa, su ciudad a alguien que no sabía quién era, era liberador.

Lo hizo sentir como el joven caballero que una vez fue en Inglaterra, que tenía toda su vida por delante y poco de qué preocuparse.

“Necesitaré sus mejores botas para caminar, porque la llevaré a visitar el Coliseo. Regresaremos aquí a primera hora de la tarde antes de que haga demasiado calor”. Quería llevarla al Coliseo, mostrarle el majestuoso edificio y, si se le permitía, llevarla a los apartamentos subterráneos del edificio donde los gladiadores esperaban vivir o morir.

La sonrisa de la señorita Clare iluminó la habitación y él se encontró sonriéndole. “¿Está seguro de que no le estoy robando demasiado tiempo? No quiero alejarlo de su trabajo”.

Él hizo a un lado sus preocupaciones, sirviéndole una taza de té antes de terminar la suya. “Para nada. Quiero hacer esto. Whitstone nunca me perdonaría si no la cuidara y no le mostrara nada.” No es que necesitara la excusa de su amigo para obligarla a acompañarla. La señorita Clare era una mujer inteligente y sensata. No era ninguna tarea estar en su presencia.

La caminata hasta el sitio histórico tomó solo media hora, el paseo por las sinuosas calles

adoquinadas y pavimentadas fue agradable en una cálida mañana. Detrás de ellos, Marcus y la chaperona de la señorita Clare, la señorita Sinclair, charlaban y parecían llevarse bastante bien.

El Coliseo tenía varias puertas arqueadas por las que entrar, y Hugh empujó a Molly a través de la primera que encontraron, entrando en un túnel grande y curvo, varios grados más fríos que el aire exterior.

“Qué edificio tan asombroso es este”. La señorita Clare se quedó mirando el Coliseo, con la boca abierta ante la vista que la contemplaba. Era una reacción común y una que el propio Hugh había tenido cuando visitó el lugar por primera vez.

Subieron las escaleras en dirección a la sección de asientos escalonados que daba a la orquesta central y al escenario. “Todo esto alguna vez estuvo revestido de mármol, pero a lo largo de los años, la gente lo ha despojado de sus preciosas decoraciones y el clima no ha ayudado. Qué vista debe haber tenido. ¿Se lo puede imaginar?” preguntó, mirándola. El calor se filtró en sus huesos ante el placer desprotegido que floreció en su rostro. Tomó cada gramo, cada matiz del edificio, sin duda imaginándolo en su mejor momento.

“Pensar que los gladiadores pelearon y murieron en la arena debajo de nosotros. ¿Y dijo que podríamos ir debajo?”

“Por supuesto. No hay problema.” Caminaron a lo largo de lo que quedaba de las áreas de asientos que inspeccionaban el escenario central: la abrumadora magnitud del lugar es algo que nunca olvidará. “Hace algunos años que no vengo aquí. Me alegro de estar hoy aquí con usted, señorita Clare. Para volver a familiarizarme con la ciudad que ahora llamo mi hogar”. Ella era un soplo de aire fresco en su vida que se había estancado últimamente. Tenía sus inversiones, su villa en Nápoles y el viñedo, pero no tenía vida social. No cuando se trataba de asistir a bailes y fiestas organizadas por visitantes de Londres a Roma. Gente que lo conocía y de qué lo habían acusado.

“Imaginar los rugidos de la gente viviendo a su gladiador favorito aún resuena a través de esta vieja piedra. Adoro la historia si aún no lo ha notado. Fue una de las razones por las que quería venir aquí”.

“¿Cuál fue la otra razón?” preguntó él, divirtiéndose más de lo que debería, especialmente para un hombre que había sido notificado de la muerte de su hermano el día anterior. No es que Henry se preocupara por nadie más que por sí mismo. Aun así, como hermano, uno debería sentir algo. Arrepentimiento, tristeza. Se sintió entumecido. Había perdido todo respeto y afecto por su hermano cuando le dio la espalda en Londres y le dejó enfrentarse solo a los lobos salvajes que eran la alta sociedad.

“Mis amigas.” Ella le sonrió por encima del hombro antes de apoyarse en la barandilla de piedra y estudiar lo que quedaba del ring de combate. “Las amo, no se confunda, pero están decididas a que me case. Casada y feliz tal como están todas ellas”.

“¿No desea casarse?” Hoy parecería que estaba lleno de cosas inapropiadas. Estaba hablando con una doncella soltera de sus amores. Eso no iba a ser soportado. Aun así, tenía curiosidad por

saber por qué alguien corría miles de kilómetros de distancia para evadir el matrimonio.

“Si me enamoro y me caso, está muy bien, pero si no, está muy bien también. No soy una mujer joven, Sr. Armstrong. Si aún no lo ha adivinado”.

“Usted tampoco es vieja, señorita Clare. Creo que habría muchos caballeros que se ofrecerían por usted”.

Ella se rio entre dientes, sacudiendo la cabeza. La acción hizo que un rizo se soltara de su motivo y rebotara sobre su hombro. Su mirada se posó en la piel inmaculada donde se sentaba la espiral, una fina clavícula tirando del ojo hacia su dulce cuello y sus amplios pechos que su camisón no lograba ocultar. La señorita Clare era extremadamente atractiva. La palabra exuberante flotó en su mente, y cortó su inspección antes de que ella se diera cuenta.

“Estaría equivocado, señor Armstrong. No he tenido una oferta en todos los años que llevo adornando los salones de baile de Londres. Pero me alegro por mis amigas, a cada uno de sus maridos los adoro y amo como a un hermano. Nunca me sentiré sola, no tema, pero he llegado a aceptar que tal vez mi tiempo haya pasado, y antes de que mi vida también lo haga, debo aprovechar el día y ver este maravilloso mundo por mí misma”.

“Admiro su voluntad, señorita Clare. Ojalá más mujeres tuvieran una constitución tan fuerte. Mi hermana ciertamente lo hace. Creo que le agradaría.”

“¿Tiene una hermana? ¿Quién es ella? ¿Quizás la he conocido antes?”

Hugh señaló las escaleras que conducían a las entrañas del Coliseo, tomó la mano de la señorita Clare y la llevó hacia la entrada. “Sarah es su nombre, pero es algunos años más joven que yo y durante años se ha negado a asistir a la Temporada. Pasa la mayor parte de su tiempo en el campo con sus caballos y perros”.

“Creo que entonces tal vez me gustará mucho”.

Él se rio entre dientes. La mañana transcurrió agradablemente. Hicieron un recorrido de una hora por el subsuelo del Coliseo. Fue un día agradable y Hugh se encontró riendo mucho más que en años. Regresaron a la villa, polvorientos y cansados después de su excursión, justo cuando el sol alcanzaba la hora más calurosa del día.

Hugh detuvo a la señorita Clare en el atrio, sin querer soltar su mano. “¿Quiere cenar conmigo en la terraza esta noche? Siento que no deseo que este día termine”.

Un ligero rubor se apoderó de sus rasgos, y la necesidad de extender la mano, tocar su bonito rostro, fue abrumadora. No había pensado en conocer a su huésped de la casa, y mucho menos, encontrarla tan dulce y encantadora. Cuando el duque de Whitstone le sugirió que lo ayudara a alojar a la señorita Clare, se imaginó a una joven debutante malcriada. Una que sonreiría y se pavonearía como todas ellas y conduciría a sus sirvientes a la distracción. Había huido a Nápoles imaginando un visitante así. Qué oportuno y afortunado fue que la señorita Clare no fuera nada de eso.

A él le gustaba.

“Eso sería maravilloso, gracias, señor Armstrong. Descansaré por la tarde y lo veré en la

cena”.

Él hizo una reverencia, mirando mientras ella subía las escaleras, admirando el balanceo de sus caderas en su bonito vestido. Se volvió, se pasó una mano por la mandíbula y se dirigió a zancadas hacia su tablinum en busca de un trago fuerte. Le había ofrecido protección durante las pocas semanas que estuviera en Roma. No debía abusar de ella. Whitstone lo golpearía hasta convertirlo en pulpa si seducía a la chica, aun así, a veces, una buena paliza valía la pena si la mujer que calentaba tu cama era tan deliciosa como ciertamente lo era la señorita Clare.

Con tales pensamientos, no era de extrañar que fuera desterrado de Inglaterra.

\* \* \*

LA CENA de esa noche era todo lo que Molly extrañaba de Inglaterra. La cocinera del Sr. Armstrong se había superado a sí misma con un cordero asado, verduras y sopa de tortuga. El postre consistió en frutas de temporada junto con mermeladas y pasteles. Aun así, no importaba cuán deliciosa fuera la comida, no le producía ni una pizca de nostalgia. Le encantaba estar en Roma, visitar la ciudad antigua y conocer a su gente.

Miró al Sr. Armstrong, tan imponente, inteligente y demasiado guapo para estar soltero. No es que ella supiera mucho sobre su pasado, solo que él era amigo del duque de Whitstone y, por lo tanto, alguien en quien podía confiar. Probablemente había un grupo de mujeres esperando en Roma para que él las llamara. Por todo lo que ella sabía, él podía tener una amante que lo extrañaba.

Molly se movió en su asiento, tomando un fuerte sorbo de su vino. No quería pensar en él con nadie más. La idea del Sr. Armstrong en un apasionado abrazo con otra mujer hizo que quisiera vomitar. Una reacción absurda ya que solo lo conocía desde hacía un día.

Pero había algo en él que le gustaba. Él fue amable y atento y no se burló de sus muchas preguntas sobre la vida aquí o los tesoros que guardaba la ciudad. Su día en el Coliseo había sido maravilloso, y él había sido paciente con ella, para que pudiera asimilarlo todo, sin importar cuánto tiempo le tomara.

No todos los hombres estarían tan pensativos.

“¿Nos dirigimos hacia el tablinum? Tengo dos sillas ante un fuego en esa habitación. Sé que hace calor durante el día, pero todavía me gusta un poco de calor por la noche. Supongo que un inglés puede salir de Inglaterra, pero no se puede quitar Inglaterra de un inglés”.

“Eso sería maravilloso, sí.”

El Sr. Armstrong se puso de pie y fue a ayudarla con su silla. “Traiga su vino. Tomaremos unos tragos juntos después de la cena.”

Ella hizo lo que le ordenó, antes de que él extendiera la mano, colocando su mano en su brazo para acompañarla fuera de la habitación. En el momento en que sus dedos tocaron la manga de su camisa, el calor subió por su brazo y se instaló en su estómago. Ella tragó saliva, educando sus rasgos, no queriendo que él viera cuánto la desconcertaba. Él la consideraría una tonta por reaccionar así, especialmente cuando apenas se conocían.

“Es muy valiente”, dijo, guiándola hacia una parte de la casa que aún no había visto. “No muchas mujeres se aventurarían al extranjero con una compañera y no mucho más. ¿Qué la poseyó?”

“¿Me reprocha semejante viaje, señor Armstrong?” preguntó, sentada en una de las sillas laúd frente a la chimenea. El Sr. Armstrong se acercó a una licorera y se sirvió un whisky.

“Para nada, pero me interesa. Las mujeres viajan, por supuesto, pero son viudas o viajan con sus maridos. Tengo curiosidad, eso es todo”.

Molly recordó a su prima Laura, cómo había sufrido el nacimiento de su hijo y posteriormente pagó ese nacimiento con su vida. El niño solo unas horas después siguió a su mamá hasta la tumba.

“Hace muchos años, me dijeron que nunca esperara lo que quería. Que, si depositábamos todas nuestras esperanzas en las de los demás, estábamos destinados a la tristeza. Me prometí a mí misma que no me conformaría con nada más que el amor si me casaba, y si eso no sucediera, me decidiría a sentirme satisfecha solo conmigo como compañía. Que no me perdería los regalos del mundo simplemente porque no pudiera ser la esposa de alguien”.

El Sr. Armstrong tomó un sorbo de su líquido ámbar, mirándola por encima del borde de su vaso. “Su amiga suena un poco cansada.”

“Lo estaba y con razón. Aunque le prometí que nunca me engañarían con falsas promesas y dulces palabras, y hasta ahora no lo han hecho. Ahora a mi edad”, dijo Molly, sonriendo un poco. “Cada año es menos probable”.

El Sr. Armstrong arqueó una ceja. El estómago de Molly se retorció ante la mirada traviesa y divertida que él le lanzó. “Desde donde estoy sentado, señorita Clare, está lejos de ser invulnerable”. Terminó su bebida y la dejó con un tintineo. “¿Le gustaría asistir a una fiesta conmigo esta noche? Son conocidos, socios comerciales con los que trato en Roma. No tienen título ni son como los que está acostumbrada a socializar en Londres, pero son una buena compañía y les encantaría que usted asistiera. “

El calor se apoderó de su piel y Molly tomó un sorbo de vino, esperando que su rubor no se extendiera por sus mejillas. ¿Ella no era invulnerable? ¿Qué quería decir con tal afirmación? “Estaré lo suficientemente a salvo. Lo tengo para protegerme. ¿No es así?” ella dijo.

Él se rio entre dientes y asintió con la cabeza. “Por supuesto.”

“Entonces me gustaría asistir con usted. Si está seguro, que seré bienvenida”. Ella lo estudió un momento, preguntándose también sobre su pasado. “Usted decidió irse de Londres. ¿Por qué acabó en Roma?”

Frunció el ceño, se sentó hacia adelante, su atención se perdió en la madera ardiendo en la chimenea. “No estaba de acuerdo con mi familia y no pude quedarme. Me otorgaron fondos para comenzar mi vida aquí en Roma, y acepté. Nunca regresaré a Londres”.

La idea de que nunca vería a este hombre adornar las tablas del suelo de las grandes casas de Londres dejó una punzada de pesar que se alojó en su estómago. No quería no volver a verlo



nunca más, y era poco probable que alguna vez regresara a Roma.

“Lamento escuchar eso, Sr. Armstrong. No estoy segura de que pudiera estar separada de mi familia para siempre”.

“A veces”, dijo, “el distanciamiento es necesario para la cordura. En cualquier caso, he vivido aquí durante muchos años y lo amo tanto como amé mi vida antes de irme de Londres. Ya no lo extraño demasiado”.

“¿Puedo hacer una pregunta más?” preguntó, terminando su bebida y colocándola también en la mesa delante de ambos. Su mirada se encontró con la de ella y ella luchó contra el impulso de abanicar su rostro. Era muy intenso. Su atención se centró en la de ella con tal fervor que uno no podría evitar pensar que estaba leyendo su mente. Ningún caballero le había prestado tanta atención ni había dedicado tanto tiempo.

“¿Si así lo quiere?” Se reclinó en su silla, esperando.

“¿Cuál es su nombre de pila?” ella preguntó.

Toda la tensión abandonó sus rasgos, y se rio entre dientes, su sonrisa tan devastadora como el sonido de su voz profunda y rica que era sugerente como el infierno.

“Hugh. Mi nombre es Hugh, señorita Clare. ¿Y el suyo?” preguntó.

“Molly”, dijo, sintiéndose extrañamente avergonzada por sus admisiones. “¿Puedo hacer una pregunta más?” continuó, atreviéndose a ser osada. Para buscar lo que ella quería. No es que preguntar por el nombre de un hombre fuera tan escandaloso, pero a las mujeres se les enseñaba a no ser tan atrevidas. Una lección difícil de desaprender.

“Sí”, dijo.

“¿Puedo llamarlo Hugh en lugar de Sr. Armstrong cuando estemos solos, como lo estamos ahora? ¿O cuando paseamos por Roma?”

“¿Así que debo acompañarla por Roma más de una vez?”

“Bueno, yo ah ...” Molly no estaba segura de qué decir. No había ninguna garantía de que el Sr. Armstrong se quedara siquiera en Roma durante su estadía aquí. Es posible que solo estuviera aquí un día y luego viajara de regreso a Nápoles.

Se puso de pie, acercándose a ella y tirándola de su asiento. Su mano era grande y fuerte, con sus dedos entrelazados con los de ella. El calor lamió su centro, a su cuerpo no le gustaba su firmeza, nunca había tenido esos deseos sin sentido. La hacía querer cosas que nunca antes había querido. Hacía que ella lo deseara. Miró a Hugh, incapaz de dar un paso atrás y darles el espacio necesario para actuar correctamente.

“Sería un placer estar aquí en Roma durante su estadía, para ser su guía turístico, y sí, puede llamarme Hugh, pero solo con una condición”.

“¿Condición?” Ella se aclaró la garganta. ¿Por qué sonaba tan sin aliento? Él se percataría de su fascinación por él en poco tiempo si no lograba controlar sus emociones. Estaba siendo una tonta, y pronto comenzaría a sonar como una debutante deslumbrada si no guardaba su corazón. No estaba en Roma para perder la cabeza por un hombre. Ella estaba aquí para recorrer la ciudad.

Él era simplemente un anfitrión educado. Un caballero decidido a hacer feliz su estancia aquí. Un recuerdo que duraría toda la vida una vez que regresara a Inglaterra. “¿Qué condición es esa?”

Le llevó la mano a los labios y le besó los dedos. Sus labios eran suaves. Tan suave y cálida, y su mente imaginó dónde más esos labios se sentirían tan dulces. Se mordió el labio, luchando por contener sus pensamientos descarriados.

“Que yo pueda llamarte Molly a cambio.”

Ella asintió, incapaz de formar palabras en ese momento. Si fuera tan atrevida como su amiga Evie o Willow, cerraría el espacio entre ellos y tomaría lo que quisiera. Un beso. Su primer beso. Pero ella no podía. Nunca había sido atrevida, al menos no de esa manera. “Me gustaría eso”, dijo por fin, tomando un respiro de bienvenida cuando él asintió una vez y se dirigió hacia la puerta.

“Salimos en una hora para la fiesta. ¿Podrá estar lista para entonces?” preguntó, deteniéndose en el umbral de la habitación.

“Por supuesto”, dijo Molly, mirándolo irse y tomando un momento para recomponerse. Dios no lo quiera, casi se había desmayado ante su atención. Qué hombre embriagador era, y un poco misterioso. Ella no había oído hablar de los Armstrong en Londres, y era interesante que él fuera a la escuela con Whitstone y que perteneciera a esa esfera social y, sin embargo, no tuviera título. Un misterio, y uno que ella desenredaría si pudiera mientras estuviera aquí.

Pero esta noche estaba reservada para bailar y divertirse. Experimentar lo que era la sociedad a cientos de millas de lo que era la suya en Inglaterra. Y si tenía suerte, tal vez el Sr. Armstrong, Hugh como siempre pensaría en él, le ofrecería su mano para bailar. Un vals en sus brazos sonaba como el final perfecto para un día sin duda ideal.

## CAPÍTULO CUATRO

LA FIESTA ERA OPULENTE. La sociedad en Roma era variada, y el sr. Armstrong se alegraba de que la esfera social que honraba ahora no supiera nada de su verdadera identidad o de la familia de la que provenía.

Aun así, la villa de su anfitrión con vista a Roma era más grandiosa y más grande que la suya. La familia se había enriquecido con el vino y tenía casas en toda Italia.

Esta noche, el atrio era el lugar del entretenimiento, al lado del tablinum se sentaba una orquesta que tocaba melodías antiguas y modernas. Al igual que en su casa, el atrio aquí estaba revestido de mosaicos, siendo un estanque central la característica principal. En esta villa, sin embargo, al ser de mayor escala, la abertura en el atrio era lo suficientemente grande como para que uno pudiera mirar hacia el cielo y ver el cielo nocturno en todo su esplendor. Millones de estrellas enmarcadas solo para ellos.

Los criados llevaban bandejas de bebidas y la cena, no había necesidad de detener las festividades para sentarse y comer como en Londres. Hugh estaba de pie junto a una estatua griega, sorbiendo su vino mientras veía a Molly hablar con su anfitriona. Su risa llegaba a donde él estaba, y podía decir que ella estaba disfrutando de su conversación.

Era una mujer hermosa, y cuanto más tiempo pasaba con ella, más ansiaba la próxima vez que se encontraran. Mientras se vestía para la recepción de esta noche, pensó en lo que podrían hacer mañana, adónde llevarla y qué ver. Esperaba que a ella le gustara su elección y continuar permitiéndole ser su escolta mientras estaba en Roma.

Por un momento, se permitió imaginar que nunca había salido de Londres, que había podido conocer a Molly en sociedad y cortejarla como quería. Ciertamente, ella traía tranquilidad dondequiera que fuera, y se encontró deseando haberla conocido antes de que estallara el escándalo que lo envió al extranjero.

Su madre y su hermano, que conspiraron para que él asumiera la culpa de la indiscreción de su hermano, se aseguraron de que ya no formara parte de esa familia. Le incitaba el orgullo de haber tenido que vivir de los fondos que su hermano envió para asegurar su supervivencia durante algunos años, pero durante los últimos ocho, no había tenido que hacerlo. Quizá por despecho, todavía cobraba esos cheques de Londres, pero daba la vuelta y donaba los fondos a las mujeres de Roma, que se encontraban encinta y sin protector ni marido.

Era lo mínimo que podía hacer para tratar de honrar a Laura de alguna manera, compensar a

la mujer que su hermano había arruinado.

“¿Por qué no está bailando, señor Armstrong? Se ve lo suficientemente bien como para creer que sobrevivirá a un giro en la pista de baile”.

Él se rio entre dientes, deleitándose con sus ojos brillantes y su boca sonriente hacia la que tenía un impulso abrumador de inclinarse y besar. Para probar la teoría de que sus labios eran tan suaves y dispuestos como sospechaba. O al menos esperaba.

“¿Regresamos con el Sr. Armstrong? Esperaba que me llamas por mi nombre de pila como acordamos “.

Ella se encogió de hombros, tomando una copa de champán de un criado que pasaba antes de tomar un sorbo. “No estamos solos, lo cual era parte del acuerdo. ¿Qué pasa si alguien escucha?”

“Nadie oirá con todo el ruido de esta fiesta”. Quería escuchar su nombre en sus labios. A pesar de que toda su huida de Inglaterra le había dejado un sabor amargo en la boca, tener a Molly aquí, una mujer inglesa que era dulce y amable, y oír su nombre pronunciado por ella le hacía cosas raras en el alma. Lo calentaba después de diez años de estar frío.

“Muy bien,” dijo ella, sonriéndole, el rubor más encantador manchaba sus mejillas. “Haré lo que me pide, pero si alguien se acerca u otros invitados se unen a nosotros, debemos volver a nuestros nombres formales”.

“De acuerdo”, dijo, volviéndose para recibir a los invitados, no fuera que alguien pudiera ver su marcada atención en la mujer que se alojaba bajo su techo. Debería irse, mudarse a un hotel y quedarse allí mientras ella se quedara, pero no podía, y por razones en las que no pensaba demasiado en este momento. “No ha bailado tanto como pensé que lo haría”.

“Oh, he bailado mucho y usted lo sabe muy bien. Por qué acabo de terminar un baile con Lord Brandon, a quien conozco de Londres. ¿Lo conoce?”

Hugh controló sus rasgos mientras un nudo de ansiedad se alojaba en sus entrañas. ¿Lord Brandon estaba en Roma? ¿Cómo no lo supo? Su atención se deslizó sobre la multitud y no tardó en ver al conde, que era amigo mutuo del duque Whitstone. Un compañero que era plenamente consciente de por qué había huido de su tierra natal.

“¿Cómo conoce al conde?” preguntó.

“A través del duque y la duquesa de Whitstone”.

Hugh siguió comprobando subrepticamente dónde estaba situado Lord Brandon. Se alegró de observar que, a los pocos minutos de verlo, el caballero y su hermosa esposa italiana se despedían de su anfitriona. Respiró hondo, agradecido de que su noche no hubiera terminado con un enfrentamiento entre él y su señoría.

“Dígame cómo conoció a la duquesa de Whitstone. Por la correspondencia de Su Gracia, son amigas muy cercanas “.

“Fuimos a la escuela juntas en Francia. A cada una de nosotras se nos envió fuera de casa por varias razones. Yo, porque mis padres temían que me arrojara a la basura con algún pícaro por razones por las que no lo aburriré. Aun así, todas nos conocimos en la Escuela de Refinación

para niñas de Madame Dufour. Nuestra amistad no ha decaído a lo largo de los años, y aunque nuestras vidas nos llevan por caminos diferentes, siempre estamos la una para la otra cuando es necesario”.

Hugh deseaba tener tales amigos. Había perdido muchos de su set cuando su hermano le había impuesto el escándalo sobre sus hombros. En retrospectiva, debería haber hecho que su hermano limpiara su propio desorden. Haberse enfrentado a las matronas de la alta sociedad mirándolo con desprecio por su comportamiento poco caballeroso. Pero no fue así. Oh, no, el futuro duque Henry no podía ser mancillado por una mujer de moral relajada, incluso si esa mujer hubiera sido una amiga y vecina de la infancia.

“Suenan como las mejores personas. Tiene suerte de tener amigas así”.

Ella le lanzó una pequeña sonrisa, y la preocupación de que él fuera expuesto a ella por el pecado de su hermano disminuyó. “Creo que soy afortunada”.

Los acordes de un vals flotaban en el aire cálido de la noche, y Hugh dejó su copa de vino, inclinándose ante Molly. “¿Me concede este baile, señorita Clare?”

Sin dudarle, colocó sus dedos enguantados en seda sobre su palma, cerrándolos con fuerza sobre su mano. “Me gustaría mucho, Sr. Armstrong”.

Hugh la condujo a la pista de baile junto a la fuente central. Tomaron sus lugares en el improvisado piso del salón de baile y esperaron a que comenzara la música.

Sus dedos se cerraron alrededor de su cintura, el tul que cubría su vestido verde esmeralda brillaba bajo las estrellas y cientos de velas que los sirvientes de la familia Costa habían colocado por la habitación. La atrajo hacia sí, sin perderse el momento en que sus ojos brillaron ante su acción. Tan cerca como estaban ahora, no estaba tanto como a él le gustaría.

El vestido era suave bajo su toque, su cintura era pequeña y delicada. La música comenzó, y él la hizo girar hacia los escalones, haciéndolos girar antes de dar vueltas por la habitación. El olor a jazmín provocaba sus sentidos, y estudió su cabello por un momento, preguntándose si esa era la razón por la que olía tan malditamente bien.

“Baila muy bien, señor Armstrong. Sospecho que recibió lecciones de baile cuando era joven”.

Había tenido lecciones de baile durante mucho más tiempo. Como hijo de un duque, a ningún hijo de su padre le faltaría la etiqueta o la gracia del salón de baile. Sabía bailar y bailar bien desde que llevaba abrigos cortos. “Trato de asegurarme de nunca pisar los dedos de los pies de mi compañera. Espero no decepcionarla, señorita Clare.”

Ella lo miró, sus miradas chocaron, y por su vida, él no podía apartar la mirada. Sus ojos, agudos y rápidos, lo miraban con absoluta convicción. Se dio cuenta de que nunca quería ser visto de otra manera que como lo hacía Molly.

“Ahora, sólo tengo que temer que pisaré el suyo. Espero que ese no sea el caso”, dijo, riéndose un poco de su broma.

Ella era toda curvas femeninas, tentadora y un duro recordatorio de todo lo que había perdido

al huir a Roma tantos años atrás. Si se hubiera quedado en Londres, no cabía duda de que ya se habría casado. Se habría instalado con una mujer como la que tenía en brazos y tendría un puñado de hijos. Siempre había querido una familia, su padre había sido cariñoso y quería ser como su padre.

Hugh suspiró y se concentró en el baile, sin querer detenerse en el pasado. Quería divertirse y darle a Molly una velada agradable que fuera tan agradable como su día.

“Ha demostrado ser tan apta para bailar como yo. Porque estas dos últimas vueltas por la habitación no me han lastimado los pies ni una sola vez”.

“Lo confieso, yo también he tenido muchos años de práctica. Seguro que no se sorprenderá saber que no soy una mujer en su primera temporada. Tengo veintiocho años. A esta edad, creo que podría convertirme en una maestra del baile y dar instrucción”.

Hugh la atrajo hacia sí mientras los guiaba en un giro en un extremo de la habitación. El salón de baile del atrio era un flechazo, las velas de cera de abejas yacían dentro de los apliques en la pared, haciendo que el salón de baile improvisado fuera mágico.

“No es anciana a los veintiocho, Molly. Si declaramos nuestras edades, debo advertirles que tengo treinta y dos años. Espero que no piense que soy demasiado mayor para una mujer como usted”. Hugh miró por encima de la cabeza de Molly, sin querer ver si ella estaba sorprendida o encantada por sus palabras. Palabras que no pensó en pronunciar. Tendría que comportarse mejor antes de decir algo que la hiciera hacer las maletas y regresar a Inglaterra.

“¿No son siempre los caballeros los que creen que las mujeres de mi edad son demasiado mayores para ser útiles? Los hombres, al parecer, tienen el lujo de tener cualquier edad para hacer una pareja igualmente grandiosa. Las mujeres, por otro lado, si no se casan dentro de un año o dos después de su salida del clóset, se denominan solteras y tienen demasiado tiempo para hacer otra cosa que ser enviadas al campo para cuidar a sus padres. o los hijos de sus hermanos”.

La idea no era agradable, pero Molly tenía razón. La sociedad puede ser cruel e injusta con las mujeres. “Bueno, no dejaré que nadie la envíe al campo, querida. En cualquier caso, no al menos mientras esté aquí en Roma conmigo. La mantendré a salvo del purgatorio”.

Ella lo estudió un momento. Hugh la miró a los ojos y un puñetazo en su región inferior habría sido menos hiriente. Había algo en la mujer en sus brazos que le encantaba. Ella le hacía pensar en cosas, en casa y en construir un hogar, en niños, mientras otra parte de ella lo hacía desear.

Hacía que el pícaro que había sido una vez cuando tuvo la libertad de hacer lo que quisiera, antes de que la demanda de su hermano lo vilipendiera por sus compañeros, quisiera escabullirse del baile, esconderse en algún lugar de esta villa romana y besarla. hasta que saliera el sol.

“Es todo un caballero y se lo agradezco. Si voy a viajar al campo, espero que me acompañen. Me imagino que ha visto muchas cosas maravillosas en este país que una turista como yo tal vez no sepa”.

Supuso que podría llevarla a Nápoles y mostrarle su finca. Hugh podía imaginársela ahora de pie en el balcón que albergaba las vistas de la antigua ciudad más allá, el cálido sol mediterráneo y el aire del mar provocando su piel inmaculada y su dulce figura.

“Sería un honor para mí mostrarle un poco más de Italia si ese es su deseo. Simplemente dígame cuándo le gustaría ir y lo arreglaré”.

“¿En verdad?” le preguntó, la sorpresa floreciendo en sus rasgos y haciéndola aún más hermosa de lo que ya era.

Su mano se flexionó alrededor de su cadera, y deseó poder robársela ahora. Codiciaba que lo que sentía por la mujer en sus brazos fuera correspondido.

Hugh se armó de valor para terminar el baile sin hacer el ridículo con una mujer a la que solo había conocido hacía un día. Era solo porque sus compañeras de cama habían estado ausentes de su vida últimamente. Su vida en Londres también lo había atormentado, los recuerdos de todo lo que había renunciado al aceptar las demandas de su hermano se burlaban de él por lo que había perdido.

Ahora que era duque, supuso que ya no tendría que esconderse en Roma. Podría regresar a Londres y ocupar su lugar en la sociedad. Su madre había fallecido hace algunos años. Sin duda, su hermana le daría la bienvenida y necesitaba estar en Inglaterra para mantenerla.

Pero él no podía. Le habían dado la espalda y ahora nunca volvería a casa. No podía decirlo por despecho o por orgullo, pero Inglaterra y la sociedad a la que una vez honró podía irse al diablo. Lo que significaría que después de las cuatro semanas de Molly en Roma, él también tendría que despedirse de ella.

El último día inminente no le sentó bien. Era un día al que no quería llegar.

## CAPÍTULO CINCO

REGRESARON a casa del baile en las primeras horas de la mañana. El amanecer inminente resplandecía en el horizonte oriental, algunos de los edificios de Roma ya cambiaban de un gris oscuro a un tono más cálido de arenisca.

Caminaron por el patio en silencio, la mano grande y cálida del Sr. Armstrong en la parte baja de su espalda, dejándola sin aliento y sonrojada. Había estado muy atento toda la noche, muy guapo y dulce.

Una mujer podría enamorarse de un caballero como Hugh.

Una sonrisa curvó sus labios cuando entraron al atrio, un sirviente masculino solitario dormido en la silla cerca de la puerta. “¿Puedo acompañarla a su habitación, Molly?”

“Gracias”, dijo, comenzando a subir las escaleras, el sonido de su nombre en sus labios calentándole la sangre. A Molly se le erizó la piel, demasiado consciente de la figura alta y musculosa que caminaba a su lado. No había pensado en conocer a ningún caballero mientras estuviera en Roma. Estas eran unas vacaciones puramente para disfrutar de las vistas de Italia. De hecho, fue un giro afortunado de los acontecimientos que el Sr. Armstrong hubiera llegado a su vida. Ava había mencionado muy poco sobre Hugh, nunca había conocido al caballero y le había asegurado a Molly que él estaría fuera de la ciudad durante su estadía.

Cuán afortunada era ella de que él regresara y decidiera quedarse. Su viaje a Roma ya en el día que había pasado con él había sido tremendo, y esperaba fuera solo el comienzo de muchos más por venir.

Llegaron a la puerta de su habitación y ella se detuvo, volviéndose hacia él, teniendo que mirar hacia arriba debido a su enorme altura. “Gracias por la noche maravillosa. La atesoraré siempre. No puedo recordar la última vez que me divertí tanto”.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, sus ojos cálidos y acogedores. “El placer fue todo mío, Molly.” Él se inclinó, el roce de sus labios contra su mejilla hizo que se quedara sin aliento. Si ella giraba un poco, sus labios se encontrarían. El aroma de sándalo provocó sus sentidos y, sin saberlo, extendió la mano, agarrando la parte superior de sus brazos. Los músculos fuertes y tonificados se unieron a sus dedos, y sintió la abrumadora necesidad de apretar su carne, ver si era realmente tan fuerte como la sentía bajo sus dedos.

Él se apartó, mirándola. El tiempo se detuvo. Su estómago se revolvió cuando él no se apartó. Ella podría besarlo si quisiera. ¿Ella quería hacerlo? ¿Él quería?



Oh sí, ella quería hacerlo, muchísimo. Su mirada se posó en su boca y el calor líquido se acumuló en su núcleo. Con la respiración entrecortada, buscó a tientas la manija de la puerta, empujándose hacia su habitación y alejándose de la tentación. “Gracias de nuevo, Hugh, por la agradable velada. Buenas noches”, dijo, sin esperar su respuesta antes de cerrar la puerta.

Se quedó allí un momento, obligándose a no moverse, a no abrir la puerta de un tirón y tirar de él a sus brazos, tomando lo que tan obviamente le estaba ofreciendo.

El sonido de pasos que se alejaban sonó en el pasillo exterior, y ella exhaló un suspiro de alivio. No podía arrojarse sobre él. Empezaban a ser amigos. Iba a mostrarle algo más sobre Roma y el campo circundante. No podía poner en peligro nada de eso. No lo haría. Su tiempo aquí era tan valioso que comenzar una historia de amor con un hombre con el que no se casaría sería la peor decisión que podría tomar.

Su prima jugó ese juego de entregarse a alguien antes de que se pronunciaran los votos matrimoniales y había pagado su error de juicio con su vida. Ella no sería otra tonta que se dejara engañar por una cara hermosa y palabras dulces.

No importa lo atractivo que pudiera resultar.

\* \* \*

AL DÍA SIGUIENTE, Hugh estaba impaciente por que ella visitara el Vaticano, y cuando rompió su ayuno en su habitación y bajó las escaleras, un carruaje los estaba esperando para llevarlos a su ubicación matutina.

Si la echó de menos en el desayuno, no lo dijo, y ella tampoco estaba dispuesta a dar una excusa de por qué no se había aventurado a bajar. Después de su casi beso anoche, la vergüenza la había mantenido arriba.

Por qué estaba actuando como una debutante ruborizada, no lo sabía. Por los modales sencillos y la personalidad encantadora de Hugh, parecía ajeno a lo que había ocurrido entre ellos.

“Viajaré en el palco si no le importa, señorita Clare”, dijo su compañera, sonriendo al criado del señor Armstrong, Marcus, que ya se había sentado en el asiento del conductor.

Molly captó la pequeña sonrisa secreta entre los dos y se preguntó si su compañera también se estaba embarcando en su propia aventura, una del corazón. “Por supuesto, si lo desea.”

“Si necesita algo, hágamelo saber. Haré que Marcus detenga el carruaje”.

“Señorita Clare” dijo Hugh, tendiéndole la mano para ayudarla a subir al carruaje.

Molly se preparó para sentir su toque y luchó por dominar sus rasgos cuando su cuerpo vibró ante su presencia, su voz y su calidez.

“Gracias.” Se tragó los nervios y subió al carruaje, se acomodó en los cojines y esperó a que Hugh se uniera a ella.

El carruaje se inclinó mientras él entraba, golpeó el techo y el carruaje se tambaleó hacia adelante.

Con su habitual personalidad afable, parecía complacido de estar con ella de nuevo, sin

indicios de lo que había sucedido entre ellos en las primeras horas de la mañana que nublara su opinión sobre ella. Era como si todo hubiera sido olvidado o solo se hubiera imaginado en la mente de Molly.

Esto era lo mejor, por supuesto. Molly no necesitaba que él pensara que podía haber algo más entre ellos además de la amistad. A menos, por supuesto, que ella se enamorara de él y él le ofreciera la mano. Entonces, y sólo entonces, estaría dispuesta incluso a contemplar la posibilidad de entregarse al caballero.

Vestido con pantalones de piel de ante color canela y botas de arpillera negras muy pulidas, de nuevo parecía un caballero dispuesto a pasear por Hyde Park. Su camisa blanca tenía una corbata suelta atada en el diseño de nudo de barril y una chaqueta color canela. Sin chaleco. Sin sombrero. Sin guantes. No demasiado formal, lo que parecía encajar con él. No es que él necesitara mucha ropa para verse como el epítome de la sofisticación, si fuera por ella no necesitaría usar nada en absoluto, y él estaría perfecto en su opinión.

El calor le rozó las mejillas y se interesó por las calles que pasaban por la ventana.

“Le gustará la Capilla Sixtina, Molly. Las pinturas del techo son simplemente inolvidables”.

La emoción vibró por sus venas, no solo por su destino, sino porque estaban solos. Qué afortunado era que a la señorita Sinclair le hubiera gustado Marcus, y si la dulce sonrisa del criado a su compañero era algo para tener en cuenta, a él también le agradaba.

“No puedo agradecerle lo suficiente por llevarme, Hugh. Les comentaré a Ava y Whitstone sobre su amabilidad hacia mí mientras estuve aquí.”

Él le lanzó una pequeña sonrisa, mirando por la ventana. “Es una pena que solo esté aquí por tan poco tiempo. Siento que la extrañaré cuando regrese a Inglaterra. Ha pasado tanto tiempo que he tenido una pequeña parte de mi hogar debajo de mi techo. La última vez que fue el propio Whitstone quien vino de visita, y usted es una amiga mutua de Su Excelencia, sé que puedo confiarle tales declaraciones”.

Molly extendió la mano y tomó su mano sin guantes, apretándola un poco. “Me imagino que es muy difícil estar tan lejos de su hogar. ¿Cree que volverá alguna vez a Inglaterra? Sé que me agradecería volver a verlo”.

“Nunca volveré, no”. Un músculo se movió en su mandíbula, y frunció el ceño, mirando algo fuera de la ventana del carruaje. “Roma es mi hogar ahora, y aquí es donde me quedaré. Pero”, dijo, colocando su mano sobre la de ella, Molly se dio cuenta de que todavía estaba sobre la suya, “siempre es más que bienvenida para quedarse cuanto quiera”.

“Si tan solo pudiera, pero mi familia no podría permitirse enviarme por mucho tiempo. Si no fuera por mis amigos, no hubiera podido hacer realidad mi sueño. No podría imponerme por más tiempo del que planeo hacerlo”.

“Tonterías. Le daría la bienvenida a que se quedara, cuando quiera y por el tiempo que quiera.”

“Ya estamos eludiendo la irregularidad conmigo bajo su techo y usted en la residencia. No

creo que desee llevar mi fortuna demasiado lejos, señor”.

Su mano levantó la de ella un poco y comenzó a jugar con sus dedos, trazándolos con los suyos a través de sus guantes de piel de cabrito. “Debería quitarse esto. Hace demasiado calor para los guantes en Roma”.

Sin esperar una respuesta, abrió los dos pequeños botones de su muñeca, sus dedos desnudos se deslizaron bajo su guante para liberar su mano del suave cuero. El aire fresco golpeó su carne, y tenía razón, hacía más fresco sin usarlos.

Le dio la vuelta a los dedos, inspeccionándolos. “Tiene unas manos preciosas.”

Molly miró su mano sin guantes encerrada en la de él. Parecía pequeña y delicada contra la suya, grande y bronceada. Nunca había prestado mucha atención a sus manos, pero tal vez él tuviera razón. Ciertamente no tenían un aspecto horrible.

“Tiene manos grandes y fuertes”. Las palabras se le escaparon de los labios y, por mucho que quisiera retirarlas, no pudo. Era una idea absurda, pero ya había pasado demasiado tiempo pensando en sus manos y en cómo se sentirían al acariciar su piel.

Bonito, muy bonito de hecho.

El carruaje giró y Hugh se colocó a un lado de él, haciendo un balance de su ubicación. “Estamos casi allí. Si tenemos suerte, podemos vislumbrar a un cardenal o al Papa en persona. ¿Le gustaría eso?”

“Oh, mucho, aunque ya no soy tan religiosa, todavía respeto a los que lo son. ¿Es católico, Hugh?”

Él sonrió, sacudiendo la cabeza. “No, protestante, ¿y usted?”

“Lo mismo.” Se acercó a la ventana y, tirando de la correa de cuero, bajó el cristal. Molly se inclinó fuera del carruaje, miró al frente y jadeó. Un imponente edificio renacentista se encontró con su visión, completo con una gran cúpula encima, columnas y estatuas adornaban el edificio, dándole un aire de grandeza que nunca antes había visto. El carruaje avanzó retumbando por el largo camino, acercándose cada vez más a la plaza circular. Los edificios que rodeaban la Ciudad del Vaticano daban a esta gran plaza, y la gente se arremolinaba en el área, disfrutando de las magníficas vistas.

“Siento que voy a disfrutar de nuestra salida de hoy”, dijo mientras el carruaje se detenía y Marcus abrió la puerta del carruaje.

Hugh saltó y se inclinó hacia atrás para tomar su mano y ayudarla a bajar. “Se sorprenderá, estoy seguro. Mucha gente nunca llega a ver tales regalos. Este será realmente un día que nunca va a olvidar”.

Molly no pudo evitar sonreír ante las palabras de Hugh. No había duda de que el día ya era inolvidable. Hugh colocó su mano sobre su brazo, volviéndose hacia su conductor y su acompañante. “Por favor, vuelva a recogernos aquí en St. Peters Square en un par de horas”.

“Hay mucha gente por aquí, señorita Sinclair. Puede volver a la villa. Su compañera sonrió a Marcus y eso solidificó la curiosidad de Molly. Ciertamente había algo entre las dos personas.

El conductor se inclinó el sombrero cuando Marcus volvió a subir a la caja. “Por supuesto, Sr. Armstrong.”

Molly no le echó un segundo vistazo al carruaje mientras giraba y avanzaba retumbando por el camino de grava. En cambio, su atención fue captada y retenida por los magníficos edificios que tenía ante ella. Comenzaron a caminar hacia la Basílica de San Pedro, con una cúpula grande e imponente que mira hacia abajo a la población debajo. Por la abundancia de gente, parecía ser la estructura más popular para visitar.

“Iremos a la Capilla Sixtina a través de la Basílica de San Pedro. Quiero que vea la nave”.

La emoción vibró a través de Molly. Estaba en Roma, en la Ciudad del Vaticano, y con un caballero al que no creía conocer. Era un anfitrión y guía maravilloso, y ella no podía agradecer lo suficiente que Ava y Whitstone fueran amigos del Sr. Armstrong.

Subieron una línea de escalones en dirección a la entrada de la gran iglesia. Pasaron bajo seis altas columnas antes de entrar al pórtico y luego a la nave. Las columnas de oro ornamentadas no se parecían a nada que Molly hubiera visto antes. Mármol, esculturas y murales eran un placer para la vista. No podía asimilarlo todo, el tamaño por sí solo era tremendo, tantos detalles e historia que a una persona le llevaría años ver todo bajo el gran techo y apreciar su belleza.

“Esto es abrumador. Siempre pensé que Westminster y St. Pauls eran hermosos, pero esta es otra bestia”.

Hugh se rio entre dientes y la acompañó tranquilamente por el centro de la nave, mientras él también miraba el gran espacio. “Es una fiesta para cualquier historiador o coleccionista de antigüedades. Se puede entender por qué tanta gente viene a admirar esta iglesia”.

“Oh, sí”, dijo ella, apretando un poco su brazo. “Lléveme a la Capilla Sixtina. No puedo esperar más”.

Asintió levemente. “Estoy a su servicio, señorita Clare. La sacó de nuevo al pórtico y, girando a la izquierda, subieron unas escaleras antes de girar a la izquierda de nuevo y tomar las escaleras que subían por un lado de un edificio separado de la Basílica de San Pedro.

“Siempre había pensado que la capilla era parte de la iglesia. ¿Por dónde me está llevando, no es el caso?” preguntó, mirando hacia la puerta que se alzaba ante ellos.

“Es una capilla a un lado y separada. Yo tampoco lo sabía hasta que la visité por primera vez. Me alegro de tener una compañera que aprecia la historia y la belleza tanto como yo”.

Ella lo miró a los ojos cuando llegaron al rellano superior, y le sonrió, su cuerpo vibraba de expectación. “Estoy encantada de que esté aquí conmigo también. Si hubiera hecho esto sola o con la señorita Sinclair, a quien no le gustan los viajes y cualquier cosa diferente a lo que está acostumbrada, no habría sido lo mismo. Gracias por acompañarme, Sr. Armstrong. Es realmente un buen hombre”.

“No iría tan lejos, señorita Clare”. Su risa tenía un toque de burla, y ella se maravilló. Era un buen hombre y había sido un amigo maravilloso para ella estos últimos días.

“Creo que es así”, no estuvo de acuerdo mientras atravesaban una pequeña puerta hacia una

habitación rectangular llena de murales pintados. Molly se mordió el labio, sin habla por lo que vio.

“Miguel Ángel, a pesar de todo lo que proclamaba de ser escultor y no pintor, ciertamente tenía talento cuando sostenía un pincel”.

Molly cerró la boca con un chasquido, arqueando el cuello para mirar el techo del que había leído tantos libros, pero que nunca había visto en su vida. La famosa creación de Adán los miró, grandiosa y celebrada. Ella parpadeó para contener las lágrimas por estar finalmente aquí, al ver este tesoro de manos de un maestro del arte.

“Hermoso, ¿no es así?” dijo, pasándose la mano por la mejilla y sin embargo no avergonzada por el hecho de que estaba emocionada ante Hugh. Uno no podía mirar ese arte y no conmoverse, ser indiferente a lo que adornaba las paredes solo podía significar que la persona no tenía alma.

“Estoy bastante de acuerdo”, susurró.

Molly miró a Hugh y lo encontró mirándola con los ojos llenos de una emoción que ella no reconoció. Ella apartó la mirada, calmando su corazón acelerado. Este no era el lugar para que ella se arrojara sobre él. Eran amigos, no quiso decir nada con sus palabras, simplemente que los cuadros eran hermosos. No es que ella lo fuera.

Dio un paso adelante, contemplando las imágenes de los papás dibujadas en un nivel superior de la sala de las ventanas arqueadas. El piso era una especie de mosaico de patrón circular, aparentemente más moderno que la sala histórica y las pinturas que se encontraban dentro.

Estudiaron las pinturas durante algún tiempo, un guía se acercó a ellos y les contó un poco de los significados de la pintura, de cuánto tiempo le tomó a Miguel Ángel pintar la habitación.

Pasaron varias horas antes de que salieran de la Basílica de San Pedro, y su carruaje estaba esperando pacientemente fuera de La Plaza. “¿Está contenta de haber viajado miles de millas para ver Roma y todo esto?” Preguntó Hugh, acercándola a su lado mientras cruzaban la plaza.

Molly respiró hondo, sintiéndose como en casa en esta ciudad, este país. Aunque tenía amigas a las que adoraba y amaba en Inglaterra, ahora todas estaban casadas, siguiendo sus propios caminos. Su familia ya no circulaba por el pueblo, no después de lo que le pasó a su prima. Aunque nunca circularon en la esfera en la que ahora disfrutaban sus amigas, todavía le permitía a Molly tener a su familia en Londres y no estar aislada.

Estaba bastante sola ahora que Evie se había casado y se había mudado de la casa que una vez compartieron con Willow.

Molly detuvo a Hugh. Él la miró, una pequeña línea de su ceño fruncido estropeaba su rostro perfecto. Así de cerca, podía admirar sus largas pestañas de obsidiana, la ligera sombra de barba incipiente en sus mejillas y mandíbula. Un dolor latía profundamente en su estómago y, por primera vez en su vida, actuaba de acuerdo con sus sentimientos.

Sus dedos se deslizaron por detrás de las solapas de su abrigo. Lo abrazó con fuerza, acercó a Hugh antes de inclinarse y besarlo en medio de la Plaza de San Pedro.

Molly ignoró los jadeos de quienes pasaban y vieron su demostración pública de afecto, pero no se detuvo. Sus labios eran tan suaves como la seda tal como ella los imaginaba. Sus brazos se envolvieron alrededor de su cintura, acercándola y profundizó el beso. Tomando su boca en un beso como nunca antes lo había imaginado. Su lengua se deslizó en su boca y ella jadeó, no habiendo esperado tanta intimidad cuando comenzó esta incursión en la pasión.

La sensación no se parecía a nada que hubiera experimentado antes, pero le gustó. Le gustó que la besara con abandono y sin preocuparse de quién los veía. Después de todo, estaban en Roma. La ciudad eterna que había visto millones de aventuras amorosas como en la que se estaba embarcando.

Molly se aferró a sus hombros, imitándolo tanto como pudo. Su primer beso fue todo calor y delicia, y no pudo tener suficiente. No quería dejar de besarlo.

Él se acercó y le tomó la cara con las manos. Ladeó un poco la cabeza y el mundo dejó de girar. En este ángulo, de alguna manera, la hizo abrirse a él como una flor, floreciendo por su calor. Antes de que supiera de qué se trataba, deslizó su lengua contra la de él, maravillándose de la fricción.

Hugh gimió, sus manos se clavaron en su cabello mientras la acercaba más. Su cuerpo, duro contra el de ella, hizo que su respiración se atascara, sus lugares más privados le dolían. Su beso se volvió desesperado. A lo lejos, como a un millón de millas de distancia, podía sentir que su cabello se deshacía bajo su ataque. A ella le importaba poco. Todo a lo que prestaba atención era a este hombre dulce, amable, viril y apuesto que la estaba besando a una pulgada de desfallecer.

El sonido de un caballero carraspeándose cerca afectó su beso, y Hugh se apartó, mirándola como si no supiera quién era en sus brazos. Molly se negó a mirar a su alrededor para ver quienes los estaban mirando, juzgándolos. Todos podrían ir al Hades en lo que a ella respectaba.

“Eso fue...” dijo, sus palabras sin aliento contra sus labios.

“Lo fue, ¿no?” Ella sonrió y se liberó de su agarre. Molly le tomó la mano y se dirigió hacia el carruaje. El cabello le caía sobre los hombros y no trató de arreglarlo antes de que subieran al carruaje. No tenía mucho sentido. La mitad de sus alfileres estaban esparcidos por la plaza de San Pedro, después de todo.

Junto con su reputación, alguien debería haberla reconocido.

HUGH AYUDÓ a Molly a subir al carruaje y la siguió al interior, cerrando la puerta detrás de él para enmascarar sus manos temblorosas. Maldito sea todo el infierno. ¿Qué acababa de pasar? Nunca en su vida había actuado de una manera tan escandalosa. Y en la Plaza de San Pedro para arrancar. El Papa lo desaprobaba si hubiera visto un beso tan público entre dos personas que ni siquiera estaban casadas.

¿Qué había estado pensando?

En cuanto a eso, no mucho. Nada en absoluto excepto lo perfecta que se sentía Molly en sus

brazos. Cómo se sentían sus dulces y suaves labios presionados contra los de él y cuánto deseaba volver a sentirlos.

Ahora.

Bajó las persianas del carruaje para darles privacidad. “Me besaste, Molly. ¿Eso significa que quieres besarme de nuevo?”

Sus ojos se abrieron de par en par con alarma, y él sonrió, maravillándose de cómo ella podía besarlo con tan dulce abandono y luego sorprenderse cuando le preguntaban al respecto. ¿Qué tan adorable era esta mujer y cuánto la extrañaría cuando se fuera?

“Me gustas”, dijo con total naturalidad, con las manos apretadas en su regazo. “Nunca besé a un hombre antes, verás, y después del maravilloso día que acabamos de tener, bueno ...” Hizo una pausa, mirando algo en su regazo, esos dulces labios con los que acababa de besarlo apretados entre los dientes, llevándolo a la distracción. Se agarró al asiento, obligándose a permanecer donde estaba y no moverse. Para no volver a molestarla en el carruaje esta vez cuando no había nadie que los detuviera.

“Bueno”, continuó. “Decidí que quería que fueras tú a quien besara. Probablemente vas a ser el único hombre al que besaré, así que tomé lo que quería. Me disculpo si te sorprendí o te ofendí”.

Hugh se rio entre dientes, recostándose en los cojines. Ella lo miró a los ojos y él esperaba que pudiera leer en sus ojos que estaba lejos de sentirse ofendido. Provocado, intrigado... sí. ¿Pero ofendido? Diablos no.

“Déjame decirte, Molly, que tienes mi permiso para besarme cuando quieras. Hace tiempo que no estoy con una mujer, y tu compañía estos últimos días ha sido un dulce elixir para mi alma. Un robo de un beso o dos no lastimarán a nadie, especialmente a mí”.

Sus mejillas florecieron en un bonito tono rosa, y él se movió para sentarse a su lado, levantando la mano para cepillarle el cabello detrás de la oreja. “Me alegro de que me hayas besado porque quería besarte desde el momento en que te vi en mi atrio, con tu bonito vestido azul y emocionada de ver Roma por primera vez”.

“¿En verdad?” Una sonrisa floreció en sus labios, y él no pudo evitar devolverle la sonrisa. “¿Entonces puedo besarte cuando quiera?”

El asintió. “No sería un caballero si no sugiriera que si nos volvemos a besar que fuera en privado. Quizás la Plaza de San Pedro no sea la mejor ubicación, pero un carruaje con las persianas cerradas, bueno, nadie nos verá aquí”.

“Eso es verdad.” Molly miró alrededor del carruaje y su inspección se fijó en las persianas bajadas. “Quiero besarte de nuevo. ¿No soy escandalosa?”

“Un poco”, bromeó. “Pero yo también, así que somos una buena pareja”. Hugh no esperó a que ella iniciara el beso esta vez. En cambio, tomó su dulce rostro y la besó, profundo y seguro. Sus lenguas se enredaron, el calor lamió su piel, su pene dolorido por su toque. Nunca había reaccionado a una mujer de esa manera en su vida. Quería hacer que ella lo deseara tanto como

temía que la codiciara cuando se fuera.

Sus brazos se enredaron alrededor de su cuello, sus pechos, llenos y pesados, se sentaron contra su pecho. Sus manos ansiaban agarrar un puñado de esa carne voluptuosa. Para provocar y pellizcar sus pezones, estaba seguro de que serían pequeños botones fruncidos dentro de su vestido.

La idea de lamerla, besarla allí, envió un rayo de deseo a su pene. “Eres tan dulce. No puedo tener suficiente de ti”, jadeó contra sus labios.

Ella le devolvió la mirada, sus ojos nublados por el deseo, sus labios hinchados por su toque. “Ni yo de ti.”

Hugh volvió a tomar sus labios, levantándola contra su persona. Su estómago se sentó contra su pene hinchado. No estaba seguro de qué pensaría ella de él, o de su reacción hacia ella, pero cuando ella se onduló contra él, deslizándose su dulce cuerpo para provocar el suyo, el eje del mundo se inclinó.

Le tomó todo su autocontrol no deslizar la mano por su espalda, agarrar un buen puñado de su trasero y apretarla contra ella. Ella se acercó aún más, empujándolo contra la ventana, su beso sin instrucción antes de volverse más competente con cada momento que pasaba. Molly aprendía rápido. Si no tenía cuidado, ella lo desharía en el carruaje como un muchacho verde que nunca antes había tocado a una mujer.

El carruaje se detuvo y, con un tirón, los sentó. “Estamos en casa.” La palabra casa resonó en su mente. La villa romana era sin duda su hogar, pero le gustaba tener a Molly bajo su techo y que fuera parte de su vida. Tener a alguien, un pedacito de casa que juró no perderse, calmó a la bestia que rugía por dentro y que odiaba lo que había hecho su familia. Tener a Molly aquí le recordó todo lo que había perdido a causa de ellos. La posibilidad de un futuro. Una esposa tan apasionada y dulce como lo era su invitada. Quizás incluso la propia Molly.

Se sentó, ajustándose el vestido y arreglando su cabello lo mejor que pudo antes de que se abriera la puerta, y Marcus bajó los escalones para ellos.

Hugh saltó hacia abajo y se dio la vuelta para ayudarla a bajar. Sus dedos encerrados dentro de los de él y un rayo de conciencia se disparó por su brazo. Respiró para calmarse, presionando el dolor en su pecho al darse cuenta de que ella se iría en solo unas pocas semanas. No estaba tan seguro de querer que ella se fuera.

Si pudiera, la conservaría para él. Para siempre.



## CAPÍTULO SEIS

AL DÍA siguiente Molly recorrió los mercados de Piazza Navona con la señorita Sinclair, junto con el criado de Hugh escoltándola ya que Hugh tenía que dirigir unas misivas de Inglaterra que habían llegado el día anterior cuando estaban en el Vaticano.

Molly recogió algunas flores de uno de los puestos y una colección de regalos que llevaría a Inglaterra para sus amigas. Un comerciante vendía pequeñas estatuas de porcelana de gladiadores famosos de la antigua Roma. A Hallie le encantarían estos, especialmente porque le gustaba mucho la historia.

Caminaron por los mercados durante algún tiempo, rompiendo el ayuno en un puesto que vendía pan y carnes secas. Molly nunca antes había comido en público así, y era una maravilla, un sentimiento liberador. Podría acostumbrarse a ser una ciudadana romana, especialmente si tenía la suerte de volver a casa a la villa y ver a Hugh todos los días.

La idea de él hizo que su estómago se catapultara en mil círculos. Después de su beso en la plaza de San Pedro y luego en el carruaje de camino a casa, ella había pensado que cenarían y pasarían tiempo juntos por la noche, pero Hugh había recibido una montaña de cartas que incluso esta mañana estaba tomando su tiempo. Impidiéndole que la acompañe hoy.

Regresaron al carruaje, Marcus le llevaba los paquetes. La señorita Sinclair parecía haber cambiado de opinión con respecto a la ciudad y los viajes. Ella era todo sonrisas y cumplidos por su salida. Marcus era una influencia positiva para ella.

Mientras esperaba a que se engancharan los paquetes, su mente se volvió hacia Hugh. ¿Cuál era el negocio que era tan importante que no había estado disponible anoche ni hoy? Quizás todavía tenía negocios en Londres que necesitaban ser atendidos. Había estado monopolizando un poco su tiempo desde que él se ofreció a llevarla por Roma. Solo se esperaba que tuviera que declinar y quedarse en casa para completar su trabajo algunos días.

Molly subió al carruaje, asintió con la cabeza a la señorita Sinclair mientras se quitaba el sombrero y se limpiaba la frente con su pañuelo de encaje. “Qué mañana más agradable. Sin embargo, me temo que un resfrío se está instalando”.

“Si se siente mal, le pediré a María que le traiga una tisana. ¿Va a cenar con los sirvientes o prefiere cenar en su habitación?”

“No debería dejarla sola con el señor Armstrong tanto como lo he hecho, señorita Clare. Mi deber es mantenerla a salvo. Ya es terriblemente escandaloso que nos quedemos bajo su techo

con él en la residencia. las noticias no nos devuelven a Londres. Su reputación se arruinará”.

Molly miró por la ventana, sonriendo ante las palabras de la señorita Sinclair. Su reputación ya estaba arruinada si alguien hubiera visto su beso ayer en la plaza y los hubiera reconocido. Sin embargo, no podía arrepentirse. Su primer beso se lo había dado libremente al Sr. Armstrong, y desde el momento en que él le devolvió el beso, supo que sus acciones audaces habían sido lo correcto.

“Sabemos muy poco sobre él, señorita Clare. Odiaría que se arruinara su reputación por no cumplir con mi deber como acompañante.”

“Tengo veintiocho años, señorita Sinclair. A nadie le importa lo que haga o cómo me vaya. Olvida como era mi vida en Londres. Aparte de mis amigas, nadie se preocupaba por mí en absoluto. No tengo título ni soy rica, prácticamente invisible”.

“No creo que sus padres estén de acuerdo, señorita Clare. Piense en su prima. Fue atraída por una cara bonita y falsas promesas. No quiero que le suceda lo mismo, y Dios sabe, el Sr. Armstrong tiene un rostro que incita a la perversidad. Qué hombre tan apuesto, y uno que sabe cómo usar esas miradas, estoy segura, cuando surge la necesidad”.

Molly se rio entre dientes, incapaz de estar en desacuerdo con los resúmenes de su compañera. “Una cara bonita no me engañará, pero aun así, el señor Armstrong es un caballero y ha sido muy amable conmigo. Pero le prometo, señorita Sinclair, que no haré nada que pueda dañar a mi familia o a mí. no cometeré el mismo error que Laura”.

“Él le prometió matrimonio, señorita Clare. Ella se creía enamorada.”

“Sé lo que pensó Laura”. Molly sabía de primera mano lo que le habían prometido a su prima y la angustia por la que había pasado su amiga antes del nacimiento de su hijo. La muerte de ambos, pocos días después, había dejado a la familia llena de cicatrices y cautelosa.

Lord Farley, el hermano menor del duque de St. Albans, era un demonio que no merecía respirar en lo que a Molly se refería. Si tan solo pudiera decirle al mojigato en la cara que lo odiaba, que lo que había hecho había arruinado a su amiga y a su futuro.

Había causado un daño irreparable a la familia con la que luchaban hasta el día de hoy por vivir.

Molly no era lo suficientemente ingenua como para no saber que Laura también tenía la culpa, había permitido que las cosas fueran demasiado lejos entre ellos antes de casarse, pero, aun así, cuando uno se enamora, podía ver lo difícil que sería negarse a una misma lo que deseaba.

Así como ahora deseaba al Sr. Armstrong por encima de cualquier otra persona. Él podría ser su perdición, el hombre que la hacía querer dejar a un lado toda precaución y simplemente vivir, amar y jugar al gusto de su corazón.

Por mucho que no entendiera las emociones de su prima o qué la impulsaba a hacer las cosas que había hecho con lord Farley, ahora podía comprenderlas. Después de besar a Hugh, pudo entender que los deseos del corazón a veces eran demasiado grandes para resistir.

El carruaje se detuvo frente a la villa y la señorita Sinclair siguió pareciendo disgustada con ella. “Se ha enamorado de usted. El personal puede verlo tan claro como el día, y yo también. Es un hombre, su riesgo no es nada para el suyo. Por favor, mantenga la cabeza clara cuando esté con él. Eso es todo lo que pido.”

Molly se inclinó sobre el asiento y estrechó la mano de la señorita Sinclair. Su ansiedad por Molly le hace justicia a su personaje y posición. “Las atenciones del Sr. Armstrong no me lastimarán, lo prometo. Es un hombre honorable. Puede que sea un poco largo en el diente, pero creo que es genuino. No jugaré con mi corazón a menos que tenga la intención de quedárselo para sí mismo... Todavía hay esperanzas, señorita Sinclair, de que pueda haber encontrado mi pareja”.

Molly sonrió y se volvió para bajarse del vehículo. La puerta de la villa estaba entreabierta, y dentro de las paredes de la casa estaba Hugh, esperándola bajo el sol de la tarde. Su camisa estaba libre de sus pantalones color canela, las mangas enrolladas alrededor de sus codos, mostrando su piel dorada y sus musculosos antebrazos.

Las mariposas volaron en su estómago, y ahogó un suspiro de placer al verlo. ¿Cómo podía ser tan abrumador un hombre que solo conocía hace unos días? Hacerla sentir como una niña verde que experimenta su primera temporada y es cortejada por el hombre más guapo de Londres.

Caminó hacia él, incapaz de detener la sonrisa que se formó en sus labios. “Buenas tardes, Sr. Armstrong. Espero que haya tenido un día productivo como esperaba”.

La guió hacia una parte del jardín que albergaba una pequeña alcoba y un banco de mármol. Las enredaderas crecían sobre el asiento, dando privacidad a los ocupantes. Molly se sentó y se puso el chal sobre los hombros, ya que la temperatura en el nicho escondido era más fría que en el patio.

“Pude terminar lo que necesitaba asistencia, pero no podía concentrarme”.

“¿En verdad?” Molly le frunció el ceño. Se sentó a su lado, con el lado de su pierna tocando la de ella. Su piel hormigueó por la conciencia, y tomó un respiro para calmarse, necesitando controlarse a sí misma y sus reacciones hacia él. No necesitaba saber que a ella le gustaba quizás más de lo que debería gustarle un hombre al que apenas conocía. “¿Por qué no pudiste concentrarte?”

Extendió la mano, deslizando su pulgar por su labio inferior, y ella se inclinó hacia él, deseando más de su toque. Que le sustituyera el pulgar por los labios. “No podía concentrarme porque sabía que estabas caminando por Roma sin mí. Me temo que nunca podrás regresar a Londres porque te extrañaré demasiado”.

Sus dulces palabras hicieron que una punzada de arrepentimiento y pánico se apoderara de ella. No podía quedarse, a menos que él le ofreciera matrimonio, pero no estaba segura de que le preguntara si podía vivir tan lejos de sus amigos y familiares. Incluso con el hombre embriagador y consumidor que lentamente estaba tomando su corazón y haciéndolo suyo.

“Bromeas,” dijo ella, tomando a la ligera sus palabras y sin querer enfrentar lo que significaban, lo que podrían implicar para ambos.

Sacudió la cabeza, cerrando el espacio entre ellos. “No, no lo hago. Nunca he sido más honesto”.

En el momento en que sus labios tocaron los de ella, Molly se perdió. Se entregó a su beso que se volvió exigente y perverso, y a diferencia de los otros besos que habían compartido hasta ahora. Este la dejó sin aliento. Su mano se clavó en su cabello, haciéndola jadear. En el momento en que ella lo hizo, él se aprovechó y empujó su lengua contra la de ella, empujándola hacia un mundo de deseos, necesidades y anhelos.

Su cuerpo ansiaba su toque. Ella se agarró a su costado, anclándose para no salir flotando y nunca regresar a su cuerpo. Débilmente, ella fue consciente de su otra mano, deslizándose por su cintura. Un gemido estalló libremente cuando cubrió su pecho, amasando la carne dolorida. Su pulgar e índice encontraron su pezón. Lo enrolló a través de la tela de su vestido y ella gimió.

Cruzó las piernas mientras se inclinaba contra él, tratando de apaciguar el profundo y palpitante dolor entre sus piernas. No ayudó. Quería que él también la tocara allí.

Que jugara con ella y la besara y llevara ese deseo hasta el final “Eres la mujer más dulce. Está confirmado que debes quedarte. Olvídate de Londres y quédate aquí conmigo”.

Molly se echó hacia atrás, esperando que él estuviera jugando mientras un poco de ella deseaba poder ser tan valiente. “Tendrás que persuadirme con algo más convincente que esto, Hugh.”

“Hmm,” dijo, sonriéndole, su mandíbula cincelada y sus pómulos altos recordaban a las muchas estatuas de dioses que cubrían Roma. “¿Es eso un desafío, señorita Clare?”

Molly se puso de pie, jalándolo para que se pusiera de pie antes de emprender el regreso hacia la villa. “Sin duda lo es. Cambia mi opinión y ya veremos”.

“Voy a ganar, ¿sabes? Soy muy persuasivo”.

Ella se rio entre dientes, sin importarle que la señorita Sinclair estuviera en el balcón de arriba y viera su interacción o la cercanía de su amistad. Ella no había hecho nada tan malo. Un beso no era el fin de su reputación ni el fin del mundo. Y no era como si la señorita Sinclair no se estuviera embarcando en una historia de amor propia. “Ya veremos, ¿no es así?”

“Lo haremos”, dijo, besando su mano y guiñándole un ojo.

## CAPÍTULO SIETE

A ÚLTIMA HORA de la noche, sonó un golpe en la puerta de su dormitorio y, habiendo despedido a la señorita Sinclair unas horas antes, Molly se deslizó desde lo alto de la cama donde había estado leyendo, dejando el libro antes de ver quién estaba allí.

Abrió la puerta sólo una pulgada y luchó contra el impulso de sonreír como una tonta. “Sr. Armstrong. ¿Pasa algo?” preguntó, abriendo más la puerta y comprobando a ambos lados del pasillo que no había ninguna emergencia por la que la estuviera despertando.

“Para nada. Quería mostrarte algo en la villa que recientemente había restaurado. Creo que lo disfrutarás.”

“¿En verdad?” Intrigada, Molly salió al pasillo y cerró la puerta. Hugh extendió su brazo y ella lo tomó de buena gana, aceptaría cualquier excusa para tocarlo. Cuando regresara a Londres, lo extrañaría terriblemente.

Después de cenar juntos, su mente se había pasado toda la noche pensando en lo que él podía querer decir para tratar de persuadirla de que se quedara. ¿Tenía la intención de pedirle que se casara con él? Si lo hiciera, ¿diría que sí? Molly lo miró rápidamente, sabiendo muy bien la respuesta a su pregunta. Oh, sí, se casaría con él sin pensarlo dos veces.

Incluso conociéndolo tan poco, hacía que su sangre cantara, su cuerpo anhelara y nadie, en todos los años que había pisado los pisos de los salones de baile en Londres, la había hecho reaccionar así.

Atravesaron la villa y el atrio hasta salir al patio. Los candelabros ardían contra las paredes de la villa y las linternas iluminaban los senderos del jardín, alumbrando su camino. Se dirigieron a una habitación que tenía una puerta de madera aceitada. Muchas de esas habitaciones corrían por las paredes de la villa, y Molly aún no había visto qué había en esos espacios, pero la puerta de esta parecía reparada y barnizada.

“Está aquí dentro”. Se volvió para mirarla un momento, y antes de que ella supiera de qué se trataba, le robó un beso. Molly trató de que se demorara, pero en cambio, él sonrió, se volvió y abrió la puerta.

Molly jadeó, entrando en la cálida habitación de azulejos que tenía un techo abovedado. No podía creer lo que estaba viendo. Era como si retrocediera dos milenios hasta la época romana. La habitación tenía dos piscinas profundas con baldosas en el centro del espacio, candelabros quemados en cada pared y lo que parecía ser vapor saliendo de una de las piscinas hacía que el

agua fuera atractiva.

“¿Es esto una casa de baños?” preguntó, contemplando los mosaicos pintados en la pared que, aunque eran nuevos, eran de hombres y mujeres escasamente vestidos disfrutando de baños como los que estaban frente a ellos.

“Lo es. Roma solía tener cientos de ellos, como usted sabe, esta villa se encontraba abandonada y en ruinas cuando la compré. La he restaurado y he limpiado y reconstruido el hipocausto debajo de los pisos. el aire caliente que fluye debajo del caldarium o baño caliente se calienta con carbón y calienta el piso y el agua. El frigidarium o baño frío lo puse yo mismo, la habitación no tenía uno. Este baño estaba ubicado en la habitación de al lado, pero necesitaba espacio para las habitaciones de los sirvientes y, por lo tanto, lo coloqué aquí también. Pero, por supuesto, no hay sistema de calefacción debajo de este baño”.

Él le tomó la mano y la llevó hacia el baño humeante. “Pensé que te gustaría bañarte. Sola, por supuesto”, dijo, sonriendo maliciosamente y haciendo que su cuerpo zumbara. “Puedes usar la habitación cuando quieras”.

Molly no sabía mucho de historia y había aprendido mucho más escuchando a Hallie y sus muchos viajes. Sin embargo, una cosa que sí sabía sobre los baños romanos era lo que le sucedía a la persona después de bañarse. “¿No tiene un sirviente que lo frote con aceites después del baño, Sr. Armstrong?” Molly no pudo evitar reírse de sus bromas. Por un momento, Hugh pareció un poco sorprendido por sus palabras.

“No lo tengo. No.” Se trasladó a un diván cercano que estaba en una esquina, sentado en su borde. “Puedo arreglar eso para ti, sin embargo, si eso es lo que deseas.”

Molly se unió a él, de pie frente a él. Él la miró, sus largos mechones revueltos con un pequeño rizo. De repente se veía vulnerable y algo en su pecho le dolía. Ella extendió la mano, pasando sus manos por su mandíbula sin afeitarse, deleitándose con la sensación de sus cortos bigotes. “¿Estás intentando tentarme a quedarme en Roma con este baño que tengo a mi disposición cuando quiero?”

Se encogió de hombros, con una sonrisa burlona en los labios. “¿Está funcionando?”

Molly miró por encima del hombro al agua. El baño parecía profundo y limpio, y tan apetitoso y tibio. Hacía mucho calor en Roma y ella se deleitaría bañándose. Se acercó al baño, miró por encima del hombro y se encontró con la mirada de Hugh. Él la estaba mirando, una luz hambrienta en sus ojos que hizo que se le encogiera el estómago. Quería que él la mirara como si quisiera consumirla y atragantarse con cada parte de su cuerpo. La idea de él, besándola como lo hizo en el carruaje, de que la tomara, la dejaba dolorida.

Quizás debería meterse en el baño frío en su lugar. Toda su delicia la estaba desconcertando.

“¿Puedes ayudarme con mis botones?”

Sus ojos brillaron con necesidad, y sin dudar, se puso de pie, caminando hacia ella como un guerrero romano que se dirige a la guerra. Molly miró el agua, armándose de valor para su toque en la espalda. Y luego estaba allí, el deslizamiento de sus dedos sobre su vestido. Hizo un breve

trabajo con los botones que recorrían su espalda.

Cuando se soltó el último botón de su vestido, Molly levantó las manos para abrochar la parte delantera de su vestido. Hugh no se detuvo allí. Sus dedos se deslizaron por encima de su trasero, el tirón de los cordones de su corsé la hizo tambalear. Se mordió el labio y cerró los ojos, obligándose a no darse la vuelta. Si lo hiciera, estaría perdida y no podría hacer eso. Por mucho que se había dado cuenta de que deseaba a Hugh, quería que él quisiera que ella se quedara, posiblemente se casara con ella si él pensaba que su amistad se dirigía hacia allí, no podía entregarse a menos que se pronunciaran las palabras.

Al menos ella no tenía la preocupación de que él fuera simplemente un señor rico que buscaba un poco de entretenimiento mientras ella estaba en Roma. Que no tuviera título le sentaba bien, y le gustaba que fuera un hombre que se había hecho a sí mismo, que no había heredado la fortuna de sus padres.

“¿Qué es lo que hace aquí en Roma, señor Armstrong? No me lo ha dicho”.

Sus dedos se deslizaron entre los cordones, subiendo por su espalda. “Cultivo vino en mi finca aquí en Italia, y me dedico al envío de mercancías desde la India e Inglaterra. He tenido la suerte de no estar en deuda con nadie, y vivo una vida cómoda aquí en Roma.”

“Tus padres, ¿siguen vivos?” No es que quisiera entrometerse o parecer descortés, pero tenía curiosidad. Por mucho que anhelara darse la vuelta, meterse en sus brazos y quedarse allí para siempre, no sabían mucho sobre la vida del otro. Si se quedaba en Roma, si él le pedía la mano, deberían saber todo lo que había que saber.

“No, desafortunadamente, mi padre falleció hace algunos años y mi madre más recientemente. Yo no estuve allí para su fallecimiento, no es que ella quisiera que yo estuviera”.

Molly frunció el ceño, una punzada de tristeza la inundó ante el dolor que escuchó en su voz. Ella se volvió, mirándolo y deseando poder hacer felices los recuerdos de sus padres, al igual que los suyos lo eran para ella

“¿No estabas cerca? Lo siento si fue así.”

Suspiró, pasando una mano por su mandíbula antes de caminar hacia la puerta. “No lo estaba. Mi madre dejó en claro cuando partí de Inglaterra que no me necesitaban ni querían allí. Pensé que sería contradictorio con nuestros verdaderos sentimientos si intentara estar allí cuando ella falleciera. Tenía razón cuando me escribió, diciéndome que no se arrepentía de su decisión de años atrás”.

A pesar de todas las palabras de Hugh, había algo en sus ojos, un dolor oculto para quienes lo rodeaban. No era tan inmune a este dolor como decía. La tensión de su boca le dijo que no importaba lo que hubiera dicho su madre, su hijo había deseado lo contrario. Quería el amor de su madre, como todos los niños, lo recibieran o no.

“Lo siento, Hugh. Eso no pudo haber sido fácil.”

Él sonrió, el caballero malvado y bromista una vez más. “Lo que no es fácil, querida, es dejarte sola en esta casa de baños para que te bañes sin mí. Si crees que mi alma está torturada,

así es, pero solo por ti y no por un padre que pudo haber tenido dos hijos, pero solo necesitaba uno”.

HUGH CERRÓ la puerta de la casa de baños y obligó a sus piernas a moverse hacia la villa. El santuario de su tablinum. Supuso que Molly sentiría curiosidad por su pasado, su vida cuando vivía en Inglaterra. No estaba preparado para responder a esas preguntas, no cuando no quería que ella supiera que él era el infame Lord Hugh Farley, que había arruinado la vida de una joven debutante antes de huir al continente.

O eso pensaba todo el mundo.

Ahora, el duque de St. Albans, supuso que podría regresar a Londres, levantar la nariz ante cualquiera que se lo negara, pero eso no iba a ser soportado. No les daría a las ratas el derecho de regodearse para maldecir su nombre y darle el corte directo. No es que lo fueran a hacer. No siendo uno de los hombres más ricos y de mayor rango de Inglaterra.

Con la muerte de su madre y su hermano ahora también, se perdió toda capacidad para limpiar su nombre. No habría redención para él en Inglaterra, sin importar cuánto le gustaría regresar. Para asumir sus deberes por el bien de su padre, si nadie más, pero él no podía. Su hermano se había asegurado de que su nombre fuera barro.

Hugh entró en su biblioteca, cerró la puerta y se dirigió al sofá que estaba frente a la chimenea apagada, hundiéndose en sus mullidos cojines. Con la intención de Molly de regresar a Inglaterra, tendría que tomar una decisión. Pedirle que se quedara, que se casara con él, pero eso era un problema. No podía casarse con ella con falsos pretextos. Si lo hiciera, los herederos que produjeran no heredarían su título, lo que le dejaba una opción.

Decirle a Molly la verdad de quién era él y la verdadera razón por la que vivía en Italia.

A menos que pudiera firmar el registro de matrimonio con su nombre real sin que Molly lo supiera ... Aun así, tendría que comprobar la legalidad del matrimonio antes de que nacieran sus hijos.

*Qué acertijo.*

Se pasó una mano por la mandíbula, la idea de admitir su linaje, su vergüenza, no la fingida que su hermano y su madre le habían amontonado en la cabeza, sino la vergüenza de dejar que lo obligaran a tomar la caída le dejaba un sabor amargo en su boca.

Si le decía a Molly la verdad, no estaba seguro de poder afrontar el horror, el dolor que ensombrecería su bonito rostro. Nunca quiso que ella lo mirara como si no supiera quién era. Imaginarla pensar que él era un canalla que arruinó la vida de una joven era una vergüenza que no podía soportar ver de ella.

Sin embargo, no estaba clara la razón. Se conocían desde hacía tan poco tiempo, pero el fuego y la química que ardía entre ellos eran innegables. Molly era una mujer que tenía amigos en las altas esferas. No le cabía duda de que ella habría oído hablar de la señorita Laura Cox y de



la ruina que el malvado Lord Farley había hecho de ella.

Hugh juntó las manos ante su rostro, apoyándose en las rodillas, mirando pensativo el hogar ennegrecido. Sería mejor dejarla en paz. Detener todo coqueteo, todos los viajes clandestinos a la casa de baños como el de esta noche. Detener los besos robados en el carruaje y simplemente convertirse en el anfitrión que se suponía que era. O mejor aún, dejar Roma y regresar a su finca cerca de Nápoles. Alejarse de la tentación que era Molly.

Maldijo, tirándose hacia atrás en su silla. La idea de dejar a Molly no era más agradable que decirle la verdad y verla partir hacia Londres. Era un caso desesperado y tendría que pensar más. Esta noche no podía decidir su curso de acción. Sin embargo, sí podía decidir que necesitaba un trago fuerte. O quizás, muchos.

## CAPÍTULO OCHO

LA NOCHE SIGUIENTE, Molly volvió a bajar sigilosamente al patio de la villa y se coló en la casa de baños. La habitación parecía preparada para su uso en cualquier momento, los candelabros ardían contra las paredes, el suelo de mosaico estaba caliente bajo sus pies. Molly suspiró, deleitándose en el espacio más opulento que había experimentado en su vida.

De vuelta en Inglaterra, en la pequeña casa de campo de su familia, solo se había bañado en un baño de cadera, y el que tenía no le había dado la capacidad de nadar en agua tibia y fragante. Cualesquiera que fueran los aceites de flores dulces que estaban poniendo en el agua, eran deliciosos y, aparte del propio Hugh, extrañaría este baño romano más que cualquier otra cosa cuando regresara a Inglaterra.

Llevaba casi una semana en Roma y habían sucedido muchas cosas. No solo con sus recorridos por la ciudad, sino con Hugh. Se habían hecho amigos al instante, y esa atracción que sentía por él solo había crecido con cada momento que pasaba en su presencia.

Hoy, sin embargo, no había estado en la villa. El ama de llaves no sabía dónde estaba.

Molly se quitó la bata y desató la pequeña cinta en la parte delantera de su camisón, dejando que también cayera al suelo y se juntara a sus pies. Se hundió en el agua, con cuidado de no resbalar en los escalones antes de que el baño tibio la envolviera. Molly sonrió, se sumergió en el agua y nadaba hasta el otro extremo. Ella se rio entre dientes, sabiendo que estaba retozando como una ninfa de agua, y lo hacía. ¿Quién no lo haría cuando se le daba el regalo de un baño romano para usar cuando lo deseara?

La puerta de la casa de baños se abrió y ella chilló, nadando hacia el lado de la bañera para evitar que Hugh la viera desnuda. Entró a trompicones en la habitación y cerró la puerta, aparentemente ajeno a que ella estuviera allí.

“¿Hugh?” ella preguntó. Levantó la cabeza. Sus ojos vidriosos se enfocaron en ella por primera vez. ¿Estaba borracho?

“Molly”, jadeó. “No sabía que estabas aquí. Pensé que todos estaban en la cama”.

“Estaba en la cama”, comenzó, viendo como él se movía hacia un diván, dejándose caer sobre el colchón. “Pero tenía calor y quería bañarme. Pensé que me ayudaría a dormir”. Hizo una pausa, mirándolo mientras yacía allí, con un brazo caído sobre su rostro, sus piernas fuera del costado del diván como si no pudiera molestarse en levantarlas más. “¿Está bien, Sr. Armstrong?”

“No me llames Sr. Armstrong. Por favor.”

Sonaba torturado, incluso enfermo. ¿Debería arriesgarse a salir y ponerse la ropa? Parecía estar a sólo uno o dos minutos de dormirse. Su toalla descansaba sobre una silla cercana, pero para abrocharla, eso también significaba que tendría que salir del agua por completo para asegurarse de que se conservara su modestia.

¿Por qué no había colocado su toalla más cerca del baño?

“¿Estás bien, Hugh?” preguntó de nuevo, moviéndose a lo largo del borde de la bañera hacia los escalones.

“Estoy algo borracho, pero no enfermo”.

Parecía extraño esta noche. Sus palabras eran duras y no invitaban a la conversación. ¿Estaba enojado con ella? La razón de tal cambio de carácter no tenía sentido. Ella no lo había visto hoy y la última vez que pasaron tiempo juntos, se habían separado en buenos términos.

“¿Entonces que es?” preguntó ella, queriendo saber qué le afligía.

“Tú.”

“¿Yo?” Ella se paró en el piso de la bañera, mirándolo por el borde de la piscina. Él se sentó, mirándola, y el deseo que ardía en sus orbes de ébano le disparó sangre. Era peligroso para él estar en la habitación con ella. Ella tragó saliva y sintió un hormigueo en el cuerpo cuando su mirada se posó en sus hombros. No es que pudiera ver más allá, pero había pocas dudas en su rostro de que imaginaba cómo se vería el resto de ella, desnuda y mojada en el agua.

“¿Qué he hecho?” preguntó ella cuando él no dijo nada más.

“Me atormentas.”

Molly cerró la boca con un chasquido, no estaba dispuesta a escuchar semejantes tonterías, y ciertamente no estaba dispuesta a escuchar cuando él estaba borracho. Subió las escaleras del baño, abrochó la toalla y se envolvió con ella, ignorando el hecho de que su cuerpo ardía. Podía sentir su atención sobre ella, abrasando su camino arriba y abajo por su cuerpo mientras se cubría con el suave lino.

Lo suficientemente oscurecida como para enfrentarlo, se acercó y se paró a un pie descalzo de su persona. “Te atormento. Suenas como un niño petulante. No te he atormentado más que tú a mí.”

“¿En verdad?” Se puso de pie, elevándose sobre ella. El aliento en sus pulmones se detuvo. Su camisa estaba abierta, lo suficientemente abierta como para ver su pecho y los pelos esparcidos sobre su piel.

Se le secó la boca, le dolía el centro.

“¿Cómo te atormento? Dime.”

Sus palabras, apenas audibles, eran en sí mismas atormentadoras. Sus palabras profundas y guturales la hicieron anhelar más. No solo un beso robado, sino un toque, una caricia, sus manos tirando de ella contra él para que sus cuerpos pudieran disfrutar. Tenía pocas dudas de que él podría darle mucha satisfacción. Sus amigas habían sido honestas y abiertas con ella, diciéndole

que no debería conformarse a menos que el caballero que se había enamorado de ella la hiciera arder.

Ahora entendía esas palabras, definitivamente sí lo entendía. Por él. Ella no le diría cómo la hacía sentir. Ella se lo mostraría a él en su lugar.

Al diablo con sus reglas.

HUGH DESEABA a Molly con una necesidad que no esperaba sentir. Su cuerpo no era él mismo. Le dolía cada hora de cada día, ansiaba con una urgencia que le revolvió el estómago. Necesitaba su toque y sus besos dulces e inexpertos. Ella era todo en lo que pensaba. Una novedad que nunca había experimentado. Pero estaba desgarrado. ¿Qué pensaría de él cuando se enterara de la verdad de su partida de Inglaterra? ¿De qué había sido acusado?

Incluso si esas acusaciones eran incorrectas, no cambiaba el hecho de que todos lo creían verdad. La señorita Laura Cox era de una familia adinerada, circulaba en su ámbito social. Incluso si su padre no tenía título, eran lo suficientemente ricos como para ser incluidos en el calendario social de la nobleza. Su hermano había seguido con su vida en Londres después de arruinar a Laura sin pestañear. Muy feliz con sus uh y ah por los rumores, compadeciéndose con sus amigos de la caída y el comportamiento atroz de su hermano. Una caída que debería haber enfrentado Henry en lugar de Hugh.

¿Cómo iba a contarle a Molly su pasado? ¿Esperar que ella crea que él era inocente del crimen? Fue culpa suya. Nunca debería haber aceptado asumir la responsabilidad. Debería haber dicho la verdad y dejar que su hermano enfrentara la ira de sus compañeros. Laura, una dulce mujer que él recordaba estar llena de vida y promesas, no se había merecido lo que le había sido dado. Su hermano, habiendo jugado con sus emociones, debería haber ofrecido su mano, especialmente cuando Henry tomó su inocencia y la dejó embarazada.

Henry no lo había hecho. En cambio, su hermano la había evitado, observando desde lejos cómo la luz de sus ojos se atenuaba a un gris mortal. La ignoró hasta que dejó de asistir a los eventos y finalmente se fue al país. Hugh recordó el día en que su madre recibió la misiva de la señorita Cox, exigiendo que el duque de St. Albans cumpliera su promesa de casarse con ella. Qué le diría a su padre sobre su conducta si no hacía lo correcto.

Su madre se había enfurecido con Laura. Un ataque de ira fuera de lugar, como debería haber sido dirigido a su hijo mayor. A partir de ese momento, Henry cesó toda comunicación con la señorita Cox y explicó que no se tomaban bien las amenazas. Que no había pruebas de que él fuera el padre o de que ella no hubiera entregado su cuerpo a otros caballeros de su grupo.

Fue entonces cuando le pidieron a Hugh que fuera el caballero que la había arruinado. Que fuera el único en cargar con la culpa, para que la reputación del cabeza de familia no se viera mancillada. Él se negó, por supuesto, y por eso su madre y su hermano pusieron en juego los rumores, y la calumnia que lo forzó.

Hasta el día de hoy, esa decisión lo perseguía, y ahora, de pie ante Molly, sabía que su verdad sería el final de su nueva amistad.

Ella lo odiaría por el demonio, el idiota mentiroso que era. El bastardo que había sido.

Y así, esta mañana, había huido de Roma. Había salido antes del amanecer, decidido a dejar a Molly y la tentación que ella traía a su vida. Quiere y necesita ser un hombre al que pueda amar, admirar y casarse. Había comenzado a dirigirse hacia Nápoles, alejándose de su vida, dejándola con sus vacaciones y recorridos, para que no fueran una distracción en su mundo.

Puede que ahora fuera el duque de St. Albans, pero su hermano se había ido a la tumba, el respetable y noble dios. Hugh era el hermano degenerado y escandaloso que arruinaba a mujeres inocentes y separaba familias.

Cierto o no, era lo que todos creían.

“Te deseo. Con cada vez que respiro, te deseo más, y sin embargo no puedo tenerte”. Con cada inhalación, su toalla se levantaba, dándole un pequeño vistazo de su amplio busto. Su piel era fragante, olía a flores dulces, y su boca se hizo agua con el deseo que vibraba a través de él. Quería besarla, saborear su camino sobre su piel, atiborrarse de ella hasta quedar satisfecho.

Lo cual, estaba empezando a creer, nunca sería el caso.

Su lengua salió, lamiendo sus labios ante sus palabras, y su pene se endureció. Actuaba tan mal como su hermano, queriendo desflorar a una mujer inocente solo para sofocar sus perversos apetitos.

“¿Por qué no podemos estar juntos? ¿Si ambos elegimos estarlo?” Molly le preguntó, con sus ojos cómo insondables pozos de necesidad en los que él podría ahogarse felizmente mientras lo miraba, esperando a que él respondiera.

La respuesta fue tan complicada como sus emociones hacia la mujer parada frente a él. Enredados y atrapados. Si supiera la verdad, la respuesta a su pregunta sería simple. Ni siquiera tendría la oportunidad de cortejarla, porque ella nunca le habría dado una segunda mirada. “Eres virgen, una doncella soltera. No te arruinaré”, dijo en cambio.

“También tengo veintiocho años. Creo que soy lo suficientemente mayor para elegir mi camino. Para determinar lo que quiero y cuando lo quiero. Yo también te quiero a ti, Hugh.” Ella suspiró, acercándose a él, el lino de su toalla acariciando su pecho. “No entiendo lo que me está pasando, pero cuando estoy cerca de ti, todo lo que puedo pensar es en tu toque. Me duele en lugares que no sabía que existían antes de conocernos. Yo...”

El la besó. Duro. Tomó su boca en un beso abrasador que lo sobresaltó por su intensidad. Pararse allí, escuchando sus palabras, era una tortura que no podía soportar. Su lengua se enredó con la de él, sus brazos se envolvieron alrededor de su cuello, su toalla olvidada.

Extendió la mano detrás de ella, sacándola de su cuerpo. Sus manos se deslizaron por su piel y agarraron su trasero, levantándola para montarla a horcajadas sobre él. Ella jadeó contra sus labios, pero no rehuyó, lo besó con un abandono que lo dejó tambaleándose por su propósito.

Una voz, un tambor en su mente le dijo que se detuviera. Que esto estaba mal, estaba

actuando como su hermano, pero no podía. No podía negar sus necesidades, cómo no podía negarse a sí mismo el aire.

Esto no es lo que había pensado que ocurriría entre ellos cuando la conoció por primera vez, pero habiendo llegado a conocerla durante la última semana, se dio cuenta de que era inevitable que se unieran. La atracción, el aire chisporroteante que siempre circulaba a su alrededor cuando estaban juntos, era prueba suficiente de que se convertirían en uno.

Ella se onduló contra su pene, gimiendo a través de su beso, y él los llevó al baño. La dejó en el suelo, rasgándose la camisa por la cabeza y tirándola en algún lugar sobre su espalda. El toque de sus manos en los botones de sus pantalones le hizo temblar el estómago. Hizo un breve trabajo con ellos, rasgándole los pantalones y ayudándolo a bajárselos. Ella retrocedió, mirándolo fijamente, con un brillo perverso y admiración en sus ojos mientras se llenaba.

Hugh estaba de pie frente a ella, tranquilo y dispuesto a que ella disfrutara de lo que era suyo. Porque lo era en verdad. Él era suyo, para siempre después de esta noche. Nunca miraría a otra mujer, no después de acostarse con un ser tan dulce y hermoso como su Molly.

Molly lo tomó de la mano y lo llevó al agua. El baño estaba caliente, el olor fragante de las flores impregnaba el vapor. Hugh se paró a un lado de la bañera, apoyándose en ella mientras la veía flotar en el agua frente a él. Demonios, era hermosa, le dolía el corazón.

“Estas muy lejos.” Las palabras resonaron en su mente, lo que lo obligó a tener en cuenta que a ella solo le quedaban tres semanas con él antes de partir hacia Inglaterra. No podía dejarla ir. Quedarse en Roma sin ella le dejaría una herida honda y profunda en el pecho.

Había estado contento antes, pasaba sus días ocupado con sus propiedades, con su bodega en Nápoles, pero pensar en volver a la forma en que era su vida antes de Molly ya no era posible. Ya sabía que suspiraría por ella, la extrañaría, la desearía hasta que eso lo volviera loco o lo empujara de regreso a Inglaterra. Un país al que no volvería, no después de que se volviera en su contra sin pensarlo dos veces.

Sus labios se torcieron en una sonrisa burlona y nadó contra él, sentándose a horcajadas sobre él. El aliento en sus pulmones se detuvo ante la resbaladiza y dispuesta sensación de ella en sus brazos. Reprimió sus necesidades libertinas que querían apoderarse, conquistar y tomar lo que ella estaba tan obviamente dispuesta a dar.

La besó, hambriento de ella desde la última vez que estuvieron juntos. Podría acostumbrarse a tenerla tal como estaban. Solo y como si el mundo y sus prejuicios no pudieran tocarlos, no incidiría en sus decisiones ni en su vida.

“Quédate conmigo en Roma”, suplicó, abrazándola fuerte contra él, conteniendo un gemido cuando su yo desnudo se deslizó contra su pene.

“Seré honesta contigo, Hugh, porque no quiero ningún secreto entre nosotros, pero no puedo quedarme. No porque no quiera, sino porque no seré tu amante. No seré la amante de nadie.”

Él frunció el ceño, levantando su barbilla para que ella lo mirara. “No quiero que seas mi amante. Quiero más de ti que eso”. Quería que ella fuera su esposa, pero cómo podía pedirle que

lo fuera cuando ella no sabía nada sobre él, y cuando lo supiera, probablemente lo despreciaría y correría hacia las colinas.

Era un riesgo que tendría que correr, porque maldita sea, no quería perder a la mujer en sus brazos. Ella era perfecta para él en todos los sentidos. Por primera vez en su vida, estaba donde quería estar y con la mujer que completaba su círculo de felicidad.

“¿Cuánto más?” le preguntó ella, con los ojos llenos de temor ante cuáles serían sus próximas palabras.

“Sé que no nos conocemos desde hace mucho tiempo, diablos, casi no nos conocemos, pero por primera vez en mi existencia, sé lo que siento que está bien. Es lo que quiero y lo que más quiero es tú. ¿Quieres casarte conmigo, Molly? ¿Serás mía?”

MOLLY MIRÓ FIJAMENTE A HUGH, su mente era un caleidoscopio de pensamientos sobre por qué no debería casarse con él. Por qué la respuesta a esta pregunta debería ser un no, no se conocían, se habían conocido una semana antes. Aun así, la idea de decirle que no al hombre que la sostenía en sus brazos y la miraba con algo parecido al miedo acechando en las profundidades de sus ojos, era imposible de comprender. Quería casarse con él, ser suya y de nadie más.

También sabía que nunca había sentido por nadie más lo que sentía por Hugh. Su cuerpo cobraba vida cuando él estaba cerca. Hoy, cuando había explorado los mercados sola y sin Hugh, con sólo la señorita Sinclair como compañía, se dio cuenta de que una pequeña chispa que iluminaba Roma con un faro resplandeciente no estaba allí. Hugh hacía que sus viajes por la ciudad fueran agradables, le aportaba humor y conocimiento, le daba una idea de esta ciudad antigua y extranjera que de otro modo no habría experimentado.

Se estaba enamorando de él tanto como su mente se había enamorado de Roma.

Molly lo miró fijamente, muy agradecida de haber encontrado al hombre ante ella. Un hombre que sería suyo para siempre. Todo suyo y de nadie más, incluso si tuviera que viajar por la mitad del mundo para encontrarlo. “Sí. Sí, me casaré contigo.”

Él sonrió antes de besarla. Su boca estaba caliente, insistente, y su cuerpo zumbaba por completarse, para ser tomado e inflamado. Su piel estaba en llamas, y no pudo evitar frotarse contra él, buscar el placer que sabía que él podía darle.

Hugh los hizo girar, empujándola contra el borde de la bañera. La levantó más alto en su cadera, con su pene provocando su núcleo. Ella gimió, apoyando la cabeza contra el lado de baldosas de la bañera mientras él trabajaba su dolorida carne hasta convertirla en un infierno. “Sí, tómame. Te deseo tanto.” A Molly no le importaba que estuviera suplicando, o que él tuviera tanto poder sobre ella en ese momento. Todo lo que le importaba era que él le hiciera el amor. Qué le diera lo que quería y que no sabía que había estado perdiendo todos estos años.

“Puedo esperar, Molly. No tenemos que hacer esto ahora. Podemos casarnos en unos días y luego unirnos si lo prefieres”.

“No.” Ella negó con la cabeza, no quería esperar tanto. Un tiempo que parecía tan lejano como la luna. “Te quiero ahora. Por favor, dame lo que quiero.” Tú. No pronunció la palabra, pero su mente la cantó como un tambor.

El agarre en su trasero se apretó, y luego lo sintió, la cabeza dura y suave como la seda de su virilidad presionando contra su núcleo. La observó mientras lentamente, pulgada a deliciosa pulgada, la llenaba. Con la ayuda del agua y su necesidad de él, Molly no sintió el dolor punzante que esperaba. Sorprendentemente, no sintió nada más que un placer exquisito.

Molly extendió la mano, agarró la mandíbula de Hugh y lo acercó a ella para darle un beso. Ella jadeó cuando él empujó la última pulgada de sí mismo dentro de ella. Su cuerpo lo instó a moverse, y luego lo hizo. Él empujó dentro de ella, uniéndose a ellos para siempre, y Molly supo lo que era sentirse amada.

Sus bombeos eran profundos y constantes. Cada uno golpeando un pequeño lugar especial en lo profundo de su núcleo. La necesidad corrió a través de ella, caliente y salvaje. Ella se aferró a él, empujándolo, tomando todo lo que le estaba dando. Todo su centro se desplazó hacia donde se unían, la necesidad de alcanzar cualquier vértice hacia el que la estuviera llevando.

“Joder, me haces arder.” Su aliento caliente raspó contra su cuello. Él mordió su piel antes de lamer el mordisco con la lengua. Un escalofrío la recorrió y suspiró. “Tan apretado. Mío.”

“Tan grande”, replicó ella. Gimió, el sonido era una mezcla de placer y dolor. Su mano se cerró sobre su pecho, su pulgar e índice pellizcando su pezón. Un disparo de conciencia recorrió su cuerpo, aumentando su placer.

“Vente para mí, cariño.”

Sus palabras susurradas contra su oído fueron su perdición. Un sentimiento diferente al que había experimentado nunca, rebotó en su sexo y se extendió a cada parte de su cuerpo. Un delicioso temblor de placer convulsionó desde su sexo hasta la punta de sus dedos. Molly gritó su nombre, pero Hugh no se detuvo. Sus embestidas solo aumentaron su placer, enviando ondas para convulsionar a través de su sangre.

“Hugh,” jadeó, dejando que la tomara, que le hiciera el amor como decía y avivar el fuego que él había encendido en su alma.

“Molly”, gimió, mientras él también encontraba la liberación, su semilla se precipitó hacia su núcleo mientras seguía su clímax con el suyo. Con la respiración entrecortada, permanecieron unidos. Ella lo tomó con fuerza, abrazándolo contra ella mientras trataba de calmar su corazón acelerado. Molly nunca se había sentido tan satisfecha en su vida, tan satisfecha e inflamada.

“¿Cuándo podemos casarnos?” preguntó ella, besándolo mientras recuperaba el aliento.

Él sonrió, riendo entre dientes ante su pregunta. “¿Es mañana demasiado pronto?”

Ella le devolvió la sonrisa. “Mañana suena perfecto”.



## CAPÍTULO NUEVE

MAÑANA NO ERA DEMASIADO PRONTO. Molly se paró junto a Hugh en una pintoresca iglesia romana en las afueras de la ciudad y juró ser su esposa. Miss Sinclair y Marcus fueron sus testigos.

Molly miró a Hugh, sin creer que pronto sería su esposa. Pareja de un hombre que había tenido una vida exitosa fuera de Inglaterra. Su marido. Lo que significaría que Roma sería su hogar a partir de ese día. A ella no le importaba que él no tuviera título, o que su matrimonio pudiera limitar su tiempo con sus amigas en Inglaterra. Estarían felices por ella porque había encontrado al hombre que amaba.

Un hombre que la amaba a cambio.

El calor se apoderó de sus mejillas al pensar en su noche de bodas. Esta noche, podrían dormir juntos en la villa. No separados como tenían que hacerlo cuando habían regresado de la casa de baños solo un día antes.

Imaginar que eso apenas había pasado ayer estaba más allá de la comprensión. En solo unas pocas horas estaban uniendo a sus dos familias. Si su piel no la hubiera mantenido unida, estaba segura de que estallaría de emoción.

“Ahora los declaro marido y mujer”, dijo el sacerdote, sonriéndoles.

Hugh se volvió hacia ella, con el amor brillando en sus ojos. Él tomó su mano y besó sus dedos enguantados, su intensa y ardiente mirada la observó mientras le otorgaba el dulce gesto.

Llevaba un vestido de gala que había hecho para la temporada del año pasado, un azul tan claro en la sombra que a veces casi podía parecer blanco. Molly miró a su nuevo marido. La idea de que había viajado por el mundo y había conocido a un caballero que hizo que su cuerpo y su mente no fueran suyos, y que se casara con él era una idea tan extraña para ella que no podía creer que fuera real. Nunca había actuado tan precipitadamente y tomado una decisión que afectaría el resto de su vida con tal velocidad.

Marcus y la señorita Sinclair aplaudieron en la celebración de su unión, acercándose a ellos antes de que firmaran el papeleo para officiar su día.

“¿Eres feliz, mi querida esposa?” Hugh le preguntó mientras la ayudaba a subir a su carruaje, cerrando la puerta detrás de ellos y encerrándolos en un espacio solo para ellos, lejos de los sirvientes y su acompañante.

“Estoy muy feliz y un poco aturdida. Nunca antes había tomado una decisión tan importante

como esta en mi vida y tan rápido”.

“No te arrepientes, espero”. Una sombra de miedo acechaba en sus ojos, y Molly cerró el espacio entre ellos y se sentó en su regazo. Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello, abrazándolo.

“Nunca me arrepentiré de casarme contigo. Te adoro. Espero que lo sepas.”

“Te quiero mucho, Molly”.

Su declaración se asentó entre ellos, un nudo que la ataba a él para siempre, porque se había enamorado total y absolutamente del hombre en sus brazos. Él era su igual, el hombre que la convertía en una mejor persona. Llenaba su vida de aventuras y risas. Ella le dio un beso rápido, pasando sus manos por su cabello y alejándolo de su rostro para poder ver mejor su hermosa faz.

“Yo también te amo. Eres un regalo que Roma me ha otorgado y que no había pensado en recibir “.

Sus manos la empujaron más alto en su regazo, su trasero se ajustaba entre sus piernas. El la beso. Fuerte. Molly se lanzó al beso, mostrándole lo mucho que le importaba y amaba al hombre en sus brazos.

Su lengua se enredó con la de ella, enviando un rayo de deseo a su centro. Ella sufría por él, anhelaba su toque desde el momento en que se separaron la noche anterior después de su delicioso baño juntos.

Ahora nunca tendría que apartarse de su lado si no quería. Podía besarlo y tocarlo, jugar y tenerlo cuando quisiera. La idea era un elixir al que podría acostumbrarse, y rápidamente, reflexionó.

Su lengua se enredó con la de ella, sus manos se deslizaron por su cintura para agarrar su pecho. Arrancó el corpiño hacia abajo. El aire frío besó su pecho antes de que su boca caliente y cálida rozara su piel. Sus labios trabajaron su carne, con su lengua moviéndose rápidamente para provocar su pezón. En un suspiro, cerró los ojos, deleitándose con su toque.

“Te deseo. No puedo esperar.”

“Yo tampoco.” La levantó de su regazo, una hazaña que, si no lo hubiera hecho frente a sus ojos, ella hubiera pensado que era imposible. Era una mujer alta y con curvas femeninas y, sin embargo, la levantó como si no pesara más que un trozo de pergamino.

Molly sólo se paró ante él un momento antes de que él la tuviera montada sobre sus caderas. Sus manos buscaron a tientas su vestido, arrastrándolo hasta formar un charco alrededor de su cintura. Su núcleo húmedo se encontró con su virilidad endurecida, y ella entendió de qué se trataba. La expectativa palpitaba por sus venas. Metió la mano entre ellos, abrió sus caídas frontales con poca delicadeza. Ella se estremeció, necesitaba montarla con fuerza, y luego él estaba allí. Empujándose en su calor húmedo, su hombría gruesa y firme llenándola hasta el final.

El carruaje rodaba por las calles, los sonidos y los olores de Roma eran un pensamiento pasajero mientras la tomaba, fuerte y rápido en su santuario cerrado. Molly se aferraba a él con

un propósito, montándolo como le indicaba. La posición le daba un poder sobre él que le gustaba, una experiencia embriagadora que Hugh parecía saborear también.

Ella lo besó, levantándose y usando el movimiento de balanceo del carruaje a su favor.

“Sí, házmelo. Maldita sea, eres hermosa y mía. Toda mía.”

“Sí”, jadeó cuando los primeros temblores de placer comenzaron a latir a través de su cuerpo. Molly quería más de lo mismo, ansiosa por el placer que él podía lanzar a su vida. Se estrelló contra él, tomó su placer, montó su virilidad y se empujó hacia el abismo del éxtasis.

Hugh besó su grito para que se sometiera mientras sus bocas y cuerpos se fusionaban. Su propio gemido se enredó con el de ella.

Ella se dejó caer contra él, con la mitad en su regazo y la otra en el asiento acolchado. “No creo que vuelva a ver un carruaje de la misma manera”.

Él le sonrió, un pequeño rubor se extendió por sus mejillas y lo hizo parecer un chico verde que acababa de ser extremadamente travieso con una mujer. “Mi objetivo es complacerte y mostrarte todas las magníficas vistas que esta ciudad puede tener”.

Molly se rio entre dientes, apoyando la cabeza en su hombro y mirando por la ventana. “Ni siquiera cerramos las persianas. Espero que nadie haya estado observando nuestro carruaje demasiado cerca”.

Él se encogió de hombros, con una mano frotando distraídamente su brazo justo debajo de la manga. “Déjalos hablar si nos vieron. Estaba haciendo el amor con mi esposa. No hay pecado en eso”.

No, reflexionó. No lo había.

\* \* \*

HUGH ERA el más bribón bajo el sol, pero repararía su pecado. Haría bien las cosas con Molly cuando le dijera la verdad. Solo necesitaba tiempo. Ahora que ella no regresaría a Inglaterra, él le explicaría la verdad de su pasado, por qué estaba en Roma, y enfrentaría su ira en ese momento.

Cuando ella no pudiera huir de él. No sin luchar.

Como la familia de Molly era humilde, existía la posibilidad de que ella nunca hubiera oído hablar de su familia, de lo que se le acusaba de haber hecho. Su hermano no se había casado, simplemente había seguido sus caminos descarriados, excepto que Hugh supuso que había aprendido una valiosa lección de no perder el tiempo con doncellas solteras y había mantenido como compañeras de cama a viudas o mujeres casadas.

Estaba agradecido de que no todos sus amigos lo hubieran considerado un canalla, y no hubieran creído el insulto en su nombre. El duque de Whitstone, era uno de ellos. Su excelencia estaba en su propiedad cuando la misiva de su hermano cayó sobre él, exigiéndole que asumiera la responsabilidad.

Si Whitstone no hubiera estado de visita en su casa cuando llegó la nota de su hermano, es posible que su buen amigo tampoco le hubiera creído. Hugh estaba lejos de ser un santo y había tenido una buena cantidad de amantes, aunque nunca había coqueteado con debutantes

virginales.

El estúpido Henry había arruinado tantas cosas el día que se mojó el pene en un cuerpo que nunca debería haber tocado.

Molly también era amiga de Whitstone y confiaba en el duque. Si le escribía a su amigo, le podría pedir ayudara para explicarle que la acusación era incorrecta, sería posible que no existiera impedimento para que su matrimonio funcionara.

No podía perderla ahora. La amaba con una intensidad que lo asustaba y que nunca pensó experimentar.

Hugh la ayudó a bajar del carruaje. Se inclinó, la levantó antes de llevarla por el umbral de su villa, su hogar, y donde esperaba que formaran una familia. Agradeciendo al personal que hizo fila para felicitarlos, se apresuraron a subir las escaleras hacia su suite. Su habitación desde esta noche en adelante. Cerró la puerta de golpe, giró la cerradura y cerró el mundo lejos de su santuario.

Molly se quitó el vestido en un momento, echó el velo a un lado y se quitó las zapatillas de seda mientras lo miraba. Su delicioso cabello caía sobre sus hombros, sus ojos brillaban con expectación.

Hugh se quitó la corbata. Su abrigo y chaleco pronto siguieron sus pantalones. “Sube a la cama”, le ordenó, acercándose a ella con un aire casual que era lo opuesto a cómo se sentía.

En el interior, su cuerpo se estremeció de necesidad. Ya la deseaba de nuevo. Perderse en su centro caliente y estrecho. Hacer el amor con la mujer que era un regalo que nunca pensó recibir.

“¿Qué me vas a hacer?” Ella hizo lo que él le ordenó, sentándose en la cama antes de deslizarse un poco hacia atrás sobre la ropa de cama.

Hugh se acercó a ella. Cayó de rodillas. Sus ojos se abrieron y dejó escapar un pequeño chillido cuando él la sujetó por los tobillos y la empujó hacia el borde del colchón.

“Recuéstate”, ordenó. Sin lugar a dudas, ella hizo lo que le pedía, con la respiración entrecortada. Contempló su belleza, su pequeño estómago que esperaba floreciera y se estirara con sus hijos en los años venideros. Le separó las piernas, dándole una vista de su interior. Ella brillaba a la luz de la tarde, y su dulce aroma almizclado provocó sus sentidos.

Se le hizo la boca agua con la idea de saborearla, comérsela hasta saciarse. Su pene se movió, sobresaliendo frente a él, preparado y listo. Lo avivó rápidamente, provocándose a sí mismo. Quería correrse, hacerlo con ella, pero eso podía esperar. En este momento, quería hacerla estallar en sus labios. Escucharla gritar su nombre y apretarse contra su rostro como había soñado la semana pasada.

Lanzó una rápida mirada a Molly y la encontró mirándolo, con sus perfectos y blancos dientes apretando su labio inferior con expectación. Hugh se acercó y la deslizó por su estómago para apretarle el pecho. “Te va a encantar esto, mi amor”.

Hugh se inclinó hacia adelante, besando su camino hacia arriba de su pierna, tomando pequeños bocados de amor a medida que avanzaba. Ella se retorció bajo su asalto, y él sonrió,

sabiendo que habría muchos más retorcimientos al final de la noche.

Lamió su piel, olía a flores de primavera. Demonios, era dulce, muy dispuesta y reactiva. Era un hombre afortunado por haberse casado con una mujer así. Se lamió los labios, frotando su pulgar sobre su nudo, cubriendo su dedo con sus jugos. Ella gimió, pero no rehuyó su toque, en cambio, abrió más las piernas, su mirada malvada le rogaba que hiciera más.

Oh, haría más, mucho más antes de que terminaran su primera noche como pareja casada. Incapaz de esperar un momento más, deslizó su lengua a lo largo de su vagina. Usó caricias lentas y suaves, la necesidad de saborearla en sus labios le impedía apresurarse. Sus dedos se aferraron a su cabello, sosteniéndolo en su centro, y él se comió su dulce pétalo, lamiendo y moviendo su receptivo nudo hasta que ella se retorció de necesidad.

Había imaginado a Molly así, dejándolo llevarla al clímax. Hugh colocó sus manos debajo de su trasero, acercándola a su boca y la besó allí. Usó su lengua para provocar, para ahondar. Con un dedo, se deslizó dentro de ella. Su cuerpo se apretó contra él y su pene se contrajo, rebordeado con su propia semilla.

Muy apretado. Mucho calor.

Paciencia, se recordó a sí mismo. Esto ahora mismo era todo para su esposa. Para darle placer sin tener que recibir nada a cambio. No físicamente, en cualquier caso. Sin embargo, la verdad es que su pene estaba erguido, listo para ser liberado. Dar placer era tan emocionante como recibirlo en su opinión.

Ella lo montó, perdió todas las inhibiciones y dejó que él la amara. Su boca le hizo el amor, su dedo jugueteando y dando un vistazo de lo que estaba por venir. Su miembro.

“Oh, Hugh. Sí. Ohhh,” dijo ella, sus embestidas frenéticas. Casi llegamos. Él sonrió, moviendo su nudo una última vez. Ella se separó ante él, con los brazos extendidos sobre su cabeza, con su cuerpo montando su rostro sin pensarlo ni preocuparse.

Ella era increíblemente maravillosa.

## CAPÍTULO DIEZ

EL DÍA después de su boda, Hugh sorprendió a Molly con un viaje a su villa en Nápoles. El viaje en carruaje duró varios días, pero al llegar a su villa, que daba a la bahía de Nápoles, se dio cuenta de que el temblor de sus huesos y el entumecimiento de su trasero bien valían la pena.

Detrás de la villa había campos de vides, ideales para crecer en el rico suelo volcánico. Eran abundantes y del verde más profundo que jamás había visto, y ya un derroche de uvas colgaba pesadamente de la vid.

Molly se paró frente a la villa en su primera noche, las luces de Nápoles tintinearón a primera hora de la tarde, la puesta de sol de un rojo intenso y naranja. Todavía visible en la distancia estaba el majestuoso monte Vesubio.

Hugh se acercó a ella por detrás y le rodeó la cintura con los brazos. “¿Deseas ver Pompeya y Herculano? Podemos viajar allí en uno o dos días si te apetece.”

Molly lo tomó de los brazos y lo abrazó. Era surrealista que ella estuviera aquí, casada y enamorada. Le habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo que, si sus pies no estaban firmemente en el suelo, podría desmayarse.

“Me estás malcriando. Mi amiga Hallie se pondrá terriblemente celosa cuando le cuente sobre todos los lugares en los que he estado”.

“¿A ella le gusta viajar tanto como a ti?” Sus palabras le hicieron cosquillas en la oreja y se estremeció en el cálido aire de la tarde.

“Vivió en Egipto durante algunos años. Es historiadora, pero ahora está casada con el vizconde Duncannon”.

“¿Arthur?” Dijo Hugh.

Molly se volvió hacia él y lo miró a los ojos. “¿También conoces a lord Duncannon? No sabía que conocías a muchas otras personas de la alta sociedad además del duque de Whitstone.”

“Yo, um, lo conozco un poco. A través de Whitstone.”

Molly se preguntó por sus palabras antes de que él la llevara a la habitación junto al balcón donde su ama de llaves había servido carnes frías, pan y pasta para la cena. Molly se sentó y sonrió cuando Hugh no se movió hasta el final de la mesa, sino que se sentó a su lado, extendiendo la mano para tomar su mano y besarla.

“Soy muy afortunado de tenerte como mi esposa. Definitivamente quiero consentirte, así que dime qué te gustaría hacer mañana. Podemos ir a ver si los jardineros del Palacio Real de Caserta

nos permiten caminar por los jardines. El edificio es tan majestuoso como Versalles”.

“¿En verdad?” Molly nunca había oído hablar de un lugar así, pero después de haber visto y admirado Versalles, otro edificio parecido de belleza arquitectónica similar sería un excelente lugar para visitar. “Me encantaría. ¿Podemos también visitar el mar? Dicen que el agua es de color aguamarina, y quiero saber si eso es cierto”.

Hugh se rio entre dientes, colocando una gran porción de pollo y jamón en su plato, junto con una buena ración de pasta. “Tus deseos son órdenes, mi amor. ¿Deseas bañarte en el mar? Puedo arreglar eso para ti también si quieres.”

La emoción vibró por sus venas, y Molly supo que estaba sonriendo como una niña malcriada que consigue todo lo que desea. “¿Me acompañarás si lo hago?”

La mirada acalorada que le lanzó hizo que la sangre le bombeara con fuerza en las venas, y se apretó el estómago para detener su aleteo. “¿Necesitas preguntar?”

Molly se mordió el labio y se llevó un bocado de pasta a la boca. “No, pero quería asegurarme, por si acaso.”

Sus días en Nápoles estuvieron llenos de risas y placer. Simplemente ellos dos, explorando, aprendiendo y siempre amando cuando se juntaban por la noche.

Pompeya y Herculano fueron visitados algunos días después. Caminar por las áreas de Pompeya, especialmente, dejó a Molly con una sensación de la gravedad de lo que le había sucedido a la gente de allí. La excavación de la ciudad enterrada estaba en sus comienzos, al mirar lo que se había desenterrado hasta ahora, mucho más de la ciudad antigua permanecía oculta.

Habían paseado por la playa de la bahía de Nápoles y se habían bañado en el mar tal como Hugh había prometido. Pasaron las semanas y, antes de que ella se diera cuenta, habían estado en Nápoles un mes.

Regresaban a Roma al día siguiente y Molly tuvo que admitir que no quería irse. Esta ciudad, su belleza, las montañas y los campos llenos de cultivos ricos y fértiles se habían incrustado en su corazón, al igual que el hombre sentado en su escritorio en este momento.

Molly dejó el tejido que había empezado mientras estaba allí y se puso de pie, caminando hacia su escritorio. Le pasó las manos por los hombros, deslizándolas hacia abajo sobre sus brazos y mirando las muchas letras que estaban esparcidas ante él.

Él se reclinó en su silla, sonriéndole. “¿Qué estás haciendo, mi querida esposa?”

Ella se rio entre dientes, se acercó y se sentó en su regazo. La ajustó, abrazándola antes de besarla profundamente. Molly se derritió en sus brazos, sabiendo que cuando regresaran a Roma, ella contaría los días hasta que estuvieran de regreso aquí de nuevo, solos y en su propio capullo.

Molly le pasó las manos por el pelo, poniéndolo de punta. “Gracias por estas maravillosas vacaciones. Me siento muy bendecida de haberte encontrado”.

“No, soy yo quien ha sido honrado. Siento que nunca podré pagarle a Whitstone por la tremenda acción que ha hecho al enviarte a mí”.

Molly se rio entre dientes. “Estoy seguro de que podrías pensar en algo. Probablemente involucraría la compra de una pura sangre si debo adivinar”.

Hugh asintió, su mirada se oscureció por el deseo. “No hay duda.”

HUGH LEVANTÓ a Molly para que se sentara en su escritorio. Su delicioso trasero en su regazo lo condujo a la distracción, y durante la última hora de trabajo en el papeleo de su propiedad en Nápoles, no había podido concentrarse.

La vista de su esposa, mordiéndose el labio e intentando tejer, hacía que no pareciera ser una habilidad en la que ella fuera muy experta, le había calentado la sangre. Cuando finalmente se acercó para ver de qué se trataba, supo que no la dejaría ir de nuevo.

Papeles esparcidos por el suelo. Deslizó la mano a lo largo de su pierna, complacido de que su esposa hubiera desatendido el uso de medias en el calor italiano. Su piel suave lo tentaba como ninguna otra, y él apretó su muslo, provocando un suspiro de sus deliciosos labios.

No pudo esperar un momento más, y la besó, tiró de ella hasta el borde del escritorio y se colocó entre sus piernas. Ella se abrió para él, levantando la pierna para que descansara sobre su cintura.

Hugh buscó a tientas sus caídas frontales, las abrió y liberó su duro miembro, luego estuvo dentro de ella. Jadearon ante el contacto, cada vez que se juntaban era como la primera. Hugh se preguntó si siempre sería así con Molly: devoradora y salvaje, tan caliente como el sol del mediodía.

Ella gimió, recostándose en el escritorio, y ella era suya. Verla delante de él, él para tomar, sus pechos meciéndose con cada embestida causaba que sus bolas se apretaran, y su pene se hinchara.

Le pasó la mano por la cadera hasta el pecho, apretando la amplia carne como a ella le gustaba. Hugh se inclinó sobre ella, empujando más profundo, más fuerte, y supo que estaba cerca.

Ella gimió debajo de él, sin miedo ni reserva. Suspiró su nombre, sus manos se estiraron detrás de ella para agarrarse al borde del escritorio.

Hugh bajó la mano a su centro, húmedo y apretado. Deslizó el pulgar sobre su protuberancia hinchada y ella se desmoronó debajo de él. Su núcleo convulsionó y empujó su propia liberación hacia adelante.

Hugh se lo hizo con fuerza, se dejó caer por el borde antes de desplomarse junto a ella en su escritorio, sin hacer caso del desastre que habían causado sus relaciones sexuales.

Su pecho subía y bajaba rápidamente por el esfuerzo, y él se rio, sintiendo su propio corazón latir fuerte y rápido en el suyo.

“No creo que nunca me canse de esta actividad. Definitivamente me has arruinado para siempre”.



Suspiró y la atrajo hacia el hueco de su brazo. “Yo también te adoro”, dijo, besando su sien. “¿Nos trasladamos a la casa de baños? Sé lo mucho que te encanta bañarte”.

Ella sonrió, sus mejillas de un tono rosa claro que hizo que su corazón diera un vuelco. “Me conoces tan bien, esposo. Vamos”.

\* \* \*

UNA SEMANA DESPUÉS, Molly se despertó en su habitación en Roma, muy agradecida de que el mundo fuera un lugar diferente al que era un mes antes. Ella era una esposa. La Sra. Molly Armstrong. El pensamiento no podría hacerla más feliz.

Suspiró, se dio la vuelta y sonrió a las cortinas que ondeaban con la brisa de la mañana. Hugh no estaba a su lado, pero a menudo no lo estaba por la mañana. Su marido parecía madrugar y era lo contrario de lo que Molly siempre había hecho. Pero entonces, que ella lo buscara en su oficina se había convertido en un juego y en el más placentero de cada día.

Llamaron a la puerta y le pidió que entrara a la doncella de su nueva dama, una joven italiana que era nieta del ama de llaves. La joven había querido elevarse por encima de ser una sirvienta en el hogar y había venido a Molly para preguntarle si podía practicar como su sirvienta.

Ella aceptó de inmediato, y la señorita Sinclair parecía muy feliz de volver a su forma de mirar desde lejos, leer todos los días y no tener que estar tan ocupada tratando de vigilar a Molly. Ahora que era esposa, la señorita Sinclair había accedido a quedarse unas semanas más y luego viajar de regreso a Londres. Aunque por el creciente afecto entre su compañera y Marcus, algo le dijo a Molly que pronto podría ocurrir una segunda boda.

Cassia hizo una rápida reverencia antes de levantar dos vestidos cuidadosamente planchados. “Buenos días, signora Molly. ¿Qué vestido prefiere para el baile de esta noche?”

Ah, sí, el baile del conde y la condesa Brandon al que la habían invitado. A Hugh no le había gustado que Molly asistiera, y era extraño que la invitación solo estuviera dirigida a ella. Quizás Lady Brandon no había oído hablar de su matrimonio y aún suponía que estaba visitando Roma a solas con su acompañante.

“La seda roja es muy bonita. Me la pondré esta noche.”

“Te verás hermosa con el vestido”, dijo el profundo barítono de Hugh desde la puerta. Estaba apoyado contra la piedra, con una mirada contemplativa en su hermoso rostro.

Las mariposas volaron en el estómago de Molly, y saltó de la cama, despidiendo a su doncella que salió corriendo de la habitación. Empujó a Hugh hacia un asiento que estaba frente a la chimenea apagada. “Siéntate”, le ordenó. Sus ojos se abrieron en pregunta antes de hacer lo que ella le ordenaba.

“¿Qué estás haciendo?” preguntó, con un brillo travieso en sus orbes.

Molly se arrodilló ante él, pasando sus manos a lo largo de la parte superior de sus muslos, los pantalones de piel de ante bajo sus palmas suaves al tacto, y sin embargo, el músculo debajo se tensó y tensó.

“Si me veo atractiva con mi vestido, es sólo porque me he casado con el hombre más guapo

de Italia, y él es mi acompañante”.

“Sobre eso”, dijo, pasándose una mano por la mandíbula. “No puedo asistir al baile esta noche. Han llegado algunos negocios inmobiliarios de Inglaterra que necesito revisar. Lo siento mucho, mi amor. ¿Me perdonas?” Se inclinó hacia delante y la besó. Sus labios eran suaves, cálidos y el deseo latía en sus venas.

¿Siempre sería así para ella con Hugh? ¿Ella siempre lo anhelaría tanto como lo deseaba en este mismo momento?

“Puedo asistir por mi cuenta. Estoy segura de que aguantaré muy bien la fiesta sin ti, pero te echaré de menos”. Ella sonrió, queriendo tranquilizarlo. “Después de todo, estoy bastante acostumbrada a asistir sola a tales eventos”.

Hugh frunció el ceño y la alcanzó. “No quiero que vayas sola. ¿Por qué no te quedas aquí conmigo y asistiremos a nuestra propia fiesta? ¿Solo nosotros dos?”

Molly se rio entre dientes, una idea malvada le vino a la mente. Se acercó a los cierres de sus pantalones y se encontró con la mirada de Hugh mientras sus dedos aflojaban los botones con suavidad. Un destello pecaminoso entró en los ojos de Hugh, y ajustó su asiento para ayudarla a bajar sus pantalones.

Su virilidad brotó libre, completamente erguida y toda de ella. Así de cerca y a la luz del día, podía estudiarla mucho mejor, jugar y aprender. Molly pasó un dedo por una gran vena que iba desde la base de su pene hasta la cabeza. Una pequeña gota de humedad goteó en la parte superior, y pasó su dedo sobre ella, frotándola entre el pulgar y el índice. Era suave, al igual que su hombría misma. Nunca antes había sentido nada tan suave. Una piel aterciopelada sobre acero duro. Algo realmente asombroso cuando uno pensaba en ello, y estaba fascinada y tentada a aprender más sobre lo que podía hacer con él ahora que era suyo para saborearlo.

Molly se inclinó hacia adelante y lamió la punta de su pene. Era salado, diferente a todo lo que había probado antes, pero no desagradable. Las manos de Hugh sujetaron los lados de su silla, inmóvil. Molly le lanzó una rápida mirada. Apretó la mandíbula y un pequeño músculo palpité en su sien. Aun así, no intentó detenerla ni guiarla en su viaje.

Ella se inclinó hacia adelante, esta vez lamiendo todo su cuerpo, desde la base hasta la punta. Su inhalación la estimuló, y ella succionó la punta de su virilidad antes de tomarlo completamente en su boca. Su lengua raspó contra su miembro, y Hugh movió sus caderas, guiándola con las manos enredadas en su cabello como a él le gustaba.

A Molly también le gustó. Amaba que ella pudiera provocarlo a él, amarlo de esta manera tal como él lo hacía. Se había enamorado bastante de los besos de Hugh contra su vagina y se había preguntado si sería posible que ella le devolviera el mismo placer.

Pareciera que sí.

“Sí, chúpame así,” jadeó, empujando profundamente en su boca. Molly se deleitó con la sensación de su virilidad dura y profunda en su boca. Ella se agachó, tocándose a sí misma, deseando que él hiciera lo mismo, cualquier cosa que pudiera satisfacer su necesidad de él.

“Oh, no, no así”, dijo, apartándola de él.

Antes de que Molly supiera de qué se trataba, él se puso de pie y la empujó para que se apoyara en la silla que había dejado vacante. El aire fresco de la mañana besó la parte posterior de sus piernas, y miró por encima del hombro para ver que se había levantado la camisa para revelar su trasero.

Molly se aferró a la silla, la expectación la recorrió mientras Hugh se colocaba detrás y luego la llenaba. Empujó en su parte dolorida y la tomó, fuerte y rápido. Molly ahogó sus gemidos en el cojín de la silla. Hugh la tomó duro y rápido, todo lo que ella quería.

“Oh, sí. Hugh”, gimió. Extendió la mano alrededor de su cintura y jugueteó con su carne, frotándola con los dedos y provocándola hasta que ella no supo dónde comenzaba ella y terminaba él. Era demasiado. El placer, la necesidad demasiado fuerte. La rompería en un millón de pedazos y ella nunca volvería a estar junta. Murmuró de forma incoherente mientras él la tomaba, su pecho duro se apoderó de su espalda, abrazándola mientras empuja tras empuje bombeaba en su centro.

Y ella se perdió.

Hugh se lo hizo a Molly con una necesidad que lo asustó. No podía tener suficiente de su nueva esposa, no solo de esta manera, sino también de todas las otras formas. Estar cerca de ella era estar contento, feliz. No había sentido eso durante mucho tiempo.

La abrazó mientras bombeaba en su calor húmedo y apretado. Maldita sea, era perfecta, reactiva y siempre lo sorprendía con sus necesidades y deseos. No había ido a su habitación esta mañana para recibir un regalo así, y no se iría hasta que ella también tuviera placer.

El aroma de las flores flotaba en su cabello. Respiró hondo, sabiendo que nunca se cansaría de ella. Ella lo empujó hacia atrás, tomando su placer tanto como él estaba dando, y él sintió la tensión, la convulsión de su núcleo alrededor de su pene. Gritó su nombre en los cojines. Hugh le hizo el amor, se dejó llevar al clímax por su calor espasmódico. Se liberó con fuerza, derramó su semilla profundamente y se deleitó con la satisfacción que lo invadió al tener a Molly en su vida.

Demonios, la amaba. Mucho.

Hugh se soltó y, bajándose la camisola, la levantó y la llevó a la cama. No era la hazaña más fácil, ya que solo se había quitado los pantalones de una pierna en su prisa por tenerla. Se quitó los pantalones y se metió en la cama junto a ella, atrayéndola hacia el hueco de su brazo.

“¿Eres feliz?” Necesitaba saber que lo era. Que el tiempo que pasaban juntos no era más que feliz para Molly. Ella era la persona más importante en su mundo ahora, y haría todo lo posible para protegerla y amarla tanto como se merecía.

“Estoy tan feliz.” Ella le sonrió, acurrucándose contra su costado, un brazo echado perezosamente sobre su estómago.

Hugh cerró los ojos y bostezó, cansado y satisfecho.

“¿Estás seguro de que no puedes venir al baile conmigo esta noche? Quiero presumir de mi nuevo marido”.

A Hugh le encantaría ir, pero no podía. Lord Brandon había regresado recientemente a Roma desde Londres y conocía su pasado. Las acusaciones, por falsas que fueran, se revelarían si él asistía. Incluso usando el apellido de soltera de su madre, Armstrong, Lord Brandon conocía su rostro. Se lo diría a Molly.

Necesitaba decirle la verdad él mismo, pero todavía no. No estaba listo para esa conversación en este momento.

Si pudiera, persuadiría a Molly de que se quedara en casa con él y disfrutara más de su tiempo juntos, como acababan de hacer.

“Podrías no ir y quedarte en casa conmigo, como sugerí antes”.

“Pero dijiste que tenías trabajo que hacer. Solo estaría en tu camino, y en cualquier caso, estoy deseando ver a Lady Brandon. Tendrá noticias de casa, y por mucho que me encanta estar aquí contigo, Extraño a mis amigas”.

Hugh apartó un mechón de cabello del rostro de Molly, maravillándose de su belleza. “Sé que lo haces, mi amor. Deberías ir y divertirme.” Hizo una pausa, colocando más la ropa de cama sobre ellos. “Y te prometo que asistiré al próximo baile que tenga lugar en Roma”.

Se volvió y le besó el pecho, y un rayo de placer le recorrió la sangre. Su miembro tembló, listo y dispuesto a ir de nuevo. Tener una esposa lo había convertido en el ser más libertino de la cristiandad.

“Muy bien. Estoy satisfecha con esos términos. Espero que me extrañes esta noche.”

Hugh hizo rodar a Molly sobre su espalda, acomodándose entre sus piernas. Su pene duro y preparado para ir de nuevo. Sus ojos se oscurecieron por la necesidad y se movió, colocándolo en su centro. El deseo lamió la base de su espalda, y la empujó un poco, provocándolos a ambos.

“Oh, te extrañaré, y cuando regreses a casa, sabrás cuánto.”

“Mmmm,” jadeó ella, levantando sus piernas alrededor de su espalda y atrayéndolo hacia ella.

Hugh reprimió un gemido. Su esposa era un demonio, y amaba cada momento. “¿Estás buscando algo, esposa?” bromeó, abrazándola a ella ya con su necesidad a raya.

Ella hizo un puchero, retorciéndose sobre él y haciéndole ver estrellas. “Sabes que sí.” Sus palabras sin aliento, un borde de molestia en su tono. Hugh se rio entre dientes.

“Dime que quieres.” Necesitaba escucharlo de ella. Escúchala preguntar por él.

“A ti.” jadeó. “Te deseo.”

Hugh empujó dentro de ella, el placer lo invadió, fuerte y duro, estaba perdido. Perdido en los brazos de su esposa. Un lugar del que nunca querría escapar. Ni hoy ni nunca.

## CAPÍTULO ONCE

EL BAILE de Lord y Lady Brandon era concurrido. Molly llegó un poco tarde después de que su esposo llegara a su habitación para desearle buenas noches, y terminaron tumbados en la cama, disfrutando el uno del otro.

Molly entró en el atrio de la villa, las presentaciones ya habían pasado, y se dirigió a sus anfitriones para pasar la noche. Hizo una reverencia. Lady Brandon sonrió a su llegada, atrayéndola en un rápido abrazo. “Molly, querida. Qué maravilloso encontrarla en Roma. Cuando Ava dijo que habías viajado aquí, me sentí muy complacida. Debemos invitarla a almorzar cuando esté libre”.

“Me gustaría eso, mucho.” Lady Brandon tomó a Molly del brazo y la apartó de la fiesta.

“Vamos a dar una vuelta por la habitación. Siento que hay mucho de qué hablar. ¿Cómo han sido sus vacaciones hasta ahora? Tengo entendido que solo se quedaba un mes, pero acaba de regresar de Nápoles, ¿no? ¿Ha cambiado algo en sus circunstancias para retenerla aquí en mi increíble país de origen?”

Molly se preguntó si debería contarle a su amiga sobre su matrimonio. Todavía no había escrito a su familia y odiaría que la noticia de su boda les llegara de otra persona que no fuera ella misma. Ella se aseguraría de que esta noche escribiría las cartas necesarias. “Tenía que regresar y unirme a la duquesa de Whitstone y la condesa Duncannon en Londres para la nueva temporada. Eso, sin embargo, ya no ocurrirá. Me quedaré en Roma durante algún tiempo”.

“¿Por qué? ¿Le gusta tanto la ciudad que ha decidido convertirla en su lugar de residencia?”

Molly asintió, incapaz de contener la sonrisa al pensar en Hugh en su vida.

“Me casé el mes pasado, mi señora. Ha sido un noviazgo vertiginoso, pero uno del que no me arrepiento. He encontrado al hombre de mi corazón, y haré de Roma mi hogar, ya que este también es su hogar”.

“Oh, mi querido amiga, no puedo creerlo”. Lady Brandon se sonrojó un poco antes de tomar dos copas de champán de manos de un criado que pasaba. “No es que no crea que nadie deba desear casarse contigo, sino que lo has aceptado. Siempre pensé que estaba asentada como una solterona, una mujer que disfrutaba de su independencia. Un punto probado, creo, por el hecho de que está en Roma y solo con una dama de compañía. ¿Cómo está la señorita Sinclair? ¿Todavía se queja de hacer lo que le pagan por hacer?”

Molly se rio entre dientes, sorbiendo su bebida afrutada. “Para nada. Creo que mi compañera

se ha enamorado de un apuesto sirviente de mi esposo. Creo que es solo cuestión de tiempo antes de que se casen. No la veo regresando a Inglaterra pronto”.

“Bueno, esa es una excelente noticia.” Su señoría le sonrió, sus ojos brillantes y ansiosos por noticias. “¿Hábleme del caballero que se ha ganado su corazón? ¿Es alguien a quien conoceríamos? ¿Es un hombre romano? Todos sabemos lo encantadores que pueden ser”, dijo con un guiño. “No me sorprendería que uno haya capturado su corazón, querida.”

Todo cierto, por supuesto, pero no en este caso. “Es inglés, ha vivido en el extranjero durante varios años. Se llama Sr. Hugh Armstrong. ¿Ha oído hablar de él?”

Lady Brandon se apartó un poco, el color desapareció de sus mejillas.

Molly se acercó a ella y la tomó del brazo. “¿Está bien, Rose? Se ha puesto bastante pálida.”

Su señoría se sacudió un poco antes de continuar. “¿Quiere decirme que Lord Hugh Armstrong, Lord Farley cuando dejó Inglaterra y ahora el Duque de St. Albans, ¿es su esposo?”

El nombre Farley rebotó en su mente. Molly negó con la cabeza, despejándose del molesto pensamiento de que se había casado con un hombre que se hacía llamar con mismo nombre que el caballero que había arruinado la vida de su prima.

“¿Perdón?” dijo ella, incapaz de pronunciar más palabras. Había centenares de Farley, y seguramente en Italia. Un nombre común que no siempre estuvo relacionado con la nobleza. Que Lady Brandon hubiera llegado a la conclusión de que Hugh era el hombre que había arruinado todas las esperanzas y sueños de su prima, que la había dejado con el corazón roto antes de morir era insondable.

*No podía ser Hugh.*

“No creo que el Sr. Armstrong sea a quien se refiere. Pensé que Lord Farley había viajado a España, no a Roma”.

Lady Brandon miró a su alrededor, comprobando que estuvieran solas. “Puede que me equivoque, pero ¿no escuchó el rumor de que su familia tiene una relación lejana con los St. Albans? Su prima, la señorita Cox, fue arruinada por Lord Farley. ¿No es cierto?”

Molly frunció el ceño, el pánico le arañaba el pecho. “¿Cómo lo sabe? Nadie sabe de la conexión. Mi familia tuvo mucho cuidado de evitar que otros se vieran contaminados por la desaparición social de Laura”.

“Ah, bueno sobre eso. Cuando me casé con lord Brandon y volví a Inglaterra con él desde Italia, contraté a una modista. Resultó ser la modista de la difunta señorita Cox, y escuché uno o dos pequeños chismes. Se dijo su nombre junto con el de la señorita Cox, y no fue difícil asumir una conexión sanguínea. Se parece mucho a la señorita Cox. La conocí durante su primera temporada”.

Molly asintió, tragando mientras la bilis subía por su garganta. Si Lady Brandon sabía de Laura y su conexión con Molly, ¿cuántas otras personas en Londres también lo sabían? ¿Era por eso que nunca había tenido ofertas en su mano? ¿También pensaban que ella había caído en desgracia?

El calor se apoderó de su rostro y tomó un sorbo de su vino. Hugh no podía ser Lord Farley. ¿Y qué era eso de que él era duque?

“Mencionó que Lord Farley es ahora el Duque St. Albans. ¿Qué le ha pasado a su hermano mayor?”

Su señoría frunció los labios, una línea de disgusto en su boca. “Corría con su carruaje y perdió el control del vehículo. Se mató tanto él como a su ayuda de cámara. Antes de tomar nuestro barco a Roma, era de lo único que se hablaba en Londres”.

Lord Farley no podía ser su marido. Él no podría. Ella no creería tal cosa. “El Sr. Armstrong no es de quien usted habla. Estoy segura”.

“Armstrong era el apellido de la difunta duquesa St. Albans. Era su apellido de soltera. Creo que estoy en lo cierto, Molly. Creo que esto es demasiada coincidencia para ser un error”.

Molly miró alrededor de la habitación. Respiró hondo, necesitando aire. Su vestido estaba demasiado ajustado, su piel demasiado caliente. La habitación dio vueltas y ella abrazó a su señoría para apoyarse en ella. “¿Podemos ir a otro lugar? No puedo pensar con claridad en esta habitación”.

“Por supuesto,” Lady Brandon la sacó del atrio y la llevó a una sala de estar cercana que afortunadamente estaba vacía. “El Sr. Armstrong, su esposo, es quien creo que es, ¿no es así?”

Esto no puede ser cierto. Hugh no podía ser el mismo hombre al que ella había jurado odiar por toda la eternidad. “No puedo creerlo. No puede ser así”.

“Pero creo que es así, querida. La señorita Laura Cox era prima suya, ¿no es así? No me equivoco en eso.”

“No estas equivocada.” Su respuesta salió como un susurro y no podía creer las palabras. La vida que había esperado vivir se evaporó ante sus ojos. Una vocecita burlona se reía de ella diciendo que esto era lo que pasaba cuando uno se casaba sin conocer a la otra persona por mucho tiempo. Que esto era una señal de que ella no estaba destinada al amor o al matrimonio. Que debería haberse contentado con estar sola y tener de compañía a sí misma.

“¿Qué voy a hacer?”

“¿Has consumado el matrimonio? Sé que no debería hacer una pregunta tan personal, pero ¿hay alguna posibilidad de anulación?” Preguntó Lady Brandon, la preocupación enmascarando su voz.

“No hay posibilidad de anulación. Definitivamente no es una ruta que pueda tomar para arreglar lo que he hecho lamentablemente”.

Su señoría suspiró, extendiendo la mano para tomar su mano. “Entonces parecería que es la duquesa de St. Albans. ¿Qué hará? ¿Lo enfrentará con esto?”

“Lo enfrentaré, sí. Me ha mentado de la manera más cruel”. La idea de que, sin saberlo, se había casado con el mismo hombre que había arruinado la vida de su prima era insondable. De todas las personas que pensó que conocería en el extranjero, él no era una de ellas. Durante años, se rumoreaba que el hermano menor del duque vivía en España, contento con quedarse allí y

vivir de la fortuna familiar. ¿Había estado en Italia todo este tiempo? Parecería que lo había hecho.

“La acompañaré hasta la puerta y pediré que llamen a su carruaje si lo desea.”

“Si gracias.” Molly no podía imaginar lo que le iba a decir a Hugh. ¿Cómo se enfrentaría a él sabiendo quién era realmente? Un extraño al que no conocía, en realidad no. La próxima confrontación dejó una sensación de vacío en su pecho y el temor se acumuló en su estómago. ¿Cómo dejar un matrimonio? La idea era demasiado terrible para contemplarla.

\* \* \*

MOLLY ENCONTRÓ a Hugh en su tablinum a su regreso a la villa. Cerró la puerta y se sirvió un aguardiente antes de sentarse frente a él. Sus ojos la siguieron, hambrientos y ardientes de aprecio.

Normalmente, su embriagadora intención la haría deslizarse sobre su regazo para dejarlo hacer lo que quisiera, pero no esta noche y posiblemente nunca más. La idea de no estar con él, su Sr. Armstrong, su esposo haciéndole el amor, y pasar tiempo y hacer todas las cosas que habían planeado le dieron ganas de gritarle al universo.

“Buenas noches, esposa. ¿Cómo estuvo el baile? No te quedaste demasiado tiempo. ¿Está todo bien?”

Ella apuró su bebida, golpeando el vaso de cristal contra su escritorio. “No lo disfruté en absoluto, desafortunadamente”.

Se reclinó en su silla y el calor que se acumulaba en sus ojos un momento antes fue reemplazado por inquietud. “¿Por qué? ¿Pasó algo?”

Molly negó con la cabeza, la imagen de su prima y su pequeño hijo muertos en su ataúd surgió en su mente como un demonio. ¿Cómo pudo haberlos tratado así? Como si no fueran dignos de su nombre y protección. ¿Cómo pudo haberse casado con el mismo hombre que había arruinado la vida de su prima y la vida de sus parientes? Habían quedado devastados por la muerte de su única hija. Hasta el día de hoy, los lamentos de su tía cuando Laura partió de este mundo la perseguirían por el resto de sus días.

Ella contuvo las lágrimas, educando sus rasgos. “Tengo curiosidad, Hugh, ¿cómo debería llamarle exactamente? ¿Señor Armstrong, con quien me casé, lord Farley después de lo que me dijeron esta noche, su excelencia, el duque de St. Albans? O Duque quizás ya que somos familia”.

“Hugh estará bien.” Su voz tenía un filo de acero, y ella quería doblar esa varilla de metal, torcerla, para que ya no fuera tan rígida e imperdonable.

“¿Eres lord Farley? Ahora duque de St. Albans. No lo entiendo.”

“Lo soy ahora.” Él asintió con la cabeza, arqueando la ceja. “¿Has oído hablar de mi familia?”

Ella se burló, deseando no conocer a su familia tan bien como lo hacía, pero eso nunca sería así. El pasado había ocurrido, los horrores junto con él, y eso no podía cambiar. “Lord Hugh



Farley huyó de Inglaterra después de que lo acusaran de coquetear con una heredera, tener un hijo y dejarla enfrentarse a la ira de la alta sociedad. Sola”.

Él no dijo nada, simplemente la miró en silencio, y la urgencia de arrojarle algo, romper su rostro tranquilo, la abrumaba. Molly agarró los mangos de la silla, obligándose a no moverse.

“¿Arruinaste a la señorita Laura Cox, Hugh?”

“¿Quién te dijo eso? ¿Lady Brandon? Ella no es una fuente confiable, y no deberías creería todo lo que dice”.

“Conozco a Rose desde hace algunos años, y confío en su palabra. Deja de dar vueltas. ¿Eres tú a quien la sociedad echó fuera por tus acciones hacia Laura?”

Un músculo se movió en su mandíbula. Sus labios se tensaron. “Soy el mismo hombre que se vio obligado a abandonar Inglaterra por el escándalo. Pero no todo es lo que parece, Molly. Permíteme que te explique, y podrás ver las cosas de manera diferente”.

Molly se tapó la boca con una mano, habiendo escuchado lo suficiente. “Ver las cosas de manera diferente”. Ella se puso de pie. “Debes estar bromeando. Nunca veré nada de esa situación más que lo que ocurrió. Te acostaste con mi prima, la arruinaste y luego la diste por muerta. Por cierto, murió durante el nacimiento de tu hijo. ¿sabes?”

Él la miró fijamente, sus ojos muy abiertos, su rostro perdiendo color. “¿Laura era tu prima? Pero tu apellido era Clare. Conocí a la señorita Cox en la ciudad y ni una sola vez te vi con ella.”

“Mi tío hizo su fortuna importando y exportando bienes de la India, se casó con la hermana de mi padre. Mi padre es vicario. Una vida y unos ingresos modestos, y como yo era unos años más joven que Laura, cuando ocurrió su caída en desgracia, fue enviada a Francia a la escuela. Para sacarme del escándalo y mantener mi reputación a salvo “.

“Ambos fuimos despedidos. Lamento lo que le pasó a Laura, pero déjame explicarte mi versión de los hechos. Verás que soy inocente en todo esto”.

Molly se dirigió a la puerta. Una silla raspó detrás de ella, y antes de que pudiera abrir la puerta una pulgada, Hugh estaba detrás de ella, cerrándola de golpe. Ella se volvió, mirándolo. “Me casé con el único hombre, que mi familia y yo juramos maldecir por el resto de nuestros días. ¿Cómo puedo volver a casa y decirles a mis padres, tía y tío que me he acostado con nuestro enemigo? El hombre que arruinó la vida de una mujer. Que la dejó morir. Durante días ella sufrió en el parto, y no supimos ni una palabra tuya”.

“No sabes de lo que hablas”, dijo frunciendo el ceño. “Cuidé a Laura como a una amiga, pero eso es todo. No hice lo que me acusas”.

“En serio, entonces dígame, excelencia, ¿quién lo hizo? ¿Su hermano mayor, tal vez? No puede pensar que yo creería que su madre se dedicaría a la sociedad como lo hizo, triste y disculpándose por las acciones de su hijo menor y atribuir la culpa a un niño sobre el otro, especialmente si eran inocentes del cargo”.

Se burló, pasando una mano por su cabello y dejándolo de punta. “No conocías a mi madre.” Las palabras eran autodestructivas y odiaba que eso fuera lo que les estaba pasando.

“¿Te llamas Sr. Armstrong?” preguntó, necesitando una aclaración.

“Es el apellido de soltera de mi madre y no se conoce comúnmente. La hija de un vicario no conocería los detalles íntimos del matrimonio de un duque que tuvo lugar años antes, ¿verdad?”

Las palabras fueron cortantes, y Molly sintió el corte del filo de su lengua tan severo como si él mismo la hubiera cortado con el objeto físico. Entonces, ¿ahora ella no era lo suficientemente buena para él? ¿No está lo suficientemente alta en la escala social para circular y conocer los detalles íntimos del Duque de St. Albans?

“Empacaré mis cosas y me iré por la mañana”.

“Maldición, no lo harás.” Él la miró, sus ojos se entrecerraron con ira y, sin embargo, el miedo, no el odio acechaba en sus oscuras profundidades. No es que le hiciera cambiar de opinión. No podía retenerla aquí, sin importar lo que dijera o pensara. Volvería a Inglaterra y olvidaría sus pocas semanas en Italia.

O al menos intentaría olvidar su tiempo aquí.

Le dolía el corazón con solo pensarlo.

“No puedes detenerme, Hugh. Te dejaré y me iré por la mañana. Nada de lo que digas o hagas cambiará ese hecho.” La idea de su matrimonio como una farsa casi hizo que se desmoronara su determinación de permanecer fuerte. “Ni siquiera estamos casados. Todo este tiempo he estado viviendo en pecado y con un hombre que ni siquiera conozco”.

“Estamos casados. Firmé el registro cómo St. Albans, no Armstrong”.

“Eso no lo hace legal”, dijo, parpadeando para contener las lágrimas. “En un tribunal de justicia, dudo mucho que eso legitime nuestro matrimonio”.

Un músculo se movió en su mandíbula mientras pensaba en sus palabras. “Nos volveremos a casar. Sin el disfraz de Armstrong”.

Ella sacudió su cabeza. ¿Quién era este hombre? “No me casaré con lord Farley, ni ahora ni nunca. Regreso a Inglaterra”.

“Y eso es todo lo que merezco. Eliges creer que soy capaz de cometer un crimen así y no me crees cuando te digo lo contrario”.

Molly se cruzó de brazos. Quería ir hacia él, para calmar el dolor en su voz, el dolor grabado en su hermoso rostro. Pero no pudo. La imagen de su prima, fría en su ataúd, con su pequeño niño en sus brazos, puso fin a esa idea. “¿Cuál es entonces su versión, Su Gracia? Por favor, ilumíneme.”

Gruñó, se acercó al fuego y apretó los puños sobre el manto de mármol. “Nunca toqué a la señorita Cox. Mi hermano la cortejó durante su primera temporada, le hizo creer que era amada y su favorita. Henry tenía muchas favoritas, tu prima era simplemente una de ellas”.

Molly escuchó, sin gustarle que sonara como si realmente creyera en las palabras que salían de su boca. ¿Se había casado con un loco? ¿Un mentiroso? La sociedad sin duda diría que se había casado con un pícaro que había arruinado a una mujer inocente y la había dejado para enfrentar la ira de la alta sociedad. Laura ciertamente había pagado el precio más alto por

entregar su corazón a un hombre.

“Henry la dejó embarazada, y cuando ella le exigió que hiciera lo correcto con ella, la hizo a un lado. Laura amenazó a Henry en una carta a mi madre. Un error del que viviría para arrepentirse. Nadie le dice al duque de St. Albans qué hacer”.

Ella entrecerró los ojos, la arrogancia del hombre, de su familia. “Ella era una heredera, más que adecuada para tu familia. Lo siento, Su Gracia, pero la noción detrás de tu excusa es absurda. Durante años, has estado viviendo en el extranjero, la gente sabe que solo tú fuiste rechazado de la sociedad, no tu hermano. No te creo “.

“Yo asumí la caída, Molly. Eso es todo. Me vi obligado a dejar Inglaterra por el bien de la imagen familiar. Prefiero Roma, en cualquier caso, y he sido feliz aquí. Pero ahora, como hombre casado, sé que a mi vida le ha faltado un elemento importante. Tú”.

“Bueno, volverás a extrañar ese elemento, porque no me quedaré. No puedo creer que el duque de Whitstone sea tu amigo. Una vez que descubra que Laura era mi prima, dudo que lo tengas ni siquiera a él como amigo.”

“¿Escuchaste una palabra de lo que dije?”

“Lo hice”, dijo, “y no lo creo. Nadie dejaría su tierra natal, asumiría la culpa por nadie, ni siquiera por su hermano”. Echó un vistazo a la habitación, los estantes de libros bien surtidos, las sillas de cuero frente al fuego y el escritorio de caoba. La opulencia que ella nunca había notado antes. Por supuesto, ella sabía que él no estaba luchando, pero no había visto todo con tanta claridad como ahora. “Te pagaron para que te fueras. Culpable o no, elegiste el dinero sobre el honor”. Corrió hacia la puerta.

“Molly, espera.” Él la tomó del brazo y ella se soltó de su agarre.

Molly levantó la mano, tratando de reunir todos los fragmentos de información tal como los conocía. “Supongamos que tu hermano deshonró a mi prima, pero tú elegiste dejar Inglaterra. Para vivir en el extranjero y con el mismo estilo de vida que disfrutaba en casa. En lugar de obligar a tu hermano a hacer lo correcto, obligarlo a casarse con Laura, correr lejos. Como un cobarde”.

Tragó, su piel de un gris mortal. “No tuve otra opción, Molly. Por favor, créeme que lo intenté. Sé que no me crees, pero luché por Laura. Henry no se conmovió, y mi madre aún menos. No me dejes. Yo no puedo vivir sin ti.”

Sus ojos ardían con lágrimas no derramadas, y gimoteó, no queriendo que él la viera llorar. “No te esforzaste lo suficiente. No sé quién eres”.

La tomó de los brazos, inmovilizándola frente a él. Le temblaban las manos y ella deseaba ser fuerte. Para no dejarse llevar. “Tú sabes quién soy. Más que nadie. ¿Crees que podría comportarme tan cruelmente con una mujer? Por toda tu dulzura y cuánto te amo, no eres noble. No tenía que casarme contigo si no quería. Te amo, me enamoré de ti, y quiero pasar el resto de mi vida contigo. Ningún título, ni siquiera ducal, podrá evitar que te tenga para siempre.”

“Cuando hicimos nuestros votos, dije los míos como duque de St. Albans. El registro está

firmado con St. Albans, no con Armstrong. ¿Por qué no me habría casado con tu prima si la hubiera amado? Ella era una heredera, algunos dirían que era más adecuada que tú para mi rango. No fui yo, Molly. Yo no fui el hombre detrás de la caída de tu prima”.

Ella lo apartó, habiendo escuchado suficiente. “No sé lo que creo, pero lo que sí sé es que todo el mundo cree que fuiste tú, incluso tu madre. Te escapaste a Italia y te escondiste aquí durante años como una especie de criminal. ¿Cómo voy a olvidar todo eso? No puedo “.

“Estás cometiendo un error”.

Se volvió y alcanzó la puerta, abriéndola. “Tal vez lo sea, pero debes saber esto, me permitiste casarme contigo cuando tanto de tu pasado estaba oculto. Como un ladrón en la noche, ocultaste por qué te fuiste de Londres y tu verdadero nombre. Incluso si mi prima no era la involucrada, parece estar tan cómodo viviendo una mentira que me hace temblar”.

“Tenía la intención de decirte la verdad. Simplemente no pude encontrar el momento adecuado. Lamento no haberlo hecho”.

Molly se burló, mirándolo por encima del hombro. “La retrospectiva es algo maravilloso, ¿no? Si tan solo pudiéramos volver a hacer las cosas, tal vez hubiéramos actuado de manera diferente, pero supongo que nunca lo sabremos ahora”. Salió de la habitación y dejó atrás a Hugh. Regresaría a Londres mañana a primera hora, regresaría a Inglaterra y resolvería su vida sin su marido.

Un hombre al que había creído conocer, y amaba con todo su corazón. Sin embargo, lo peor sería cuando se enfrentara a su familia. Cuando supieran con quién se había casado, nunca la perdonarían. Ellos también la rechazarían y exigirían que los dejara en paz. El pensamiento envió un pulso de repulsión que recorrió su cuerpo. Corrió los últimos pasos hacia su habitación, apenas logrando llegar para vomitar en su orinal. Se desplomó contra la pared, agotada y con náuseas. No podría haber pedido un final más apropiado para una noche miserable. Perfecto.

## CAPÍTULO DOCE

### *Londres: un mes después*

MOLLY REGRESÓ a Londres a las pocas semanas del inicio de la nueva temporada. Su viaje se hizo menos arduo y largo debido a que Lord Brandon le permitió el uso de su barco para escoltarla de regreso a Londres. Un alivio bienvenido debido a que el estómago le dolía todo el tiempo que estaba en el mar. Molly había atribuido su enfermedad a su estómago revuelto. Pensaba en lo ridículo e insultante que era regresar a casa sin su esposo. Que Hugh no hubiera intentado detenerla la mañana que partió fue un dolor que la partió por la mitad y nunca sanaría.

¿Cómo pudo haberse sentado en su oficina, mirando su papeleo, sin molestarse en mirar hacia arriba cuando ella pasó por su puerta? Molly no estaba segura de qué le dolía más. Si que era un mentiroso, un hombre que había huido de Inglaterra después de arruinar a su prima, o que no le importara un comino que ella lo dejara. Un hombre que declaró estar enamorado de ella, ¿no luchó por conservar su corazón? ¿Cómo pudo haber sido tan frío y distante cuando dentro de su pecho, su corazón se rompió en un millón de pedazos?

Estaba sentada en el salón de la casa que poseía su buena amiga, la marquesa Ryley. Un hogar que Willow solía compartir con Molly y Evie hasta que se casaron y continuaron con sus nuevas vidas. El hombre de negocios del duque de Albans la había visitado el día anterior y le ofreció la propiedad ducal en Grosvenor Square. Dijo que la casa tenía todo el personal y que estaba a su disposición en caso de que quisiera usarla. Ella simplemente solo necesitaba viajar allí.

No se acercaría a la casa de Londres ni a la finca del duque. Ninguno de los dos hogares le interesaba. Aunque a veces, se había encontrado conduciendo más allá de la casa de la ciudad y mirándola, maravillándose del gran diseño georgiano, los pilares y la fachada de la casa que tenía su propia entrada para carruajes fuera de la plaza.

Una pequeña estúpida que necesitaba recordar por qué dejó a su marido en primer lugar.

La culpa pinchaba su alma cada vez que pensaba en quién era ahora. Ya no era la señorita Molly Clare, sino la duquesa de St. Albans. Una traidora a su familia, a su prima. El hecho de no haber sido consciente de su maldad, no hacía correctas sus circunstancias actuales.

Sonó un ligero golpe en la puerta y su lacayo anunció a la duquesa de Carlisle.

“¡Evie!” Molly se puso de pie, casi corriendo hacia su amiga para abrazarla con fuerza. “Estoy muy feliz de verte. Por favor, dime que has llegado a la ciudad y estás aquí para

quedarte”.

Evie le devolvió el abrazo antes de llevarla a un sofá cercano. Antes de sentarse, llamó para pedir el té, se acercó y se sentó a su lado. “Estamos aquí por el resto de la temporada. Estaba tan ansiosa por regresar a la ciudad cuando escuché que volviste de Roma. También escuché un rumor bastante notable que debes explicarme antes de que mi curiosidad me lleve al caos.”

Molly sabía muy bien qué rumor había traído a Evie a su casa. Aun así, sentía curiosidad por saber lo inquisitiva que era. “¿Cuándo llegaste a Londres?”

“Recién. Hice que el carruaje me dejara aquí. Finn continuó hasta nuestra casa.” Evie ajustó su asiento y la miró a los ojos. “Viajaste a Roma en busca de una aventura, y por lo que escuché, tuviste una muy importante. ¿Cómo te va siendo duquesa?”

Molly suspiró y se dejó caer en su silla. “No muy bien. He cometido el error más espantoso y no sé qué haré.”

La preocupación reemplazó al rostro divertido de Evie. Ella frunció el ceño. “¿Por qué el matrimonio con el duque de St. Albans es tan malo? Se rumorea que es inmensamente guapo, por no mencionar rico. No estarás en deuda con nadie, ni siquiera con tu familia. Eso es algo bueno, ¿no es así?”

Molly sabía muy bien lo guapo y cariñoso que era Hugh. Las muchas mañanas que había despertado en sus brazos habían sido las más maravillosas de su vida. Sus sonrisas malvadas que aún hacían que su estómago se revolciera, su sangre se calentara. Incluso sabiendo la verdad de su pasado. Su corazón se rompía mientras su mente gritaba que se mantuviera fuerte, que no perdonara.

“¿Recuerdas haber oído hablar de Lord Farley y su expulsión de la sociedad londinense e Inglaterra hace algunos años? Arruinó a la señorita Laura Cox”.

Una mirada de desconcierto cruzó la frente de Evie antes de decir: “Creo que sí. Huyó a España, eso fue lo último que supe. ¿Por qué esto es relevante para tu matrimonio?”

Una lágrima se deslizó por su mejilla y se la secó. Molesta porque después de todas estas semanas sin Hugh, todavía estaba emocionada por todo. Su conducta. Su huida. Tantas cosas sin decir.

“Lord Hugh Farley era el hermano menor del duque de St. Albans.” Molly miró a Evie a los ojos y vio cómo la comprensión se reflejaba en sus rasgos.

“¿Qué? No, no puede ser. ¿Te casaste con el sinvergüenza que arruinó a esa pobre chica? Incluso tu familia se volvió contra él. Ella era una heredera, perfectamente aceptable para casarse con el segundo hijo de un duque, pero él se negó. ¿Cómo sucedió que sus caminos incluso se cruzaron?”

“Él no estaba en España, y nunca se llamó Farley en Roma, sino Armstrong. Al parecer, el nombre de su madre. Sin embargo, aún no he dicho lo peor, Evie. Mucho peor”. Su estómago se retorció y tomó un respiro para calmarse, aliviada cuando un sirviente trajo el té y algunas galletas de jengibre.

“Voy a servir yo, gracias”, dijo la duquesa de Carlisle, despidiendo al lacayo.

Molly tomó el té y suspiró de alegría cuando el dulce brebaje se encontró con su lengua. Cogió una galleta de jengibre y mordisqueó.

“Dime, ¿qué podría ser peor que casarse con ese hombre?” Preguntó Evie.

Molly bebió de nuevo, armándose de valor para decir las palabras que atormentaban su conciencia. “La señorita Laura Cox, la heredera a la que mi marido arruinó hace tantos años, es mi prima. Mi padre y su madre son hermanos. Eran adinerados. Mi tío era un conocedor de los negocios, ganó su fortuna y ascendió a la sociedad en la que deseaba que Laura se casara. Mi padre es vicario, por lo que circulamos en diferentes círculos. Cuando Laura cayó en desgracia, me enviaron a Francia, donde estaría a salvo de semejantes libertinos”.

“Oh, querida Molly. No sé qué decir. Es decir, tengo mucho que decir, pero no puedo creer lo desafortunado que es todo esto. ¿Qué dijo Su Alteza sobre Laura? ¿Cómo explicó sus acciones hacia ella?”

“Dijo que no fue él quien la arruinó, que de hecho fue su hermano, él simplemente sufrió las consecuencias. No le creo, por supuesto. Ahora que su hermano está muerto, no hay nadie que se lo pueda negar”.

“Es cierto”, dijo Evie, mordiéndose el labio pensativa. “¿Pero y si es verdad? ¿Existe la posibilidad de que sea inocente?”

“No lo creo. Incluso su madre, la duquesa, se apartó de él por sus acciones. Ninguna madre se alejaría de su hijo, seguramente. Una madre defiende a sus hijos, los ama y los guía lo mejor que puede”.

“No todas las madres son creadas iguales. Por lo que recuerdo de la duquesa de St. Albans, ella era una mujer exigente y dura que disfrutaba menospreciando a las personas que no le agradaban. No creo que hubiera sido la madre más cariñosa”.

“Quizás no, pero eso no cambia la acusación a su hijo. Hugh me dijo que conocía a Laura, dijo que había tratado de convencer a su hermano de que se casara con ella, pero no tuvo éxito”.

“Así que no es del todo terrible, si está diciendo la verdad, eso es”, dijo Evie, su tono apaciguador.

“Incluso si es inocente del crimen, permitió que su familia lo dejara tomar la culpa. Lo enviaron al extranjero, con todos los pequeños lujos de la vida que no le fueron otorgados a Laura. Ha vivido una vida plena y feliz en Roma. Laura fue enterrada con sólo veinte años”.

“Oh, Molly, eso es muy triste. ¿Qué vas a hacer?”

Molly se puso de pie, se dirigió a una licorera cercana y se sirvió una buena ración de brandy. Lo bebió rápidamente, antes de servir otro. “No lo sé. Me casé con el señor Armstrong, no con el duque de St. Albans. Ni siquiera estoy segura de que nuestro matrimonio sea legítimo, aunque Hugh dijo que firmó el registro como St. Albans”.

Evie la miró fijamente, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. “¿Así que es posible que ni siquiera estés casada?”

Molly se mordió el labio y frunció el ceño. “Posiblemente no”. Ella hizo una pausa. “Para la sociedad parecemos casados, hay un registro de nuestro matrimonio, eran solo los votos los que estaban mal expresados. No puedo dejar que nadie sepa la verdad. Si se enteraran de que nuestro matrimonio puede no haber sido legítimo, me habré arruinado y traído más vergüenza a mi familia de la que puedo soportar”.

“Estoy de acuerdo. Es mejor que nadie sepa de tu inusual boda.” Evie dejó su taza de té y su platillo, estudiándola un momento. “¿Dónde está St. Albans? ¿Ha vuelto a Inglaterra?”

“No”, dijo Molly, odiando que su corazón se llenara de pánico ante la idea de que él estuviera tan lejos. “Hugh todavía está en Roma. Es poco probable que regrese dada nuestra despedida”.

“¿Y las galletas de jengibre? ¿Cómo influyen en todo esto? ¿Hay otro secreto más que estás guardando?” Preguntó Evie, mirándola a los ojos.

Molly instintivamente se estiró para acunar su estómago y la nueva pequeña vida que crecía allí. Un niño hecho con amor que ahora crecería sin conocer a su padre. Molly solo podía rezar para que fuera una niña. Dar a luz a un heredero de la línea St. Albans antes de que ella estuviera segura de que su matrimonio era legítimo sería un desastre. Después de su fría despedida, sus declaraciones de amor y afecto hacia ella no deben haber sido tan sinceras como ella pensaba. No habría un segundo matrimonio para legitimar su unión, incluso si ella hubiera querido uno, lo cual no era así.

“El médico me ha dicho que estoy en cinta. Quedan pocas semanas de Temporada, y no me estoy mostrando mucho. No creo que nadie se dé cuenta”. Molly miró su estómago, el pequeño bulto oculto principalmente en la tela de su vestido.

“Ahora que lo sé, puedo decirlo, pero las galletas te delataron, querida. Aun así, estás casada y no hay vergüenza en que el duque te dé un bebé. Debes ocupar tu puesto en St. Albans con la creencia de que el matrimonio es legítimo. Tu hijo tendrá que crecer en las casas que heredará”.

“No puedo ir allí. Me sentiría como una hipócrita. Mi familia nunca volvería a hablarme si me instalara allí. En la casa que ha causado tanto dolor a mi familia”. Otra lágrima resbaló y se la secó con el dorso de la mano, molesta de encontrarse en esa posición. Su viaje a Roma había ido tan bien que adoraba cada minuto explorar el país. Que todo eso llegara a un terrible final no iba a ser soportado. El golpe de dejar Roma ya había sido bastante malo, sin embargo, tener que enfrentarse al hecho de que el hombre que amaba con todo su corazón le había arrancado el suyo del pecho y parecía perfectamente contento de dejarla ir sin su permiso era peor.

¿Cómo pudo haberla dejado ir tan fácilmente?

“Debes y pronto.” Evie hizo una pausa, frunciendo los labios. “¿Ha habido alguna comunicación del duque o su mayordomo con respecto a tu posición en la sociedad ahora?”

“Su mayordomo vino aquí hace sólo unos días, notificándome que puedo mudarme a la casa de St. Albans cuando lo desee. Sin embargo, no hay noticias de Hugh, pero eso no me sorprende”.



“¿Por qué no? Si fueras mi esposa, movería cielo y tierra para estar a tu lado. Para tratar de recuperarte”.

Molly levantó los labios en una apariencia de sonrisa ante las palabras de su querida amiga. Se sentó a su lado de nuevo, estirándose para tomar su mano. “Sé que lo harías, pero me amas tanto como yo te amo. Obviamente, Hugh no me ama tanto como yo pensaba”.

“¿Cómo podría no hacerlo? Eres la persona más perfecta que conozco”.

Molly asintió, deseando que fuera cierto. Si hubiera sido más perfecta, no se habría casado con el enemigo. Ni habría participado en un matrimonio ficticio. Qué tonta era. “Hay demasiadas cosas entre nosotros para que nuestra unión funcione, no importa cuánto disfruté de su compañía”.

“Disfrutaste más que su compañía. Puedo ver en tus ojos que estabas enamorada de él. Lo extrañas, ¿no?”

Evie siempre había sido capaz de leer a Molly mejor que cualquiera de sus otras amigas. Molly era la más cercana a Evie dentro de su grupo de amistad, pero deseaba no poder captar esos matices. La idea de no volver a ver a Hugh dejó un cráter en su pecho donde su corazón una vez latió.

Durante el poco tiempo que estuvieron juntos, se enamoró de su esposo. Había cedido a todos sus deseos, a todos sus caprichos. Una mirada de sus ojos penetrantes, cargada de fuego y la necesidad la hizo dócil y dispuesta.

Por el resto de su vida, estaría sin él, incapaz de escuchar su voz o su toque. Tragó la bilis que subió por su garganta. Había una razón por la que, por supuesto, tenía que apartarse de su vida. Era un seductor de mujeres inocentes. Un hombre que arruinó la vida de su prima. No podía simplemente barrer el pasado que había afectado gran parte de su educación, simplemente porque lo amaba. Amaba al hombre que pensaba que era, no al hombre que realmente era. Si hubiera sabido que él era el hermano menor del duque de St. Albans, nunca se habría alojado en su villa romana. Nunca le he dado tiempo para conocerla.

“¿Cuándo vendrá Ava a la ciudad? Necesito hablar con ella. No puede saber que la villa que me ofrecieron mientras estaba en Roma era de lord Farley. Seguramente el duque no me habría puesto en el camino de un hombre a la sombra de un terrible escándalo”.

“Ava y Tate no llegarán a la ciudad hasta dentro de una semana. El próximo jueves celebrarán un baile. Deberías esperar hasta entonces para hablar con ella, me imagino.”

Molly se mordió el labio, pensando. “Supongo que debería tener que hacerlo, pero parece extraño, ¿no? Soy una de sus amigas más cercanas. Seguramente no me pondrían en una posición tan difícil”.

“¿Sabían que la señorita Cox era tu prima?” Preguntó Evie.

“No,” admitió ella. “Nadie sabe que éramos parientes, pero deben haber sabido que Hugh estaba involucrado. A menos que ellos también no crean al hermano y la madre del duque que lo acusaron del crimen. No serían tan temerarios, ¿crees?”

Evie tomó su té y bebió un sorbo. “No sabremos la verdad hasta que regresen, y no quiero que te preocupes por la respuesta a esa pregunta hasta que sepas la verdad. Ava nunca te lastimaría intencionalmente. Creo que hay una explicación simple para tu dilema”.

Molly esperaba que fuera así. Se dejó caer de nuevo en el suave terciopelo del sofá, sin creer del todo que su vida, que había ido tan perfectamente bien, fuera ahora un completo desastre.

“Hablaré con ella en el baile, tienes razón. Hasta entonces, intentaré olvidarme de todo”.

“Creo que es lo mejor, querida. Ahora, háblame de las vistas de Roma y del continente. Quiero saberlo todo”.

## CAPÍTULO TRECE

MOLLY SE HABÍA MANTENIDO OCUPADA durante los días previos al baile del duque y la duquesa de Whitstone pidiendo un vestido nuevo y escribiendo cartas a sus padres, tía y tío, invitándolos a Londres para quedarse con ella.

Si alguien tenía información sobre Laura y lo que sucedió esa fatídica temporada, era su tía Jossalin. Seguramente sabían la verdad o al menos podrían ayudarla a descubrir lo que había ocurrido, sin rumores.

No estaba ansiosa por explicar sus acciones, sobre cómo se había casado con el duque de St. Albans o cuánto lo había amado. Molly podía entender bien cómo su prima se había enamorado de palabras tan dulces y toques exquisitos que Hugh podía otorgar porque ella se había desmoronado como una galleta bajo su toque. Borrando la misiva, miró el pergamino y rezó para que su familia entendiera que había estado ciega a su pasado. Que la perdonaran.

A Molly nunca se le ocurrió que el único hombre que la hacía cantar la sangre sería el mismo al que habían maldecido al diablo años atrás. La sola idea de confrontar a su tía con su error le revolvía el estómago.

\* \* \*

MÁS TARDE ESA noche fue su primera incursión en la sociedad londinense. Evie y su marido, el duque de Carlisle, la habían recogido en su carruaje, y sólo había tardado unos minutos en detenerse ante la gran casa londinense del duque y la duquesa de Whitstone.

En el momento en que se anunció su nombre, la sala se llenó de conversaciones, música y risas que se calmaron notablemente. Molly apretó su abanico con más fuerza, enfriando su piel para surgir de la interminable enfermedad que la afligía. Levantó la barbilla, sin querer que ninguno de ellos la mirara o juzgara su elección.

Molly se recordó a sí misma que no sabían que era prima de Laura, que afortunadamente nunca se había establecido la conexión. Lady Brandon se había enterado por casualidad. Estaba segura de que nadie más lo sabría.

Imaginar lo que pensarían y dirían si supieran que el duque se había casado con la prima de la mujer a la que arruinó hace tantos años envió un escalofrío de repulsión por su espalda. La alta sociedad entonces rugiría con burla, se mofarían y la criticarían. No estaba segura de poder enfrentar esa tormenta también.

“Querida, hay algo de lo que necesito hablarte”, le susurró Willow mientras se unía a ellos,

llevándola hacia donde estaban Hallie y Ava con sus respectivos maridos.

Molly le lanzó una mirada a Willow, sin gustarle su tono tenso. “¿Qué es lo que necesitas decir? ¿Te pasa algo?”

“Hay noticias que debes saber”.

Fueron ante Ava y Hallie. Las besó a ambas por turno, saludando a los duques que estaban a la espalda de sus esposas, antes de volverse hacia la multitud reunida. Willow movió sus manos delante de ella, mirando hacia la puerta. Hallie la hizo a un lado y el temor se acumuló en su estómago. “Willow, ¿qué pasa?”

El pelo de la nuca se le erizó cuando el murmullo de voces se atenuó. La música cayó mientras la conversación se calmaba. Molly olvidó la pregunta a su amiga y miró para ver qué tenía a todos tan fascinados.

La voz atronadora del mayordomo gritó el nombre del último invitado. “Su Gracia, el Duque de St. Albans.”

Molly se quedó dura, el pánico se apoderó de su cuerpo. Hugh estaba en Londres. Willow le estrechó la mano y la apretó un poco. Molly lo buscó en la habitación llena de gente, pero no pudo verlo. ¿Era realmente Hugh? ¿Estaba de regreso en Londres?

Una pequeña parte de su mente gritaba que era porque él estaba aquí para ella. Que había venido a reparar su matrimonio roto, pero era poco lo que podía hacer. El pasado, por muchas disculpas que uno diera, no podía cambiar lo que había ocurrido.

*A menos que fuera inocente del crimen.*

Molly hizo a un lado el pensamiento inútil. Era culpable, había huido de Londres para escapar de la censura de la alta sociedad. Ningún inocente actuaba de esa manera.

“Eso es lo que quería decirte. Tu esposo ha llegado a Londres, y por lo que escuché de Abe, hoy estuvo en el club Whites Gentleman con el duque de Whitstone. Su excelencia fue escuchado diciéndole a Whitstone que estaba en la ciudad para recuperar a su esposa”.

Oh querido señor. ¿Significaba eso que toda la sociedad sabía que tenían una pelea? No era ningún secreto lo que había ocurrido en su escandaloso pasado, y ahora sabían que ella se había escabullido de regreso a Inglaterra desde Roma. Solo podía imaginar lo que la alta sociedad estaba diciendo sobre ambos a puerta cerrada.

El calor subió a su cuello.

“Te has puesto muy pálida, querida. ¿Estás bien?” Ava le tomó la mano y le dio unas palmaditas.

Los pensamientos de lo que el duque de St. Albans y su familia le hicieron a la de ella volvieron a su mente e hicieron girar la habitación. De su prima que había sido cortejada y prometida cosas durante su presentación por Hugh. Como todas esas cosas habían quedado en nada, después de recibir lo que había querido todo el tiempo. Su inocencia y nada más.

“Ava, ¿sabías que el Sr. Armstrong era Lord Farley cuando me acompañaste a Roma?”

El ceño de su amiga se frunció, una expresión sombría en su rostro. “No lo sabía, no, querida.

Tate me ha explicado su ausencia desde su regreso, y sé que mi esposo, Molly, no mentiría ni apoyaría a un mentiroso. Él cree que St. Albans está diciendo la verdad”.

“¿Vio al hermano de Hugh exigir que él asumiera la culpa?” Haber sido testigo al menos eximiría a Hugh de ese delito.

Ava negó con la cabeza. “No, leyó la misiva que le envió su familia a Lord Farley”.

La esperanza floreció en su corazón de que tal vez Hugh pudiera demostrar su inocencia después de todo. “Bueno, entonces, Hugh solo necesita mostrarme esa carta para que pueda ver por mí misma lo que se le pidió. No es que cambie el hecho de que estuvo de acuerdo con una treta tan desgarradora”.

“Lo siento, Molly, pero no puedes. Hugh estaba tan furioso por la demanda que la carta se quemó esa misma noche. No podrás leerla, querida. Lo siento mucho”. Ava dio un paso atrás y se unió a su marido, que parecía avergonzado en el mejor de los casos.

Se tragó los nervios al enfrentarse a Hugh de nuevo. No había nada que pudiera decir que cambiara lo que pensaba de su conducta. Pero por todo el infierno, se veía apuesto.

Observó, junto con todas las demás mujeres de la sala, mientras el dios romano del pecado cruzaba el suelo del salón de baile. Atrás quedaron sus pantalones color canela y su camisa que a menudo usaba en Roma, y en su lugar había un hombre hecho para ser comido con los ojos. Por placer y todas las cosas malas y deliciosas. Sus ojos se clavaron en ella, nunca se desviaron hacia nadie más, y por su vida, no podía apartar la mirada. Debería correr, su mente ciertamente gritaba que huyera, pero no pudo. Una pequeña parte de ella quería escuchar lo que tenía que decir. Cómo explicaría sus acciones. Lo había intentado en Roma y había fallado. Fracasaría de nuevo aquí.

“Lo siento mucho, Molly. Solo puedo imaginar lo que estás sintiendo.” Evie le estrechó la mano, se paró a su lado y miró al duque como un caballero que entra en batalla.

“Oh cielos”, susurró Evie, las palabras salían de ella cuanto más se acercaba. “Es un espécimen maravilloso”.

La respiración de Molly se detuvo y una capa de sudor brotó de su frente. Respiró para calmarse, necesitando recomponerse para la inevitable confrontación. No había pensado en volver a verlo. Había pensado que se quedaría en Roma como había dicho.

El duque de Whitstone y Carlisle se colocaron frente a Molly y fueron a saludar a Hugh. Molly los miró, el acuerdo genuino y la amistad brillaban en sus ojos. La traición corría por su sangre. ¿Cómo podían ser amigos de un hombre que le había causado tanto daño a su familia? Molly se recordó a sí misma que no sabían que Laura era su prima. Un hecho que pronto enmendaría.

Peor aún, ¿cómo podía seguir amando a ese mismo hombre?

Molly parpadeó para contener el ardor de las lágrimas. Ella ya no lo amaba, hacerlo sería una auténtica perfidia. Los tres duques, los nobles más altos del reino antes de la realeza, estaban juntos, riendo y hablando como si no hubieran pasado los últimos diez años separados. Mientras

tanto, Molly sintió el ardor de los ojos de Hugh sobre ella. Su mirada se deslizó a través de su persona, de la cabeza a los dedos de los pies y viceversa como una caricia física.

Sus pechos se sentían pesados y grandes en su vestido. Con cada respiración, la seda de su corpiño ondeaba a través de sus pezones que ya eran sensibles por el niño que llevaba en su útero. Supuso que tendría que decirle que estaba en cinta. Tantas cosas que necesitaban discutir, para planificar cómo continuarían este matrimonio por separado.

Una sombra cayó ante ella, apartó su atención de los bailarines y se encontró con la mirada de Hugh de frente. Él tomó su mano enguantada, sin desviar su atención antes de besarla. “Duquesa.” El título se le escapó de los labios como una caricia, una declaración de hecho, y una del tono mesurado de su voz que pretendía mantener como verdad.

“Su Gracia”, respondió ella, contenta de que su voz no temblara como sus rodillas debajo de su vestido. Hizo una reverencia, lo que le permitió mantener su mano en la suya mientras él se acercaba a ella. Si él le hubiera impedido salir de Roma, podrían haber tenido esta conversación allí, averiguar los detalles de su unión. Pero no, tuvo que elegir el primer baile al que asistió en Londres para tenerlo con ella.

“Te he extrañado.” El susurro de sus palabras le hizo cosquillas en el oído y luchó por no temblar. ¿Cómo podía ser tentada por un hombre así? Un seductor de mujeres y alguien que las dejaba sufrir las consecuencias de esas acciones eróticas. “Necesitamos hablar.” Su mano se movió para envolver su cintura, sus dedos tardaron mucho en asentarse en su cadera.

“¿Qué pasa si no quiero hablar contigo?” Molly no se atrevió a mirarlo. Mirar tal belleza solo terminaría con que ella estuviera ciega a sus acciones. Necesitaba más tiempo para recomponerse y prepararse para la confrontación. No podrían tenerla aquí, en el baile de Whitstone. Eso nunca funcionaría.

Los sonidos de un vals comenzaron a sonar y las parejas se apresuraron a salir a la pista de baile. El duque le estrechó la mano y la arrastró con ellos. Molly la siguió, no queriendo hacer una escena. Ella sonrió, mirando a todo el mundo como una mujer que estaba alegremente feliz de que su esposo fuera a bailar con ella. La verdad no podía ser más opuesta.

La tomó en sus brazos, demasiado cerca para su comodidad. Molly trató de alejarse, dejar un poco de espacio entre ellos, pero pudo haber estado tratando de mover una rama de un árbol por todo el bien que hicieron sus acciones. “Me estás abrazando demasiado fuerte, Duque.”

Su sonrisa maliciosa hizo que su semblante se desvaneciera y entrecerró los ojos. Él rio entre dientes. “Tanto fuego en tus venas. Te he echado de menos, mi querido amor.”

Su corazón dio un vuelco ante sus palabras. Maldito sea él y sus dulces palabras cariñosas. Su juego con ella era indigno y cruel. “Ya no puedes llamarme tu querido amor. No lo soy”.

Una ceja se levantó con aire de incredulidad. “¿Estás segura, mi querido amor? Sé que mis sentimientos no han cambiado desde el momento en que me abandonaste en Roma”.

“No te abandoné, te dejé perfectamente capaz de cuidarte con tu personal. ¿Te ha fallado la memoria tan miserablemente que no puedes recordar porqué me fui en primer lugar?”

“Oh, lo recuerdo, y estoy en Londres para asegurarme de que sepas la verdad, si no de mis labios, de aquellos que saben lo que realmente sucedió”.

Molly le lanzó una mirada a Hugh, un pequeño rayo de esperanza se iluminó en su interior de que podría haber alguien que supiera lo que realmente había sucedido. Por mucho que deseara poder creerle, su familia había pensado que el amante de Laura era Hugh. ¿Por qué alguien mentiría sobre tal cosa? Su tía y su tío nunca se habrían inventado semejante falsedad.

El baile les dio un par de giros cerrados y su agarre aumentó, manteniéndola pegada a su persona. Su cuerpo ronroneó en respuesta como si recordara lo que él la hacía sentir, deseando más de lo mismo. No podía ceder a sus seductores encantos. No sin saber la verdad detrás de su destierro. Lo que tenía que hacer era hablar con su tía y su tío.

“He ordenado a tu personal que empaque tus cosas para mudarte a la casa de St. Albans en Londres. Tu lugar está conmigo”.

Ella resopló, la audacia del hombre. “No iré a ningún lado contigo. Por lo que todavía tengo entendido, arruinaste a mi prima y te fuiste sin mirar atrás. Accediste al dinero por encima del honor. Me sorprende que estés aquí en Londres. Dejé Roma, tuve la clara sensación de que sabía por lo que pasó mi prima cuando la dejaste ir sin luchar”.

“Nunca arruiné a tu prima. ¿Por qué no me crees?” Ella tragó, sintiendo que su rostro de un caballero distante y optimista se estaba desvaneciendo. “No fui yo quien puso un dedo sobre tu prima. Fue mi hermano”. Un músculo se movió en su mandíbula, y la miró fijamente, con dureza. La frustración ardía en su mirada tormentosa.

Molly deseaba poder creerle, deseaba no haber vivido durante años, conociendo otra historia. En algún momento entre el comienzo de su baile y su conversación, habían dejado de bailar. Fuera de su visión periférica, pudo ver que otras parejas continuaban bailando el vals sobre ellos. “Lo siento, Hugh, pero no sé a quién creer”.

“Si vamos a quedarnos como estábamos en Roma, necesito que confíes en mí”.

“¿Confiar en ti? Ni siquiera te casaste conmigo usando tu nombre real. ¿Cómo puedo confiar en ti? Si no estabas tratando de ocultar tu identidad, ¿por qué no me dijiste la verdad? Toda. Pasamos semanas juntos en una farsa. ¿Cómo puedo volver a confiar en ti? “

“Primero, firmé el registro de matrimonio con St. Albans, simplemente no lo notaste. En segundo lugar, no estaría en Londres, teniendo a la gente chismorreando y burlándose a mis espaldas a menos que lo que dije fuera la verdad. A menos que supiera que ellos están equivocados, y yo tengo razón. Mis amigos, el duque de Whitstone y Duncannon me creen, pero tú no. No lo entiendo. Pensé que me amabas. ¿Fue un malentendido de mi parte?”

La música se desvaneció hasta detenerse y ella se soltó de su agarre y se dirigió al vestíbulo de entrada. Necesitaba irse. ¿Cómo podía hacerle una pregunta así? Sabía tan bien como ella misma cuánto lo adoraba y lo amaba. Enfadarse con ella no tenía sentido. No era ella quien había hecho algo incorrecto. Él había sido. Que fuera joven en ese momento o no, no excusaba sus acciones.

La alcanzó en el vestíbulo mientras un lacayo le entregaba su pelliza. Hugh le estrechó la mano y pidió su carruaje.

“Puedo hacer que llamen un taxi de Hackney. No necesito que me devuelvas a mi casa”.

“Al infierno dejaré que mi duquesa viaje en un coche de alquiler”. El carruaje negro y muy pulido se detuvo ante los escalones de la entrada de la casa. Hugh le tendió la mano para ayudarla a subir al vehículo, y ella ignoró la mano que le ofrecía, subiendo ella misma.

La siguió, pidiendo que los lleven a la casa de St. Albans. Ella le frunció el ceño a través del espacio sombrío que los separaba. “No me voy a quedar en Grosvenor Square. No puedes obligarme”.

“Puedo, y lo harás. Ya sea que no me ames, confíes o creas, la casa de St. Albans es donde reside su duquesa. Estarás a salvo allí, estarás bien atendida cuando regrese a Roma”.

No podía mirarlo cuando le mencionaba esas cosas. ¿Entonces tenía la intención de dejarla? Por supuesto, él lo haría, si ella no podía creerle o amarlo como lo había hecho en Roma, ¿qué le quedaba en Londres? Le dolía el corazón ante la sola idea de que Hugh viviera tan lejos de ella. Si su tía confirmaba que Hugh era el que había arruinado a Laura, ¿qué podía hacer ella? El hombre del que se enamoró en Italia era honorable, dulce y amable. Muy cariñosa con ella, al menos.

Su prima había sido una tonta, así que ¿cómo podía perdonar ese trato para calmar sus propios deseos y necesidades egoístas del mismo hombre? Un Hugh mayor y más maduro de lo que Laura conocía, obviamente. Una elección imposible.

“Muy bien, me quedaré en St. Albans House, pero hasta que sepa quién me dice la verdad y quién no, no deseo vivir como marido y mujer. Por favor, no esperes que abra las puertas de mi apartamento a ti. No lo haré”.

Sus ojos brillaron con fastidio, y por su vida no podía apartar la mirada. Mantenerse alejada de su marido sería una tarea difícil, Molly no tenía ninguna duda al respecto. Su cuerpo anhelaba su toque, sus labios sobre su carne, lo que sus hábiles manos y su boca podían hacer que le acelerara el pulso. Le dolía el corazón al recordar su último encuentro, y cruzó los brazos sobre el pecho.

“Cuando sepas la verdad, mi amor, y lo harás, espero recompensa por el tiempo que he tenido que vivir sin ti”.

Ella se burló de él. “Y si se demuestra que eres el que arruina a las mujeres jóvenes y solteras, ¿qué obtengo? Oh, déjame decirte. Un matrimonio ridículo con un hombre que vivirá a cientos de kilómetros de mí y yo me quedaré con la sociedad riendo para siempre por haber sido tan tonta como para casarme con el hombre que arruinó a mi prima”.

“Ellos no saben que la Srta. Cox era tu prima. Y de todos modos, yo tengo razón y tú estás equivocada, así que todo saldrá bien al final”.

“Solo será cuestión de tiempo antes de que sepan que Laura era pariente mía”. Ella sacudió la cabeza. “Estás tan seguro de que se demostrará tu inocencia”.



Se inclinó hacia adelante, sus hermosos rasgos se enfocaron más mientras retumbaban por las calles de Londres. “¿No deseas que se demuestre que soy inocente? Pareces decidida a creer a todos los demás excepto a mí.”

Molly quería extender la mano, aliviar el dolor que podía leer en sus ojos, pero no lo hizo. En cambio, se dejó caer sobre los cojines y miró pasar las casas en Mayfair. “He invitado a mi tía y a mi tío a quedarse. Si alguien sabe la verdad, son ellos, y entonces sabré cómo actuar”.

## CAPÍTULO CATORCE

LAS SIGUIENTES SEMANAS en la casa de St. Albans no fueron una existencia cómoda, ciertamente no para Hugh. Su esposa pasaba sus días, haciendo llamadas, visitando a sus amigas cercanas y recibéndolas a cambio. Exteriormente, la alta sociedad creía que eran una pareja felizmente casada. Que la señorita Molly Clare había domesticado al pícaro lord Hugh Farley, ahora duque de St. Albans, pero estaban equivocados.

Sus amigos cercanos sabían la verdad de la situación. Que cuando estaban en casa, Molly apenas le hablaba, pasaba sus días en el cálido y soleado salón en la parte trasera de la casa mientras él pasaba sus horas en la biblioteca del frente.

Odiaba su separación y haría cualquier cosa para corregir el error. Molly se había acercado a él y le había dicho que la próxima semana su tía y su tío viajarían a la ciudad para verla. Para discutir lo que sabían.

La familia de Molly no se había tomado bien la noticia de su matrimonio y sus padres se habían negado a asistir para acompañar a su tía y su tío. Hugh sabía que Molly estaba levemente herida. Ella había sido cercana a sus padres. Que le dieran la espalda ahora, dejó que la rabia hirviera a fuego lento en su sangre.

Nadie le daba el corte directamente a la duquesa de St. Albans y se salía con la suya.

Hugh se reclinó en la silla forrada de cuero detrás de su escritorio, con su mente desesperada por cómo poder demostrarle su inocencia. Había esperado hablar con la ayuda de cámara de su difunto hermano, que estaba al tanto del paradero del duque y sabía de su relación con la señorita Cox, pero al regresar a Londres, descubrió que habían muerto junto con su hermano en el accidente del carro.

Y ahora estaba en problemas. ¿Cómo iba a demostrar que no había sido él, que era simplemente el hermano, el repuesto que había asumido la culpa? La carta que su madre le había enviado también era inútil, con lo muy tonto que era, había quemado la maldita cosa en un ataque de rabia.

Durante las últimas dos semanas, había observado a su esposa con un anhelo que lo frustraba y lo irritaba. Nunca había sido un hombre que no pudiera vivir sin una mujer. Su vida hasta conocer a Molly había sido plena, entretenida y también tenía sus relaciones, pero ahora era diferente. Quería su confianza, su amor. Tenerla de vuelta en sus brazos donde conocía la verdadera felicidad y satisfacción.

El lecho ducal era vasto y frío, así como estaba ahora. Quería que ella volviera a estar con él.

“Su Gracia, la duquesa”, resopló un criado, deslizándose hacia la biblioteca sobre el piso de parqué pulido, con su respiración entrecortada por correr. “Se ha derrumbado en el salón de atrás”.

Hugh se puso en pie de un salto, pasó corriendo junto al sirviente pálido y con los ojos muy abiertos mientras corría hacia el salón que a Molly le gustaba usar. Entró en la habitación y vio a una doncella que intentaba despertar a la duquesa. Hugh se deslizó a su lado, acercándose a ella para escuchar si respiraba. Un pequeño suspiro le tocó la mejilla y el alivio lo inundó como un bálsamo. Ella estaba viva. Mientras eso fuera así, todo lo demás estaría bien. “¿Qué pasó? ¿Se sentía enferma esta mañana?” preguntó a la criada.

Ella negó con la cabeza, frunciendo el ceño. “Su excelencia estaba bien cuando traje el té hace un momento. Mientras avivaba el fuego por ella, se quejó de mareos y dejó caer la taza de té que sostenía. Debió de estar un poco inclinada hacia adelante en la silla, porque se dejó caer sobre el piso.”

“Mande a llamar a un médico y dese prisa. Llevaré a Su Gracia a su habitación”.

“Sí, su excelencia”, dijo la criada, haciendo una reverencia.

Hugh extendió la mano debajo de Molly y la tomó en brazos. La llevó a su habitación, una criada apresurándose ante él para abrir la puerta y tirar de la ropa de cama.

Justo cuando la acostó sobre la fría ropa de cama, ella se movió, la confusión nubló sus rasgos. “¿Qué pasó?” preguntó, mirando alrededor de su habitación. “¿Cómo volví a mi dormitorio?”

“Te desmayaste en el salón. He mandado llamar al médico. ¿Cómo te sientes?” Extendió la mano y le tocó la frente. Ella no estaba cálida, no parecía que hubiera nada malo en ella exteriormente.

“No otra vez”, murmuró.

Hugh frunció el ceño. ¿Se había desmayado antes de hoy? “¿Esta no es la primera vez que colapsas?”

“No,” suspiró, frotándose la frente. “Me encontré en el suelo de mi habitación la semana pasada, pero estoy, bueno, simplemente embarazada, Hugh”.

Hugh la miró con la boca abierta. “¿Qué?” Tropezó hacia atrás, pasando una mano por su cabello. Tomó a su esposa y, por primera vez, notó que su estómago era un poco más grande que cuando estaba en Roma. Sus pechos estaban demasiado tensos contra su bata de día y su tez estaba pálida. “¿Estás qué?” La emoción brotó en su interior y parpadeó para contener el ardor de las lágrimas. ¿Iba a ser padre?

Ella lo miró fijamente, patente y tranquila, con una pequeña peculiaridad en los labios. Su corazón dio un vuelco. Ella no le había sonreído en absoluto desde su regreso. “Vamos a tener un bebé, Hugh. Me enfermé en el barco de regreso de Roma, y cuando esa enfermedad no cedió y mis cursos no llegaron, supe que estaba embarazada de tu hijo”.

“¿Por qué no me mandaste a buscar?” El dolor lo atravesó por el hecho de que ella le ocultara esas noticias. ¿Lo odiaba tanto que le negaría la oportunidad de ser padre? De poder enseñar a su hijo sobre el bien y el mal. Guiar a su hija a ser amable e ingeniosa y a su hijo, honorable y fuerte. Todas las cosas en las que sus padres fallaron cuando se trataba de su hermano mayor. Su hermana Sarah era amable e ingeniosa, una mujer que no se enfadaba, y él la amaba por eso, pero había sido su padre quien les había enseñado lo bueno de la vida y cómo tratar a las personas. Su madre había malcriado a su hermano mayor y lo había arruinado, lo convirtió en el hombre que ahora estaba causando todos los problemas que enfrentaba dentro de su matrimonio.

“Quería estar segura primero, y luego el temor de que no vinieras, de que no quisieras regresar me detuvo. No nos separamos en los mejores términos”.

Se acercó a donde ella yacía y se sentó. Le tomó las manos. Estaban frías al tacto, y se las frotó, tratando de devolverle el calor a las venas. “Sé que no me crees, no muchos lo hacen, mi hermano mayor era un mentiroso y estafador magistral. Probablemente fue por eso que tu prima se enamoró tan fácilmente de sus falsos encantos. Con todo lo que hay entre nosotros y aún por resolver, siempre estaré aquí para ti, lo quieras o no. Te amo, Molly, y voy a luchar por ti hasta que se sepa la verdad”.

Ella le apretó un poco la mano y la esperanza floreció en su pecho. De alguna manera encontraría a alguien que supiera la verdad y limpiaría su nombre. No perdería a la mujer que amaba y adoraba con todo su corazón por un hermano que no había traído más que dolor y crueldad dondequiera que fuera. No rechazaría lo único bueno de su vida.

Su esposa.

## CAPÍTULO QUINCE

UNA SEMANA DESPUÉS, Molly se sentó en su salón favorito que era para su uso personal y sirvió té a sus tíos. Habían viajado desde el campo el día anterior, optando por quedarse en un hotel en lugar de aquí con ella o en su casa de Londres por donde había pasado Laura. Le temblaban las manos mientras servía el té y esperaba que no se dieran cuenta. Se había despertado más enferma de lo normal, con el estómago revuelto por el temor de tener que enfrentarse a su familia y explicar sus acciones. Tratar de hacerles entender que ella no sabía que el Sr. Armstrong era el mismo amante de Laura.

Si ese fuera el caso, después de todo.

Les dio a ambos una taza de té y se sentó, preparándose para la próxima conversación. “Gracias por venir hoy a verme. Sé que no es en las mejores circunstancias”.

Su tía se negó a mirarla, y en cuanto a su tío, él miraba fijamente, con una mirada de desprecio ensombreciendo su semblante normalmente jovial. “Nos sorprendió y entristeció saber de tu boda. No es una declaración que pensara pronunciar, pero Molly, ¿qué estabas pensando al casarte con este bribón?”

Molly tragó saliva, evitando que alguien hablara de Hugh de esa manera y odiando que pudieran tener razón. “Me casé con el Sr. Armstrong, no con Lord Farley. No sabía que Hugh estuviera relacionado de alguna manera con Lord Farley o St. Albans”.

“¿Cómo pudiste habernos hecho esto? ¿Después de todo lo que ese hombre le hizo a nuestra familia?”

Molly ajustó su asiento, su esperanza de que Hugh fuera reivindicado en sus afirmaciones de inocencia se desvaneció como los segundos del tiempo. “No lo sabía, y el matrimonio se consumó antes de que yo averiguara la verdad. No puedo cambiar lo que se ha hecho, pero mi felicidad futura depende de lo que me digan hoy. ¿Están seguros de que fue el hermano menor del duque de St. Albans el que sedujo a Laura?”

“Nuestra querida Laura nunca nos dijo exactamente quién la arruinó, sí encontramos en el tocador de su dormitorio un pequeño retrato”. Su tía buscó en su bolso y sacó un marco y una imagen en miniatura. “Aquí, esta es la imagen con las iniciales H St. Albans en la parte de atrás”.

Molly tomó el cuadro pequeño e inmediatamente vio a un hombre que se parecía mucho a Hugh, aunque había algunas diferencias, este caballero parecía tener más una inclinación aguileña en la nariz que la recta de Hugh. Sus ojos también eran más pequeños, menos

almendrados que los de Hugh, más abalorios. “Si bien son similares, la H también podría representar a Henry, el hermano mayor de mi esposo”.

La boca de su tía se apretó en una línea de desaprobación. “Si bien nos gustaría pensar que un duque se interesó por nuestra Laura y la cortejó, no tengo ninguna duda de que fue el hermano menor el que más le convenía. Un segundo hijo podría casarse con una heredera como Laura, no podría con el heredero. Y Vi a Lord Hugh Farley con Laura en bailes y fiestas, a veces con la cabeza unida como si estuvieran tramando y planificando su futuro”.

Molly se reclinó en su silla, desconcertada por la idea de que Hugh había sido cercano a su prima, había sido, de hecho, su amante en verdad. Dentro de su propia mente, había decidido encontrar la verdad antes de creer en cualquier otra cosa. La idea hizo que quisiera lanzar sus cuentas por segunda vez esta mañana.

“¿Podría haber estado actuando en nombre del duque? ¿O tratando de persuadir a Laura de que recurriera a otra persona que no fuera su hermano? ¿Advirtiéndola, tal vez?” Si el duque se parecía en algo a lo que Hugh le había explicado a Molly, su hermano era la peor de las personas. La alternativa de que Hugh le había estado mintiendo, que de hecho, había sido el amante de Laura, era impensable.

“¿Puedo quedarme con esta imagen? Quiero mostrársela a Hugh y preguntarle si él o su hermano es el de la imagen”.

“El amante de Laura no era el duque”, dijo su tío, señalando el pequeño cuadro que tenía en las manos. “Ni una sola vez vimos al duque con Laura en ningún baile o asamblea. Cuando Laura confrontó a la duquesa de St. Albans sobre las acciones de su hijo y las consecuencias que Laura enfrentó, prometió represalias contra su hijo”.

Su tía se secó las mejillas con los ojos llenos de lágrimas. “Laura no confió en nosotros al principio, se tomó todos estos problemas sin ayuda. Cuando estalló el escándalo en Londres, Lord Hugh fue desterrado de Inglaterra y Laura cargaba su bebé. Se tomó mal su huida y una vez que tuvo a su hijo, ya no tenía ganas de vivir”.

“Tu esposo mató a nuestra hija”. Su tío frunció el ceño, su voz temblaba por la emoción.

Molly miró a su tía y a su tío, el dolor aún resonaba en ellos después de todos estos años. El hecho de que perdieran no solo a Laura sino también al bebé hizo que su salida de este reino fuera aún más devastadora.

“Laura era una heredera, ¿por qué la duquesa de St. Albans no obligó a Hugh a casarse con ella? ¿Por qué obligar a Laura a esconderse en el campo y enviar a su hijo al extranjero para vivir sus días? No tiene sentido”.

“La duquesa era una mujer orgullosa, hija de un duque ella misma. No creía en el matrimonio de las diferentes clases sociales. Ni siquiera a su hijo menor le permitiría casarse con una mujer cuya herencia provenía del comercio. Sus hijos se casarían con mujeres iguales a su nacimiento o nadie en absoluto”.

Por un momento, Molly pensó en lo que pensaría la duquesa de su matrimonio con Hugh. La

hija de un vicario sin una onza de dinero a su nombre. Un peso se posó sobre su pecho y tomó un respiro para calmarse. Había amado a su prima. Fuera de su familia, había sido como una hermana mayor, sabia y hermosa, siempre amable. Pensar que su Hugh la había dejado morir con el corazón roto, a su vez, hizo que el corazón de Molly se derrumbara en su pecho.

“¿Laura dejó algún diario? ¿Algo que pueda, sin duda, probar quién fue el padre de su hijo?” A pesar de lo pequeño que era, Molly se aferraba a cualquier indicio de la posibilidad de que Hugh fuera inocente, como decía. Tenía que serlo. Ella lo amaba, estaba cargando a su hijo. Si no averiguaba la verdad, para siempre habría esta división, una sombra que se cernía sobre su unión. Ella no podría vivir así. Preferiría no volver a verlo nunca más si ese fuera el caso.

“No hemos podido encontrarlo. Hemos buscado en su habitación, en todos los lugares donde pensamos que dejaría un artículo así, y sabíamos que lo tenía porque le dimos un diario el año de su primera temporada en Londres. Queríamos poder mirar atrás, leer sobre su primera temporada. Qué terrible recuerdo terminó siendo para ella ese año”.

Su tía buscó a tientas en su bolso y sacó un pañuelo, secándose los ojos y la nariz. “Ella había sido tan feliz, Molly. Tan llena de promesas y sueños. El día en que murió fue un alivio al final, porque sus ojos nos habían estado mirando como en la muerte. Su corazón estaba roto y nunca sanaría”.

“Y por tu marido”. Su tío se puso de pie, ayudando a su esposa a ponerse de pie. “Puedes buscar un diario en nuestra casa de Londres si crees que te ayudará a aliviar tu culpa”.

Molly se puso de pie, ignorando la púa que se había incrustado profundamente en su corazón. Había herido a su familia y, si lo que acababan de decir era cierto, su marido había sido el amante de Laura. La desesperación se apoderó de ella, y luchó para no dejar que la emoción la hiciera entrar en pánico. Acompañó a su tía y su tío hasta la puerta principal.

“Nos dirigimos a casa hoy, no queremos quedarnos en Londres un momento más de lo necesario. Laura dio a luz a su hijo en nuestra casa de Londres. Si el diario se encuentra en cualquier lugar, será en esa casa. Te invitamos a ir allí y buscar. Tenemos un ama de llaves y dos sirvientas que viven allí, puedes pedirles la entrada”.

Molly asintió, entregándole a su tía su pelliza. “Lamento mucho lastimarlos de esta manera. Me enamoré, la verdad, no sabía de quién me enamoraba”.

Su tía se acercó y le tomó la mejilla con la mano enguantada. Molly se acercó y llevó la mano de su tía a la cara. “Te amamos, nuestra querida Molly, y por eso esperamos que encuentres una respuesta diferente a la que te hemos dado hoy, pero cuando la verdad salga a la luz y sientas que no tienes a dónde acudir, por favor, quiero que sepas que siempre nos tienes a nosotros. Nunca te rechazaremos, no importa lo que hayas hecho”.

“Gracias”, dijo, con un nudo en la garganta. Se paró en la puerta mientras bajaban los pocos escalones para entrar en su carruaje. Molly los vio irse, pensando en lo que haría. Si el diario de Laura tuviera el nombre de Hugh, su matrimonio terminaría. Su futuro cambiaría para siempre al que pensó que tendría cuando pronunció sus votos. Cerró la puerta, volviéndose hacia las

escaleras, cansada y necesitada de reposo. Mañana enfrentaría la respuesta que buscaba. Hoy ya había intentando lo suficiente.

\* \* \*

HUGH OBSERVÓ desde la puerta de la biblioteca cómo Molly se despedía de su tía y su tío antes de regresar al piso de arriba a su habitación. Odiaba verla tan en conflicto, triste y sola con la elección que tenía que hacer. Desesperado como estaba, había pasado la última hora escuchando su discusión con su familia. La verdad de su conducta estaba ahí fuera, solo necesitaba encontrarla.

Un rayo de esperanza que había brillado fue la mención de un diario. Solo podía esperar que cuando Molly encontrara el diario y Dios lo salvara, esperaba que ella lo hiciera, que se vindicara y demostrara su inocencia en todo este lío.

Sabía que no podía presionarla con su elección, de hacer que le creyera, ya lo había intentado lo suficiente y se había topado con una pared de ladrillos cada vez. Tenía que saber la verdad para que tuvieran alguna oportunidad de un futuro juntos. De tener alguna posibilidad de llevarla al altar por segunda vez para asegurarse de que su matrimonio fuera legítimo.

Hugh cerró la puerta y se acercó al fuego, apoyado contra el manto de mármol. Echó un vistazo a la habitación, a la oficina de su hermano, aunque no es que se hubiera ocupado muy bien de las propiedades desde que Hugh vivía en Roma. Su hermano se había dedicado al juego si los muchos pagarés en el cajón de su escritorio eran una indicación.

A los pocos días de estar de regreso en Londres, Hugh había saldado las deudas de su hermano y pagado todas las cuentas que tenía pendientes en la ciudad. ¿Su hermano había estado tratando de arruinar a la familia? Eso nunca podría saberlo, pero ciertamente parecía fiscalmente así.

Se dejó caer en una silla cercana y apoyó la cabeza entre las manos. Si nunca se encontraba el diario de Laura, Hugh tendría que empezar a ganarse la confianza y el amor de Molly. No podría vivir sin ella. No ver su rostro sonriéndole todas las mañanas en la almohada junto a él. Observar cómo sus mejillas se tornan de un tono rosado y delicioso cada vez que él decía algo inapropiado. No podía vivir separado de la única persona que era la única razón por la que su corazón seguía latiendo.

Y pronto tendrían un hijo. Un hijo o una hija que formaba parte de ambos. No quería criar al niño sin ella, ni deseaba verlo solo cuando Molly le diera acceso. Ser una familia significaba que la necesitaba aquí con él, compartiendo sus vidas y todo lo demás que se les ocurriera.

Su estómago se revolvió con la idea de que ella vendría con las manos vacías cuando registrara la casa de sus tíos. Si Laura había quemado su diario antes de morir, no quedaba nadie para saber la verdad.

Un escalofrío recorrió su espalda ante la posibilidad de que pudieran separarse el uno del otro para siempre por un crimen que no había cometido. Pero, ¿confiaría en él incluso si no hubiera nadie que le dijera algo diferente a lo que ella creía? Si ella lo amaba, confiaría en su palabra,



porque Dios sabe que él no era un mentiroso. Juraría incluso por la vida de su propio hijo, que no era él quien había arruinado a la señorita Laura Cox, sino su hermano, St. Albans.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

MOLLY SE DESPLOMÓ sobre sus talones, mirando el dormitorio de su prima, la ropa de cama quitada, esparcida por el piso y revisada minuciosamente. Las pocas tablas del suelo sueltas que había encontrado habían sido levantadas y sin nada que mostrar a pesar de sus esfuerzos debajo de ellas. Ella miró su brazo, ennegrecido por el hollín que había empañado su ropa mientras se estiraba y buscaba en la chimenea. Con la ayuda de una criada, Molly había movido muebles, vaciado cajones y acolchado las prendas que aún ocupaban esos armarios, y nada. Ni rastro de este supuesto diario.

No estaba aquí, al menos no en esta habitación. Laura no tenía la oportunidad de decir la verdad, de declarar de una vez por todas quién la había hecho mal. Quizás lo había quemado, por razones que solo la propia Laura podía comprender. Molly no la culpó. Leer las páginas de un diario, que en un principio habría estado lleno de amor y adoración, de secretos y citas, sería motivo de desesperación si esos momentos de afecto ya no fueran los suyos.

Molly también habría quemado sus recuerdos.

Un pequeño aleteo la tomó por sorpresa, y se llevó la mano al estómago, sin aliento. Esperó con la respiración contenida para sentir el movimiento de nuevo. Ella soltó una mitad risa, mitad sollozo cuando el pequeño aleteo volvió a ocurrir.

Su bebé. El bebé de ellos. El amor del hijo de su vida y el mismo hombre por el que tenía que tomar una decisión.

Confiar en él y amarlo, o irse.

Molly se incorporó y se dirigió hacia la puerta. No podía elegir aquí, en el dormitorio de su prima y donde había fallecido. Necesitaba ir al único lugar en el que siempre se había sentido segura en casa y en paz.

En una hora, estaba sentada en el salón de su mejor amiga, esperando a que Evie hiciera acto de presencia. Su amiga entró apresuradamente en la habitación, con el cabello recogido al azar sobre su cabeza, como si acabara de levantarse de la cama.

Molly la besó en la mejilla, reprimiendo la punzada de los celos por no tener más tardes en la cama con su marido. De escabullirse para hacer el amor todo el tiempo que quisieran. “Te pido disculpas, Evie. Espero no ser inoportuna”.

“Nunca, cariño.” Evie llamó para pedir el té y se sentó frente a ella, mirando su arrugado vestido y arreglando el fishcu. “Simplemente estaba arriba con Finn.”

El calor floreció en las mejillas de Evie justo cuando un lacayo llamó a la puerta y entró con la bandeja plateada de té. Molly reprimió su sonrisa mientras se quitaba los guantes, dejándolos a un lado. “No sé qué hacer y necesito tu guía”.

“Lo que sea, querida.”

“Vi a mi tía y a mi tío, y han confirmado lo que imaginaba que era lo peor. De hecho, creen que el caballero que sedujo a mi prima hasta su ruina fue Hugh. Él, por supuesto, insiste en que él no tiene la culpa. No sé a quién creer”.

“¿Saber que tal vez Hugh cometió un error en su juventud cambia lo que sientes por él? Sé que se le acusa de algo muy malo, la gente no habla más que de su caída y huida de Inglaterra, pero eso no será nada si tú lo amas.”

La cara de Evie dio un vuelco cuando las lágrimas que Molly había estado conteniendo tan estoicamente a raya, estallaron. Ella resopló. “Todavía lo amo. Tanto que me duele pensar en no estar con él, pero Laura era mi prima. Me enviaron a Francia por el temor de mi familia a que futuros pícaros se aprovechen de mí, tan pobre como yo era.”

“Eres muy hermosa, Molly. Puedo entender que tu familia estuviera preocupada después de tal evento”.

“Quiero a Hugh, pero amarlo, a pesar de lo que ha hecho significa que perderé a mi familia. Significaría que todo lo que he pensado en la situación, mis ideales y mi moral son inútiles porque he elegido al mismo hombre que creó todo el lío”. Una elección imposible y una que ella no deseaba tomar. “Sé que Laura no era inocente en todo esto, ella eligió entregarse a él, pero él podría haberse casado con ella, en lugar de tomar el camino fácil y huir del país. Hugh pudo haber gritado desde los tejados que su hermano había injuriado a una joven inocente y al diablo con las consecuencias”.

Evie la miró fijamente, con los ojos llenos de lástima y preocupación. “Creo que acabas de tomar tu decisión, querida”, dijo, cogiendo su mano. “Pero antes de que lo hagas, recuerda que Hugh era joven, un chico de veinte años. Ir en contra de la propia familia, de su hermano que era un duque nada menos, sería realmente muy difícil. Hugh pudo haber huido, pero eso pudo haber sido porque quedaba poco que él pudiera hacer. No tuvo otra opción”.

Molly miró fijamente a su amiga durante un largo momento, pensando en sus palabras. Su elección si hubiera sido inocente del crimen no hubiera sido fácil, eso era cierto. Pero si Hugh era el caballero que había arruinado a Laura, no se podía perdonar ese hecho. Se estaría mintiendo a sí misma, yendo en contra de todo lo que alguna vez creyó si perdonara tal pecado.

El nudo en su garganta ardía, y por mucho que intentara tragar, no se movía. Sin embargo, ¿iba a dejar atrás al hombre que amaba? ¿Comenzar una vida en la que solo se viviría a medias?

“Recuerda, siempre estamos aquí para ti, querida.”

Molly asintió. Necesitaría a sus amigas más que nunca en los próximos meses. Oh, ¿a quién engañaba? Los próximos años.

\* \* \*

HUGH LEVANTÓ la vista de su escritorio, las muchas cartas al personal de St. Albans Abby antes de la muerte de su hermano se esparcían ante él. Perseguiría hasta el último sirviente en Inglaterra que trabajaba aquí y las muchas propiedades que poseía si eso significaba que podía encontrar uno solo que supiera de la relación de su hermano con la señorita Cox. Su vida, su capacidad para conservar a su esposa, dependía de ello. No podía fallarle a ella también en esto.

Le había fallado una vez antes, no lo volvería a hacer.

Molly llamó a su puerta, esperando en el umbral antes de entrar en la habitación. Hugh se puso de pie, se acercó a ella y la empujó hacia adentro. “Estás muy pálida. ¿Qué te pasa? ¿Está bien el bebé?”

Ella no dijo una palabra, le permitió colocarla en el sofá frente al fuego antes de que él regresara y cerrara la puerta, dándoles privacidad.

“No pude encontrar el diario de Laura, como esperaba. Si lo tenía con ella en Londres durante el momento del nacimiento de su hijo, ya no está allí”. Ella se encogió de hombros. “Quizás nunca existió.”

Se sentó a su lado, con la boca del estómago hecha un nudo. ¿Molly le creería o seguiría pensando mal de él? ¿Cómo podía no confiar en que él estaba diciendo la verdad? La idea de que no lo conocía lo suficiente como para creerle le comía el órgano que latía en su pecho.

“No encontrar este diario, ¿qué significa eso para nosotros, Molly?” Su respuesta lo significaba todo para él. Si ella optaba por creer en él, confiar en él y amarlo, su vida se cumpliría. Después de la muerte de su padre, el amor que una vez conoció cuando era niño se volvió obsoleto. Necesitaba que su esposa lo amara, que entendiera lo que estaba diciendo como un hecho, porque así era.

“Lo siento, Hugh. No puedo quedarme aquí.”

Hugh se puso de pie, distanciándose de ella. Necesitaba un momento para pensar, para asimilar lo que estaba diciendo. Su estómago se revolvió ante la idea de perderla, y por un momento, pensó que podría echar a perder sus cuentas. “Todavía no me crees. No hice lo que me acusas, maldita sea, Molly. Apenas conocía a Laura, y esa es la pura verdad de Dios. Si eliges creer a mi madre mentirosa, a mi hermano bastardo sobre mí, entonces supongo que quizás deberías irte”.

“¿Qué estás diciendo?” Ella lo miró, sus ojos se llenaron de lágrimas, y él quería ir hacia ella, rogarle que cambiara de opinión. Para no mirarlo con ojos que eran una imagen especular de los suyos.

Con el corazón roto.

“Puedes usar St. Albans Abby en Kent. Te visitaré antes del nacimiento del niño y nos casaremos para asegurar su legitimidad. Seré un buen padre para él o ella, pero no me quedaré en Inglaterra para siempre. Quiero volver a Roma y espero que mi hijo o hija aprenda sobre la vida allí “.

“No quería esto para nosotros. Lo entiendes, ¿no es así?”

Él rechazó sus palabras, el dolor y la decepción le pisaron los talones. “¿Qué importa ahora? Has tomado tu decisión y eliges creer en los chismes y falsedades sobre el hombre que se supone que debes amar. Supongo que las pocas semanas que pasamos juntos en Roma significaron más para mí que para ti.”

Ella se puso de pie, acercándose para pararse frente a él. “No puedes pensar que eso sea cierto. Te amé y te adoré”.

Un ladrido de risa escapó ante sus palabras. Ella se estremeció ante el sonido. “Amé y adoré. Todo tiempo pasado y precisamente es en lo que se ha convertido nuestro matrimonio. Tiempo pasado”. Caminó hacia la puerta, abriéndola con tanta fuerza que se estrelló contra la pared con un ruido sordo. “Ordenaré que empaquen tus pertenencias y las carguen en un carruaje mañana por la mañana a primera hora. Buenos días, duquesa.”

Hugh se abrió camino hacia la puerta principal, ignorando el hecho de que su visión estaba llena de lágrimas no derramadas. ¿Cómo no podía juzgarlo con justicia? Si alguien la hubiera acusado de tales crímenes, ciertamente la habría apoyado, sin permitir que nada empañara su nombre.

Caminó a ciegas por Grosvenor Square, ignorando a cualquiera que lo saludara. Necesitaba un trago. Eso es lo que haría. Iría a Whites y se emborracharía totalmente, y tal vez una noche de juego aliviaría su dolor.

La noción era casi tan absurda como la idea de que Molly cambiaría de opinión. Que volvería a casa más tarde esta noche y la encontraría caliente en su cama. Aquí no había futuro. Ya no. Había esperado que su vida pudiera suceder tanto en Inglaterra como en Italia, pero parece que no era así.

Durante años había sido conocido como el villano hermano menor del duque de St. Albans. Bueno, ahora podrían mantenerlo así. La lucha por limpiar su nombre se desvaneció y sus hombros se hundieron. Dejaría que la alta sociedad y su esposa creyeran lo que quieran. Todos podrían irse al maldito infierno.

## CAPÍTULO DIECISIETE

### *St. Albans Abby - Kent*

LA TEMPORADA terminó en la ciudad y el otoño hizo que las hojas se volvieran anaranjadas y marrones por todos lados. Pronto llegaría el invierno y también la hora de tener a su hijo. El hijo de ambos.

Molly se había mudado a la finca ducal en Kent después de su incapacidad con la esperanza de encontrar el diario de su prima y leer en las propias palabras de Laura lo que realmente había sucedido esa temporada hacía tantos años.

Los días se alargaban interminablemente sin Hugh, y Molly se encontraba pensando cada vez más en lo que hacía su marido y por qué ella se estaba ruscando en el campo. Ella leyó, por supuesto, hizo bordados, caminó por la finca, aprendiendo la disposición de las tierras y los agricultores arrendatarios que trabajaban para Hugh, pero no era lo mismo.

Ella lo extrañaba.

Terriblemente, y una pequeña parte de su mente no soltaba el dolor, la devastación que había leído en sus ojos el día que se separó de él en Londres. Una terrible sensación la corroía, la mantenía despierta por la noche, diciéndole que había cometido un error. Que era su hermano mayor y no Hugh quien había hecho mal a su prima.

*Que debería haberle creído por encima de todos los demás.*

Cuanto más hablaba con el personal de Abby, más dudaba de lo que la sociedad y su familia habían llegado a aceptar. No echaban de menos al difunto duque. De hecho, era equivalente a un matón según la hermana de Hugh, que había regresado la semana pasada de Bath, le había contado.

Desde su regreso, Sarah había sido un regalo del cielo, haciéndole compañía y ayudándola a conocer la dinámica familiar con la que Hugh había crecido. Todas esas cosas, incluida la firme declaración de Hugh de que era inocente, culminaron en su cambio de opinión.

Lo que dejó otro problema para ella.

Sin embargo, ¿debía presentarse ante Hugh y pedirle perdón? ¿Pedirle que la perdonara por permitir que lo que otros creían influyera en su opinión sobre él? Ella lo había dejado. A su marido. El hombre al que amaba más que a nadie ni a nada en este mundo, salvo al niño que crecía en su vientre.

Él nunca la perdonaría.

“¿Eso es un carruaje?”

Molly levantó la vista del Belle Assemble que estaba mirando y no se interesó en lo más mínimo en lo que había en su regazo y miró hacia el camino de entrada. Estaban sentadas en el salón que se encontraba junto al vestíbulo de entrada, la habitación brindaba a sus ocupantes una vista completa de cualquiera que visitara la propiedad.

El carruaje viajaba más rápido de lo que debería, y Molly se puso de pie, acercándose a la ventana para ver quién había venido. Sarah se unió a ella, con el ceño fruncido cuando una mujer casi salió disparada del vehículo antes incluso de que se detuviera.

“Nunca había visto a la dama antes. ¿La conoces?” Preguntó Sarah, volviéndose hacia ella.

Molly ya se estaba moviendo hacia el vestíbulo delantero justo cuando su tía entró en la habitación. Su atención se centró de inmediato en el paquete de tela que sostenía en sus manos, cerrado por una cinta rosada deshilachada.

“Tía, ¿qué estás haciendo aquí?” Molly la besó en la mejilla, la esperanza floreció en su alma de que la llegada de su tía pudiera significar algo con respecto a Laura y su diario.

Ella no estaba equivocada. “Lo encontré. Encontré el diario de Laura. Aquí”, dijo, entregándoselo. “Léelo”.

Molly tomó el paquete. Tiró de la cinta, desató el nudo y miró lo que había dentro. Páginas tras páginas de cartas, notas de amor y, en la propia mano de Laura, sus propios pensamientos y sueños.

“Pensé que esto se había perdido para siempre. Sin embargo, ¿lo encontraste?”

Molly se encaminó hacia la sala, su mente luchando por encontrar una carta del caballero a quien Laura había amado. La palabra Henry se destacaba como una mancha en la nariz. Sus ojos escanearon las notas, las adulaciones, el anhelo, las dulces palabras entre los dos. Laura es sincera y Henry, el difunto duque de St. Albans, es un medio y una forma de conseguir lo que quería. Laura en su cama.

“Podrías haberme ocultado esto. Demostrarme esto no pone a Laura en la mejor luz, junto con el duque. Aun así, no puedo decirte lo feliz que estoy de ver estas cartas”.

Sarah se sentó junto a Molly, extendiendo la mano para abrazarla por los hombros. “Te dije que Hugh era inocente. Henry era un canalla, un niño problemático que creció hasta convertirse en un hombre arrogante y egoísta. Me gusta pensar que Hugh y yo somos como nuestros padres, amables, honestos y honorables. Henry salió a su mamá en todos sus rasgos descarriados”.

La tía de Molly estudió a Sarah un momento como si solo notara su presencia. “Tía Jossalin, esta es Lady Sarah Farley, la hermana menor de Hugh. Sarah, esta es mi tía Jossalin Cox, la mamá de Laura”.

Sarah inclinó un poco la cabeza. “Estoy feliz de conocerla, Sra. Cox, y lamento todo lo que ha sufrido a manos de mi familia”.

“No fue tu culpa, querida.” Los labios de su tía se alzaron en una apariencia de sonrisa, pero el dolor acechaba en sus orbes azules, dolor dejado por el trato que el difunto duque le había

dado a su hija y lo que finalmente le sucedió a la prima de Molly.

“¿Dónde lo encontraste?” Molly preguntó, hojeando páginas y páginas de notas. Henry era sin duda un caballero que sabía tocar el corazón de una mujer. Los dulces gestos, su aprecio por los vestidos de ella en los bailes y la forma en que su prima se comportaba dentro de la sociedad harían pensar a cualquiera que una oferta de matrimonio estaría próxima.

“Una criada lo había empacado con algunas de las cosas de Laura cuando ella falleció. El baúl estaba olvidado en el ático. Por un capricho, decidí revisar sus cosas viejas, supongo que para recordarla. Comprobar si todavía podía olerla”. Las lágrimas brotaron de los ojos de su tía y se secó la cara con la mano. “Estaba encima de todos sus vestidos y chales. Estaba tan perdida en mi dolor cuando estuvimos en Londres. No pensé en sus cosas que se dejaron para empacar en nuestra casa de campo. El personal tomó la iniciativa e hizo eso para nosotros, y nunca busqué comprobarlo yo misma. Ojalá lo hubiera hecho, porque si lo hubiera hecho, estas muchas semanas que has estado viviendo alejada de Su Gracia no habrían sucedido”.

Molly se acercó y tomó la mano de su tía. “Lo que no entiendo es por qué Laura no nombró a su amante. El hombre que la arruinó. ¿Por qué proteger al difunto duque cuando la había tratado tan mal?”

“Esta carta puede explicar eso, querida.” Su tía le entregó una misiva que llevaba consigo.

Molly desdobló la nota, descolorida por el tiempo. Jadeó, incapaz de aceptar lo que estaba leyendo. “Él le prometió que, aunque no podría casarse con ella, se haría cargo de ella después del nacimiento de su hijo. La enviaría a una de sus fincas en el campo y le regalaría una casa en su tierra, incluida una criada y una cocinera. ¿Crees que habría hecho esto, tía?”

“No lo sé, pero si lees más, él afirma que, si ella le cuenta a alguien de su aventura, lo nombra como el padre de su hijo y no a Hugh, él la dejaría pudrirse”.

“Suena como Henry”, dijo Sarah, con la boca apretada en una línea de disgusto.

Molly miró a su tía. “Entonces, ¿cómo fue que se citó a Hugh como el villano?”

“Esa, querida, es la cruz de tu tío. Sabíamos que alguien se había entrometido con nuestra Laura. Después de todo, ella estaba embarazada, terriblemente desanimada y sola, antes del nacimiento de su hijo. No habíamos sido ciegos en sociedad, habíamos visto a Laura sobre los hermanos St. Albans, pero una noche, su tío recordó haber visto al entonces Lord Hugh Farley hablando con Laura, y creyó lo que decía la duquesa.”

“Para cuando esto ocurrió, Lord Farley ya estaba metido en un carruaje y se dirigía al continente. España supuestamente, pero eso era lo que la sociedad murmuraba. Se negaron a ayudar a Laura, la duquesa no permitiría que ninguno de sus hijos se casara con una mujer cuya herencia provenía del comercio. Eso no era lo suficientemente bueno para los St. Albans”.

Molly colocó la misiva con el resto de las cartas y cerró el paquete, colocándolo en la mesita que tenían delante. “Sé de qué se había tratado esa conversación. Hugh me lo dijo. Le dijo a Laura que se mantuviera alejada de Henry. Trató de advertirle de la inconstancia de su hermano, de su naturaleza consumista cuando se trataba de mujeres. Me avergüenza no creer en Hugh más



que Laura.”

“Sin embargo, querida, puedes reparar el daño que el difunto duque y su madre han causado. Puedes reparar la brecha entre tú y Su excelencia. Mi Laura no tuvo la oportunidad de corregir su error, pero tú sí. regresas a la ciudad a toda prisa”.

“Tienes razón”, dijo Molly, poniéndose de pie y caminando hacia la puerta. La abrió de un tirón, gritando a Thomas, el mayordomo.

El mayordomo apareció desde algún lugar detrás de las escaleras, haciendo una reverencia. “¿Su gracia?”

“Me iré hoy a Londres. Dígale a mi doncella que empaque mis cosas y prepare un carruaje. Tenemos que irnos dentro de una hora”.

El antiguo criado de la casa se sobresaltó a petición suya, antes de inclinarse y marcharse para cumplir sus órdenes. Se volvió y miró a su tía y a su cuñada. “Gracias, tía Jossalin por traerme esta noticia. Sé que no puede haber sido fácil”.

“Laura te amaba como a una hermana, y no quería que sufieras por su amor al hermano del duque. Si hubiera tenido la razón y hubiera sabido que tu esposo había sido considerado el caballero responsable de su caída, no habría permitido eso”.

“Ve y cámbiate, Molly. Tienes un marido que reclamar y hacer tuyo. Te veré pronto cuando regreses a Kent.”

Molly asintió con la cabeza, su estómago se hizo un nudo por los nervios. ¿Qué le diría Hugh cuando se enfrentara a él? ¿La perdonaría por pensar lo peor? Por no confiar y creer en él, el hombre que amaba por encima de todos los demás.

Subió corriendo las escaleras, con la determinación pisándole los talones. Ella no dejaría que él la apartara. No permitas que este error cometido por otros rompa el amor que tenían. Que ella todavía tenía para él.

Si fuera lo último que hiciera en esta tierra, lo recuperaría. No había alternativa ni tiempo que perder.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

HUGH INTENTÓ NO SENTIR lástima por sí mismo ni perderse en la botella de whisky que casi se había bebido desde el día anterior. Se acostó en su cama, mirando al techo. Sus ojos se negaron a enfocarse en el mural, en lo que lo que sabía que eran mujeres flotando en las nubes, con sus togas romanas y el cabello largo y suelto sobre sus hombros no era más que un borrón. Sombras que le resultaban extrañamente familiares en la actualidad.

¿Sin embargo, le había permitido irse? ¿Quién lo había hecho? No había hecho nada malo. Debería haberle exigido que le creyera. Haberle dicho como su esposo que ella debía estar a su lado o, o ...

Suspiró, gimiendo mientras la habitación giraba. ¿A quién engañaba? No podía controlar a su esposa más de lo que podía controlar el océano.

El sonido de pasos acelerados resonó en el pasillo fuera de su habitación, y se sentó, apoyándose en sus brazos. ¿Quién corría por la casa en medio de la noche?

La puerta de su dormitorio se abrió de par en par, y su boca se secó al ver a su esposa, con el cabello ladeado, su vestido de tarde arrugado por un día y noche de viaje. Se quitó los guantes y los dejó caer a sus pies, miró detrás de ella y cerró la puerta con un golpe decidido.

Su discurso parecía haber eludido su habilidad. Su cuerpo se tensó como siempre lo hacía cuando Molly estaba cerca. Se tensó, anhelaba y ansiaba escuchar su voz, sentir su toque.

¿Cuándo se había enamorado tanto de su esposa?

Una pequeña sonrisa levantó sus labios, sabiendo la respuesta a esa pregunta. El momento en que la había visto en Roma desde el balcón del piso de arriba por primera vez. El recuerdo ahora envió una punzada de anhelo que lo recorrió con tanta fuerza que tuvo que obligarse a respirar. Sus largos y sedosos mechones fluían sobre sus hombros finamente huesudos, con su boca abierta en asombro por la ciudad debajo de ella. Había luchado contra el impulso de besar sus labios regordetes en ese momento y debería haber sabido que ella significaría que el cambio estaba llegando a su vida.

*Un cambio muy atrasado y muy bienvenido.*

“Hugh.” Su nombre fue un susurro apresurado, como si se sintiera aliviada de encontrarlo aquí. Devoró la vista de ella, el vientre redondeado de su hijo que crecía en su útero. Sus largas piernas y sus pechos agitados de su carrera hacia arriba. Demonios, la había echado de menos. Debería haberla arrastrado de regreso a Londres y decirles a todos que se fueran al diablo con sus

rumores. Amaba a su esposa y ella debería estar con él.

Y ahora ella estaba aquí. ¿Pero por qué?

“¿Qué estás haciendo en Londres?” La pregunta salió como un graznido, y se aclaró la garganta, mirando mientras ella tomaba los pasos que los separaban y se detenía junto a la cama. Incapaz de ayudarse a sí mismo, se sentó, girando para posarse en el borde de la cama. Estaba tan cerca, al alcance de su brazo. Hugh extendió la mano y acunó su estómago, odiando haberse perdido siquiera un mes de estar con ella.

Ella lo miró fijamente, con los ojos abiertos de preocupación. Le temblaban las manos a los costados y él las apretó entre las suyas. “¿Dime mi amor?”

Molly se desplomó ante sus palabras, se sentó a su lado y lo abrazó. Lo abrazó fuerte como si nunca quisiera dejarlo ir. Él nunca permitiría que ella se alejara de él de nuevo, eso era seguro, si ella lo dejaba.

“Me equivoqué. Te juzgué injustamente, y lo siento mucho, Hugh. Mi tía encontró el diario de Laura y, como dijiste, Henry era su amante, el padre de su hijo”.

Esto no era ninguna novedad para Hugh. Por supuesto, Henry era el padre, sin embargo, demostrar ese punto era difícil cuando no había pruebas y su familia había mentido para persuadir a otros de que él era culpable del crimen. “Por supuesto que lo era, mi amor, pero me alegro de que finalmente estés de mi lado en el asunto”.

Ella se echó hacia atrás, las pestañas mojadas por las lágrimas y el corazón de él dio un vuelco en el pecho. Le secó las mejillas, odiando verla molesta. “No te culpo, Molly. Nadie me cree, ni lo harán a menos que se publique el diario de tu prima, y yo nunca le haría eso a tu familia.”

“¿Entonces, limpiaremos tu nombre a los ojos de la sociedad? Necesitan saber la verdad. Culpar a tu hermano, no a ti. Es injusto que te traten como lo harán, como yo lo he hecho. Lo siento mucho, Hugh... Entiendo que nunca me puedas perdonar. No puedo perdonarme a mí misma”.

Él apartó los caprichosos mechones de su rostro, necesitando verla con claridad. “Estaba enojado y molesto, pero también pude entender, mi amor. Laura era tu prima, y pensabas que mi mano la había empañado. Sin pruebas, incluso yo tendría dificultades para creer que fueras el villano”.

Ella inhaló, encontrándose con su mirada. “No, no lo harías. Tú mismo dijiste que me creerías antes que nadie, y yo no te ofrecí la misma confianza”.

Se encogió de hombros, sabiendo que sería más difícil para una mujer creer en un hombre que para un hombre creer en una mujer. “No importa ahora, mi amor. Que estés aquí es todo lo que quiero”.

“Te amo, Hugh. Debería haberte creído a ti y a nadie más. Lamento no haber venido antes. No hasta que supiera la verdad.”

Él frunció el ceño, metió la mano detrás de ella y jugó con los lazos de su vestido. “¿Estabas

pensando en volver conmigo? ¿Antes de que supieras la verdad?”

Ella asintió con la cabeza y le soltó la corbata con las manos. “Lo estaba. Te extrañaba mucho. Incluso con la compañía de tu hermana, me sentía sola. No podía sacar de mi mente de qué te acusaban, y cuanto más pensaba en ello, más me daba cuenta que no era cierto. Que confiaba en ti lo suficiente como para creer tu palabra sobre la de los demás. Gente que ni siquiera conocía. Casi había decidido regresar a la ciudad cuando llegó mi tía”.

Besaría a la tía de Molly la próxima vez que viera a la mujer. Le agradecería profusamente que hubiera continuado su búsqueda del diario elusivo. “Ya sea que hayas tomado tu decisión por tus propios méritos o por la visita de tu tía, debes saber que estoy feliz de que estés aquí. Te he extrañado mucho”.

Hugh no pudo esperar más y la besó, apretó sus mejillas y bebió profundamente de sus labios. Su boca se abrió, sus lenguas se fundieron. El corazón le latía con fuerza en el pecho, un tambor resonante que estaba seguro de que ella podía oír.

“Sabes a alcohol.” Molly le sacó la camisa de los pantalones antes de rasgarla por la cabeza y arrojarla a un lado. “No está un poco borracho por casualidad, ¿verdad, Su Gracia?”

“Estoy borracho de felicidad”. Él sonrió, gimiendo cuando su mano se deslizó contra sus caídas, y ella le soltó los botones. Hugh cerró los ojos y respiró hondo cuando su toque apretó su pene, acariciándolo con una pericia que lo dejó dolorido.

“Te he extrañado mucho. Todo de ti.” Ella lo besó, empujándolo a que se recostara en su cama antes de sentarse a horcajadas sobre sus caderas.

“Tu ropa. Quítala.”

Ella se bajó de su regazo y él aprovechó la oportunidad para ir más lejos en la cama. Él se echó hacia atrás, con los brazos detrás de la cabeza, mirándola con los ojos entornados mientras ella le quitaba el vestido por los hombros y le ponía los pies en pantuflas. Su camisón era casi translúcido, y su pene se endureció aún más al verla. A la luz de la luna, los ojos de ella brillaron de necesidad, y él tomó un respiro para calmarse, deseando complacerla antes de buscar su propia liberación.

Con una sonrisa maliciosa, lentamente desató los cordones en la parte delantera de su camisón. El material se abrió, dándole una vista deliciosa de sus amplios pechos. Se quitó la camisa de los hombros y también aterrizó con un silbido en el suelo.

Ella se arrodilló en la cama, gateando hasta sentarse a horcajadas sobre su ingle. “Te deseo mucho.” La sirena en la que su esposa se estaba convirtiendo... Se deslizó contra su pene, su calor, la humedad que lo cubría le dijo que lo necesitaba tanto como él la deseaba.

Tan deliciosamente picante. Quería darle la vuelta, follarla hasta que ya no supiera dónde comenzaba él y ella terminaba, pero no podía. Después de que naciera el niño, habría mucho tiempo para eso. Esta noche sería diferente. Permitiría que ella lo tomara, lo usara para encontrar la liberación y luego, y solo entonces, se vendría.

Hugh se acercó y le rodeó los pechos con las manos. Ella suspiró, sus pezones se convirtieron

en nudos apretados. Se sentó, jalándola contra él y cubrió un pezón con la boca. Lamió su cuenta de carne con la lengua, dándole un bocado amoroso o dos antes de calmarla una vez más con la boca.

Con la respiración entrecortada, extendió la mano entre ellos, tomándolo de la mano. Su pene se contrajo al sentir su cálido y acogedor núcleo. Ella se inclinó sobre él, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello mientras se incrustaba completamente.

“Oh, sí”, suspiró.

El impulso de tomarla y hacerla suya de nuevo cabalgaba con fuerza dentro de él, pero respiró hondo, dejó que su hermosa esposa marcara su propio ritmo y encontrara su placer y liberación. La abrazó con fuerza contra él, ayudándola a ondular sobre él. Ella encajaba perfectamente, gemidos entrecortados y suspiros toda la estimulación que necesitaba para ser paciente y esperar.

Llegaría su turno.

MOLLY EMPUJÓ a Hugh de nuevo a la ropa de cama, sujetándolo por los hombros mientras se balanceaba hacia arriba y hacia abajo sobre su pene. Tan duro y satisfactorio. Provocando ese pequeño lugar especial dentro de ella que anhelaba y lamentaba su pérdida durante todas estas semanas.

Su cuerpo no se sentía como suyo. Todo estaba más sensible, sus pechos, su vagina, todo le dolía y era más sensible que antes. Solo se sumaba al placer, a la necesidad que cabalgaba con fuerza dentro de ella.

Ella lo tomó por completo, se meció contra él hasta que el placer, las sensaciones que latían por sus venas fueron demasiado. Un latido comenzó en su núcleo, explotando por todo su cuerpo. Molly gimió su nombre, lo tomó hasta que su cuerpo ya no convulsionó alrededor de su virilidad.

“Haz que me corra”, exigió, sin forzarla a nada, dispuesto a estar a su merced.

Su comando fue como un elixir, y ella continuó, cabalgándolo con vigor. Su hombría se hinchó dentro de ella. Sus dedos se hundieron en sus caderas, golpeándola contra él antes de jadear, gemir su nombre y pasar mucho tiempo y seguro dentro de ella.

Ella besó las palabras de sus labios, tomando su boca en un beso abrasador antes de desplomarse a su lado, su pierna descansando descuidadamente sobre su cintura.

Se movió, agachándose para cubrirlos a ambos con la ropa de cama, antes de empujarla hacia el hueco de su brazo. Sus labios rozaron su sien, su mano recorrió distraídamente su espalda.

“¿Significa esto que te quedarás aquí en Londres o al menos te quedarás conmigo?”

Ella lo miró y sus ojos se encontraron. El corazón le latía con fuerza en el pecho por lo que sentía por este hombre. Un hombre al que había permitido que lo que otros creían en él nublara sus propios pensamientos y creencias. Nunca más dudaría de él, por nadie.

“¿Podemos regresar a St. Albans Abby en Kent? La temporada ha terminado y quiero prepararme para el bebé. Hacer de tu hogar de la infancia nuestro hogar, el hogar de nuestro hijo”.

La besó de nuevo, aparentemente incapaz de tener suficiente de ella. No es que le importara, le encantaba estar en sus brazos. Esto, ahora mismo, era lo que parecía cierto. Estar aquí de nuevo con su esposo, su amante y su amigo era todo lo que necesitaba.

“Con una condición”, dijo, retrocediendo.

Ella lo miró, preguntándose qué quería decir. “Haré lo que sea. Espero que lo sepas ahora”.

Su sonrisa maliciosa hizo que su sangre bombeara. “Saldremos por la mañana, pero solo si te casas conmigo”.

Las lágrimas le nublaron la vista, pero asintió. “Sí, por supuesto que me casaré contigo. De nuevo.”

La besó con tanta ternura que ella supo que su corazón nunca latiría por nadie más. Después de un tiempo, se acurrucó a su lado, permitió que el constante tambor de los latidos de su corazón la adormeciera. Ella se había perdido esto, solo ellos dos, solos juntos. Ella lo atrajo con más fuerza a su abrazo, prometiendo en silencio amarlo siempre.

Y para siempre.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

Liga de Caballeros Incasables

Tiénteme, su Gracia

Infierno en el Corazón

Atreverse a ser Escandalosa

Ser Atrevida Contigo

Bésemi, Duque

El marqués es mío

Casarse con un pícaro

Solo un conde lo logrará

Solo un duque lo logrará

Solo un vizconde lo logrará

Lords de Londres

Atormentando a un Duque

Enloqueciendo a un Marqués

## ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

[www.tamaragill.com](http://www.tamaragill.com)

[tamaragillauthor@gmail.com](mailto:tamaragillauthor@gmail.com)

